

GRIEGOS

Del dolor al amor

Michelle Reid

Del dolor al amor
Michelle Reid
54º Serie Multiautor Magnates Griegos

Del dolor al amor (2008)
Título Original: The Markonos bride (2008)
Serie Multiautor: 54º Magnates griegos
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Bianca 1868
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Andreas Markonos y Louisa Markonos

Argumento:

Quería recuperar a su esposa y lo único que aún compartían… una intensa atracción física.

La isla griega de Aristos provocaba en Louisa recuerdos agridulces: allí conoció al guapísimo playboy griego Andreas Markonos, el hombre que cambió su vida para siempre. Se casaron después de un apasionado romance y juntos tuvieron un precioso hijo. Pero la tragedia los alcanzó y Louisa se vio obligada a abandonar a su marido y la hermosa isla del Egeo que había llegado a considerar su hogar…

Ahora, cinco años después, Andreas no podía creer que su esposa se atreviera a aparecer de nuevo en Aristos. Sin embargo nada más volver a verla se dio cuenta de que seguía deseándola tanto como antes. La separación ya había durado suficiente…

Capítulo 1

Se había acumulado tal tensión en el lujoso comedor de la villa Markonos que el aire podría haberse cortado con un cuchillo.

Andreas Markonos miró a su padre con expresión amenazadora y se limitó a decir:

—No.

Su padre resopló con impaciencia.

—¡No te comprendo! Dices que estás dispuesto a sucederme y sin embargo…

—Sin embargo, no estoy dispuesto a ser chantajeado.

—No se trata de un chantaje, sino de sentido común aplicado a los negocios. Para tener éxito, es imprescindible disfrutar de una vida personal estable. Tomamos decisiones extremas en poco segundos; gracias a la tecnología satélite, hasta podemos mirar a nuestros enemigos a los ojos. ¡Es fácil perder la perspectiva cuando se tiene tanto poder!

—¿Insinúas que eso es lo que me está pasando? —preguntó Andreas, airado.

Su padre hizo un movimiento de la mano como quitando importancia a esas palabras.

—Sabes perfectamente que impresionas a todo el mundo con tu agilidad mental. Pero yo sé de lo que hablo, Andreas, porque he estado ahí antes que tú. Sé lo que significa volar alto y olvidar que puedes quemarte las alas. Por el momento, soy yo quien te recuerda que debes mantener los pies en la tierra, pero ¿quién lo hará cuando me retire?

—¿Yo mismo?

Orestes Markonos se inclinó sobre la mesa y con la autoridad de sus setenta años clavó una mirada furibunda en Andreas.

—No te atrevas a usar ese tono sarcástico conmigo —dijo, amenazador—. Sabes perfectamente a qué me refiero. Yo contaba con tu madre y con mis queridos hijos para mantener la cabeza sobre los hombros. Tú no tienes más que algunas amiguitas a las que no te une nada.

—No pienso casarme de nuevo para darte una satisfacción —dijo Andreas.

—La primera vez no lo hiciste por mí —replicó su padre—. Y Louisa, tal y como tú mismo confesaste, solo fue un error.

Andreas se quedó paralizado. Lentamente, alzó una de sus pobladas cejas.

—No he dicho nunca —dijo entre dientes— que Louisa fuera un error.

—Los dos erais demasiado jóvenes e impulsivos —dijo Orestes, que ocultaba tras su enfado la evidente pérdida de poder que experimentaba ante la creciente fuerza mental de su hijo.

Consciente de ello, Andreas sólo la mostraba ocasionalmente. Respetaba a su padre demasiado como para querer humillarlo.

Sin embargo, la situación lo exigía. Su padre había tocado un tema prohibido, y lo sabía. Nadie mencionaba a Louisa o su fracasado matrimonio sin sufrir el peso de su ira.

Suspirando bruscamente, dejó la servilleta a un lado, se puso en pie y fue hacia el mueble bar. Iba vestido con un elegante esmoquin; su madre lo había impuesto como vestimenta habitual para las cenas diarias en la casa familiar.

La casa familiar… Andreas deslizó la mirada por el elegante comedor de la villa que pertenecía a su familia desde tiempos inmemoriales. Una casa a la que, en los últimos años, apenas acudía y en la que estaba en aquel momento porque su padre había exigido

verlo.

Había llegado el momento de que el gran Orestes Markonos cediera el control de su imperio a su hijo mayor. Pero Andreas no estaba dispuesto a pagar el precio que se exigía de él.

—Estoy orgulloso de ti, Andreas —dijo su padre—. Eres sangre de mi sangre, pero si quieres ocupar mi puesto, es preciso que encuentres una esposa que mitigue tu tendencia a…

—Ya estoy casado —le cortó Andreas al tiempo que abría una botella de brandy.

—Mis abogados resolverán eso en cuanto…

—¿Tus abogados? —preguntó Andreas con ojos centelleantes.

Su padre rectificó.

—Tras consultarlo contigo, claro está.

—No harán nada sin mi consentimiento —Andreas se sirvió una copa.

Su padre suspiró.

—Cinco años son más que suficientes para llorar un pasado que no puede cambiarse.

Andreas fijó la mirada en su copa y decidió ignorar aquel comentario.

—Es hora de que avances y construyas una nueva vida sobre nuevos cimientos, con una buena esposa que te haga sentar la cabeza y que te dé más hijos.

La insensibilidad de aquellas palabras hizo que a Andreas se le retorcieran las entrañas.

—¿Quieres una copa? —se oyó decir, sorprendiéndose de mantener la calma.

—¡No! —exclamó Orestes—. ¡Quiero que me escuches! ¡La vida que llevas no es sana, con ella disgustas a tu madre y a mi me desesperas!

—Si es así, tendrás que aceptar mis disculpas.

—¡No quiero que te disculpes! —su padre se puso en píe Era un griego robusto de un metro setenta. Su hijo era su versión joven, de treinta años, un metro ochenta y cuatro, y complexión atlética—. Por muy mayor que te sientas, sigo siendo tu padre, y no te queda más remedio que escucharme y obedecer.

—Siempre que lo que digas tenga sentido.

La crispada voz de Andreas resonó en el comedor. Resoplando en medio del tenso silencio, imaginó que su madre entraría en cualquier momento, alarmada por el tono que la conversación estaba adquiriendo.

Había llegado el momento de abandonar el campo de batalla. Dio media vuelta y cruzó las puertas que conducían a la terraza. Miró

a la lejanía y vio la gargantilla de luces del ferry que se aproximaba a la costa, el único medio de transporte que, una vez a la semana, llegaba a la isla de Aristos, tan pequeña que no podía tener una pista de aterrizaje.

En menos de una hora, tal y como Andreas había presenciado tantas veces en su vida, el pequeño puerto sería un hervidero de actividad y constante trasiego de coches, mercancías y gente. En dos horas, el ferry partiría de nuevo, dejando atrás la isla, que, poco a poco, recuperaría su pausado ritmo.

A Andreas le gustaba que fuera así, que la dificultad de acceder a ella impidiera que la isla se viera alterada por el turismo masivo. De hecho, en temporada alta, apenas si llegaban algunos visitantes que nunca resultaban molestos. Sólo la familia Markonos podía permitirse salir y entrar a su antojo, gracias a que disponía de una flota de helicópteros.

Un sonido a su espalda le indicó que su padre se acercaba.

—Louisa era…

—Mi esposa y la madre de mi hijo —concluyó Andreas—. Y te equivocas si crees que ser jóvenes nos sirvió de algo a ella y a mí para superar lo que sucedió hace cinco años.

—Lo sé perfectamente, hijo mío —dijo Orestes con voz ronca—. Por eso nunca he sacado el tema.

Andreas tuvo que morderse la lengua para no contradecirle, porque su padre en realidad nunca había dejado el tema: ni cuando Louisa llegó a la isla como su joven y embarazada nuera ni cuando, destrozada por el dolor, había tomado el ferry y se había marchado para siempre.

Orestes había dicho entonces que era «lo mejor que podía pasar». Y era la frase que había usado cada vez que mencionaba a su hijo el asunto del divorcio.

Andreas hizo una mueca sin apartar la mirada del ferry. Divorcio. ¿Cómo se divorciaba uno de la mujer que le había demostrado su amor con cada uno de sus gestos? ¿Cómo divorciarse del instante de vida compartido con ella al dar a luz a su hijo? ¿Cómo divorciarse de la imagen del dolor de esa mujer al enterrar a su bebé?

Uno no se divorciaba, sino que vivía con ello día y noche. Cada día le llegaba filtrada por un caleidoscopio de recuerdos, algunos luminosos, otros tan espantosos que lo ahogaban. Y así, la frase «lo mejor que podía pasar» se había convertido en un insulto tan hiriente como «es hora de seguir adelante».

—Andreas…

—No —dijo Andreas entre dientes al tiempo que dejaba la copa

sobre una mesa—. Esta conversación ha llegado a su fin.

—¡Es una locura! —estalló su padre—. ¡Tu matrimonio está acabado, admítelo! ¡Divórciate y comienza una nueva vida!

Con el rostro ensombrecido, Andreas se alejó de su padre, bajo las escaleras de la terraza y se fundió con la oscuridad del jardín. Al cabo de unos minutos, conducía su deportivo a toda velocidad por las sinuosas carreteras de la isla.

En cierto momento, tuvo que detenerse para dejar pasar a un viejo campesino con su carro tirado por un asno. Andreas apretó los dientes y pensó cínicamente en la idílica vida de aquel hombre, sin posesiones, con una pequeña granja y una mujer regordeta que le estaría esperando junto con algunas gallinas y unas cabras.

Un estilo de vida diametralmente opuesto al suyo a pesar de que transcurrían en el mismo espacio físico.

Como su vida y la de Louisa cuando él no era más que un arrogante joven de veintidós años, de vuelta a casa durante las vacaciones estivales, y ella una encantadora jovencita de diecisiete años, pasando el verano con su familia en una villa alquilada junto a la playa.

Aquellas seis semanas habían cambiado la vida de ambos para siempre. Se habían enamorado locamente sin que se lo impidiera la férrea oposición que habían encontrado por parte de sus diferentes mundos. Y tres años más tarde habían envejecido tanto que, comparado con ellos por aquel entonces, el campesino que cruzaba la carretera ante sus ojos habría parecido joven.

Dejó escapar un juramento ahogado y arrancó. La cálida brisa le acariciaba el rostro tal y como había hecho años atrás mientras conducía por aquella misma carretera hacia la ciudad.

Había ido al encuentro de sus amigos en el puerto, para divertirse bebiendo cerveza, hablando de chicas y observando la actividad del puerto a la llegada del ferry. No había imaginado que vería bajar de él a una joven rubia, de largas piernas y pechos generosos, con unos increíbles ojos azules y una pálida piel de seda que se incendió cuando vio que la estaban observando. Llevaba a su hermano de nueve años de la mano y ambos caminaban detrás de sus padres.

Al día siguiente la había encontrado bañándose en la playa que quedaba delante de la villa que habían alquilado. En dos horas, estaban locamente enamorados, a las dos semanas se habían dejado arrastrar por la pasión y saltado todas las barreras. Las dos semanas siguientes habían hecho el amor frenéticamente hasta que llegaron las dos últimas semanas de horror, cuando Louisa supo que estaba embarazada.

Los padres de Louisa se indignaron con él. También sus padres, pero aún más con Louisa.

—Creen que soy una fulana.

Andreas se encogió al recordar aquellas palabras pronunciadas por Louisa. Y lo peor era que no estaba equivocada. Los padres de ella lo consideraban un niño consentido y rico, un frívolo seductor de jovencitas. Pero a él no le afectaba lo que pensaran. Sin embargo, Louisa sufría.

—Cuando les des un nieto, te querrán tanto como yo —recordó haber dicho con la arrogancia propia de la juventud.

A los veintidós años era hermoso creer que el amor superaría todos los obstáculos. Con ocho años más, sabía que, de haber estado sometido a la presión que sufrió Louisa, habría huido mucho antes que ella.

Quizá de haberlo hecho, su hijo seguiría vivo y él, Andreas, tendría algo más que aquel dolor en el pecho con el que debía vivir día y noche, junto con…

Detuvo el coche y bajó. Se alejó de él con los hombros en tensión hasta llegar a lo alto de la península que separaba el puerto, a su izquierda, de las lujosas villas que quedaban a su derecha, extendiéndose por la colina hasta la playa. Metió las manos en los bolsillos y fijó la mirada una vez más en la hilera de luces del ferry. Su padre decía que era hora de dejar el pasado atrás y él ansiaba que alguien le enseñara cómo hacerlo.

¿Lo habría conseguido Louisa? La pregunta lo sacudió como un latigazo. ¿Cómo podría averiguarlo si no sabía nada de ella desde hacía cinco años? Tal vez era feliz con un caballero inglés al que entregaría sus delicadas caricias y sonrisas, y… Andreas sintió un nudo en el estómago… Y su boca, su cuello, sus senos…

Dio media vuelta y, tirando de la corbata, volvió al coche. La prenda cayó sobre el asiento del acompañante. A ella le siguió la chaqueta y los gemelos de diamantes. Un minuto más tarde, conducía detrás del volante con el cabello alborotado, la camisa abierta, y la mente fija en una única idea: buscar un bar y beber hasta ahogar sus recuerdos.

Apoyada en la barandilla del ferry, Louisa observaba los focos de los coches que descendían por la península que separaba el pequeño puerto de las lujosas villas que salpicaban la colina y cuyas luces parpadeaban a lo largo de la costa. Si se concentraba, estaba segura de poder identificar las luces de la villa Markonos, pero prefirió no hacerlo. Aunque hubiera sido su hogar por un tiempo, no despertaba

en ella ninguna nostalgia.

Suspiró quedamente y la brisa le acarició el cabello. Llevaba cinco años acudiendo anualmente al lugar donde descansaban los restos de su hijo, pero no había pisado tierra perteneciente a los Markonos en todo aquel tiempo. Al romper con Andreas había cortado toda relación con la familia.

—¿Estás bien? —preguntó una ronca voz.

Louisa se volvió hacia el atractivo y alto hombre que estaba a su lado y que la miraba con expresión atenta.

—Perfectamente —dijo ella—. No te preocupes, Jamie. Vengo demasiado a menudo como para que me cree ansiedad.

«Y con el tiempo todas las heridas cicatrizan», pensó, al tiempo que fijaba la vista en el animado puerto que, como bien sabía, adquiría aquel ambiente festivo una vez a la semana, con la llegada del ferry.

—¿Recuerdas algo de todo esto? —preguntó a su hermano.

El niño pequeño de cabello rubio encrespado que había acudido a la isla hacía años se había transformado en un atractivo joven.

—Recuerdo haber estado aquí mismo, a tu lado, cuando el ferry bordeó la colina —murmuró él.

—Estabas tan nervioso —dijo Louisa, sonriendo—, que casi te caes al agua. Yo te asía con fuerza por la trabilla del pantalón por temor a que saltaras al agua.

Jamie sonrió a su vez.

—Papá y mamá no podían ayudarte porque no paraban de vomitar.

Louisa abrió desmesuradamente sus azules ojos.

—¿Te acuerdas de eso?

Su hermano hizo una mueca.

—Si quieres saber la verdad, recuerdo un montón de cosas, como tu encuentro con Andreas y lo que pasó después, cuando papá y mamá te abandonaron…

—¡No me abandonaron! —protestó Louisa.

—Nuestros padres te abandonaron para dejarte en manos de esa maldita familia griega.

—Eso no es…

—Y luego, fue Andreas quien te abandonó.

—Porque tenía que acabar la carrera —explicó Louisa.

—Porque te dejó embarazada —masculló Jamie—. Le obligaron a casarse contigo y el muy cobarde, huyó.

—¡Jamie! —exclamó Louisa escandalizada—, ¡Creía que tenías cariño a Andreas!

—Y se lo tenía —Jamie se encogió de hombros—, hasta que te echó de su lado.

—Él no me echó —protestó Louisa, sorprendiéndose a sí misma por defender a Andreas—. Le dejé yo a él. Lo que no entiendo es por qué has querido venir si albergas tan malos recuerdos respecto a lo que pasó.

Jamie se separó de la barandilla y metió las manos en los bolsillos.

—Por Nikos. Quería rendir tributo a su memoria y sé que no tendré la oportunidad de venir cuando entre en la universidad —suspiró profundamente—. Además, porque estoy deseando encontrarme con Andreas para darle un puñetazo.

Louisa no pudo reprimir una carcajada.

—¡Te mataría antes de que le tocaras! ¿No recuerdas lo alto y fuerte que es?

—Yo también estoy en forma —dijo su hermano en tono crispado—. He estado yendo al gimnasio.

—¿Para pegar a Andreas?

—No —Jamie se removió incómodo. Su hermana sabía perfectamente que su intención había sido impresionar a las chicas—, pero me encantaría ponerme a prueba con él.

—Y si no te importa que te lo pregunte, ¿con qué derecho?

Jamie alzó te barbilla.

—Con el de un hermano que nunca ha comprendido por qué papá no lo hizo cuando Andreas te dejó como te dejó.

«Desconsolada», se dijo Louisa. Tan desconsolada que para no contribuir a su dolor, Andreas había ocultado el suyo. Luego, cuando había cedido finalmente a la presión de sus padres para volver con ellos a Inglaterra, había confiado en que Andreas acudiría a reclamarla, pero él no lo había hecho. Ni entonces ni en ningún otro momento.

Sacudió la cabeza para ahuyentar aquellos pensamientos. No conducía a nada recordar lo que había sentido cuando finalmente volvió junto a él y descubrió que Andreas ya había encontrado consuelo.

—Pues no vas a tener suerte porque Andreas no está en la isla —informó a su hermano—. El correo de su madre decía que está en Tailandia. Y puesto que este viaje es en memoria de Nikos y no de Andreas —añadió con firmeza—, prefiero que domines tus vengativos impulsos.

Apretando los labios volvió la mirada a la lejanía mientras se preguntaba por qué habría defendido a Andreas tan acaloradamente cuando había demostrado ser un ser despreciable, pusilánime, inútil,

desleal…

—Lo siento —mascullé Jamie.

—Mira —dijo ella—, estamos entrando en el puerto.

Así era. El ferry se acercaba al pueblo con sus preciosas casas encaladas abrazadas a la falda de la colina. Las luces de los cafés del puerto iluminaban la cálida noche y el sonido de una dulce música griega flotaba en el aire dando la bienvenida a los viajeros.

La tibia brisa suavizaba la dura expresión del rostro de Andreas mientras éste descendía la colina a toda velocidad y las farolas de la carretera arrancaban destellos a la correa de oro de su reloj que contrastaba con la piel oscura de su muñeca. Cuando entró en la calle que acababa en el puerto, le llegó la familiar música griega que escapaba de los café del muelle.

El ferry había llegado antes que él y el puerto estaba atestado de todo tipo de vehículos. Justo delante de él un camión desaparcó y Andreas ocupó su espacio. Paró el motor y se quedó sentado, observando la fila de gente que desembarcaba.

No comprendía por qué seguía allí en lugar de entrar en alguno de los bares, tal y como había decidido hacer. Ni siquiera sabía qué le había impulsado a ahogar sus penas en alcohol cuando hacía años que no lo hacía. Ya sólo vivía para el trabajo y…

Sus pensamientos quedaron en suspenso. También su corazón. Todos sus músculos se tensaron al tiempo que clavaba su mirada en una mujer que descendía del barco, con cuyo cabello rubio jugueteaba la suave brisa, despejando su rostro. El rostro que no podría olvidar aunque viviera varias vidas. Él rostro que le había obsesionado los últimos interminables cinco años.

Era Louisa. Louisa bajaba del ferry vestida con unos pantalones holgados y una camiseta azul pálido.

«Ha vuelto a casa», fue su primer pensamiento.

Jamie cargó con las bolsas de viaje y Louisa con dos mochilas, y se incorporaron a la fila de personas que bajaban del ferry.

—Necesito recargar el móvil —dijo Jamie en cuanto tocaron tierra firme—. ¿Podré comprarla en alguno de esos bares?

—Puede que éste sea un sitio pequeño, pero estoy segura de que usan móviles —dijo su hermana con sorna—. Ve a ese de enfrente. Déjame las bolsas —añadió—. Kostas no ha llegado todavía, así que te esperaré aquí.

—De acuerdo —Jamie dejó las bolsas en el suelo y, súbitamente, al incorporarse, estrechó a su hermana en un fuerte abrazo—. Siento

lo de antes. No pretendía disgustarte.

—Lo sé —Louisa le dio un beso—. Ahora, vete.

Jamie se alejó sonriente, ya recuperado su natural buen humor, y Louisa se retiró el cabello de la cara y miró hacia la entrada del puerto, buscando el Mercedes de la familia Markonos. La única concesión que todavía hacía a ser una Markonos era alertar siempre a su suegra antes de sus visitas para que Isabella le confirmara que Andreas no estaba en la isla.

En realidad, no sabía por qué temía encontrárselo cuando estaba segura de que Andreas era informado puntualmente para que pudiera ausentarse y no coincidir con ella.

Era una situación demencial. ¿Creería Isabella que era capaz de echarse en brazos de su preciado hijo si sus caminos se cruzaban? Y lo que le resultaba aún más increíble: ¿Compartiría Andreas ese temor?

Se cuadró de hombros y miró a ambos lados de la calle buscando a Kostas. El chofer de la familia era siempre puntual. Solía ocupar una plaza de aparcamiento cerca del muelle y normalmente tenía el maletero abierto aún antes de que…

Fue entonces cuando lo vio. La cabeza le dio vueltas y la vista se le nubló hasta que de pronto se concentró exclusivamente en su figura alta y oscura.

Estaba a apenas unos metros, muy quieto, apoyado en un coche deportivo descubierto. Camisa blanca, pantalón negro, piel oscura.

El corazón de Louisa latió violentamente contra su pecho. Durante unos segundos intentó convencerse de que no era él. No era posible. Estaba en Tailandia. ¡Estaba soñando con él por la conversación que había mantenido con Jamie!

Entonces Andreas se movió, hizo girar los hombros para relajarlos y se separó del coche con la inconfundible distinción que caracterizaba todos sus movimientos. Una oleada de calor envolvió a Louisa. Una vibración física, sexual, abrumadoramente familiar, recorrió todo su cuerpo.

—Andreas —dijo en un entrecortado susurro.

—Louisa —replicó él con voz ronca.

Capítulo 2

La profunda y sensual voz de Andreas produjo en Louisa una mezcla de dolor y placer. Al instante se le formó un nudo en la garganta y las lágrimas amenazaron con aflorar a sus ojos. Alzó la mano y se cubrió los labios con expresión de sorpresa.

Andreas dio un paso adelante con la mirada encendida y se detuvo. Miró hacia los bares y, cuando volvió a fijar la mirada en Louisa, el fuego había sido sustituido por un hielo turbio.

—¿Qué demonios está pasando? —exigió saber.

Louisa pestañeó mientras se esforzaba por entender una pregunta que sólo podía significar que Andreas estaba tan sorprendido como ella.

Retiró la mano de los labios.

—Acabamos de… llegar en el ferry —balbuceó.

—Ya lo he visto —dijo él, cortante—. ¿Y quién es el atractivo joven que te acompaña?

Louisa rió.

—¿Es que no…?

Oyó un ruido a su espalda y, antes de que pudiera reaccionar, un animado grupo que se dirigía a los bares del puerto estuvo a punto de atropellarla. Uno de ellos le dio un empujón y Louisa, que tenía las bolsas a sus pies y no podía rectificar su posición, alargó los brazos para protegerse del golpe de la caída.

Antes de que supiera qué estaba sucediendo, un par de fuertes manos la sujetaron por la cintura y la elevaron por encima de las bolsas. Sus dedos rodearon unos poderosos brazos, su mejilla rozó unos labios tensos, abiertos… Miró hacia arriba; Andreas, hacia abajo. Louisa no comprendía cómo había podido Llegar hasta ella a tanta velocidad, y de sus labios escapó un suspiro de sorpresa y tensión sexual.

¡Mou theos! Andreas maldijo para sus adentros al sentir el aliento de Louisa en sus labios. Su familiar perfume alborotó sus sentidos, rodear con sus manos su grácil cuerpo, le aceleró el corazón. El cuerpo de Louisa estaba hecho para encajar en el suyo y por unos tensos segundos, Andreas sólo pudo pensar en estrecharla con fuerza y besarla… besarla hasta hacerle perder el sentido.

O abofetearla.

Sus sentimientos eran tan contradictorios que no era capaz de predecir cuál de ellos ganaría la batalla. ¿En qué demonios estaba pensando Louisa acudiendo a la isla con un hombre?

—¿Te has hecho daño? —preguntó, dejándola en el suelo.

—No. Estoy bien —dijo ella con voz temblorosa.

Andreas apretó los labios en un rictus. Louisa intentó dar un paso atrás, pero tenía las bolsas pegadas a los pies y volvió a tropezar. Una vez más, Andreas le ayudó a mantener el equilibrio. Sus manos rodearon su cintura, sus pulgares rozaron sus senos. Darse cuenta de que no llevaba sujetador hizo que Andreas se enfureciera aún más. No sólo había ido a su isla con otro hombre, sino que ni siquiera llevaba sujetador.

Louisa se quedó sin aliento. Necesitaba distanciarse de Andreas. Estar a su lado era ya bastante perturbador como para tener que someterse al suplicio de sentir la caricia de sus manos. El vínculo entre ellos estaba roto hacía tiempo y no podía consentir que sus sentidos la traicionaran.

—Por favor, sepárate de mí —dijo con voz temblorosa.

Andreas obedeció y Louisa sintió un escalofrío cuando sus manos abandonaron su cuerpo. Se hizo un incómodo silencio durante el cual Louisa observó a los grupos de extranjeros que circulaban animadamente por el muelle para comer y beber algo antes de retomar al ferry, que zarparía en un par de horas rumbo a su siguiente destino.

Por unos segundos, pensó en huir con ellos. No quería estar junto a Andreas. Se había esforzado tanto en no verlo en todos aquellos años que de pronto se sentía incómoda y vulnerable, y…

¿Por qué no llegaba Jamie? ¿Dónde estaba Kostas? Resopló con gesto tenso y miró a su alrededor.

—Tu amante se retrasa —dijo Andreas.

Louisa lo miró y, al ver su expresión sombría, sintió aumentar su enfado.

—No es mi amante. Si me hubieras dejado…

—Sea quien sea, no debías haberlo traído.

—Tu familia no es dueña de la isla —dijo Louisa, indignada al reconocer el tono autoritario de un Markonos—. Puedo venir con quien me dé la gana.

Y si me dejaras acabar mis frases te sentirías estúpido por…

—Se te ve el ombligo.

Si Andreas quería desconcertarla, lo consiguió. Bajó la vista y Andreas siguió su mirada hacia la fina línea de piel que se apreciaba entre el top y el pantalón de corte bajo. Al notar que se le humedecía la boca, Andreas apretó lo dientes, enfureciéndose consigo mismo por recordar a la perfección cómo sabía aquel hoyuelo oval que en aquel momento quedaba expuesto a la vista del mundo entero.

Louisa se subió los pantalones.

Andreas estaba furioso, la rabia lo ahogaba, todo su cuerpo

parecía haber despertado al verla bajar del ferry y comprobar lo hermosa que era. ¿Cómo habría conseguido no pensar en ello en todo aquel tiempo? ¿Cómo demonios habían transcurrido cinco años sin que su mente le recordara lo que le había vuelto loco de ella al conocerla?

No lo sabía. Sólo era consciente de que, durante los primeros segundos de consternación, había permanecido detrás del volante y todo su ser había sido invadido por la misma pasión lasciva que se había apoderado de él ocho años atrás. Hasta que había visto que un hombre la acompañaba y la abrazaba antes de dirigirse a uno de los locales del puerto.

Su esposa… su esposa mostrándose en público con otro hombre en su isla, donde todo el mundo sabía lo que había sucedido entre ellos.

Sintiendo que todo su cuerpo se tensaba, dio la espalda a Louisa al mismo tiempo que ella se giraba en la dirección opuesta. A ambos les costaba disimular la rabia y el desconcierto que sentían.

—No estás demasiado bien informada —una voz rompió el cargado silencio—. Tendré que esperar hasta mañana para ir a un banco o si no…

Jamie dejó la frase a medias al ver a Andreas. Louisa miró a su hermano expectante. Después de la conversación que habían mantenido en el ferry, no sabía cómo reaccionaría.

—Saluda a Andreas, Jamie —animó a su hermano. Éste se cuadró de hombros como si fuera un soldado.

—¿Jamie…? —Andreas se volvió sorprendido y dejó escapar una carcajada—. ¡No es posible! —dio un paso hacia él con gesto amistoso y le tendió la mano.

Louisa se mordió el labio, mirando expectante a su hermano. Jamie se limitó a mirar la mano sin ofrecer la suya.

Louisa vio que el rostro de Andreas se oscurecía, y se le aceleró el corazón.

—Jamie —imploró. Lo último que necesitaba era que su hermano cumpliera su amenaza.

A regañadientes, Jamie estrechó la mano de Andreas brevemente. Durante los siguientes minutos, Andreas consiguió mantener una mínima conversación con el joven, consiguiendo respuestas a sus preguntas con gentil aplomo y demostrando con ello quién era el más maduro de los dos.

Cuando Jamie se excusó y se agachó para guardar la cartera en su mochila, Andreas se volvió hacia Louisa.

—Te debo una disculpa.

—No es necesario —dijo ella, esbozando una tensa sonrisa—. Jamie ha cambiado mucho desde la última vez que le viste.

A pesar de que Louisa mostraba una gran amabilidad al pasar por alto la arrogancia y estupidez con la que se había comportado, Andreas no demostró sentirse particularmente complacido. Cambió de tema.

—Supongo que vas a alojarte con mis padres en la villa —dijo con brusquedad—. Es una lástima que no hayan creído oportuno avisarme. Puede que así…

—No nos alojamos en la villa —le cortó Louisa.

Andreas la miró perplejo. Louisa no supo qué decir. Era evidente que aquel encuentro le había tomado tan de sorpresa como a ella, lo que significaba que su madre había guardado el secreto de su viaje. Y si Isabella no había hablado, no le correspondía a ella implicar a su suegra en la situación.

En ese momento, vio a Kostas junto al Mercedes, aparcado unos cuantos coches más atrás de donde se encontraban. El viejo chofer de la familia los miraba desconcertado y Louisa sonrió para sí.

—Creíamos que estabas en Tailandia —dijo Jamie.

—Tailandia —repitió Andreas entornando los ojos—. ¡Qué error tan interesante! —masculló, pensativo.

Louisa cerró los ojos y maldijo para sus adentros. Conocía bien aquel tono y sabía que, dada la rapidez mental de Andreas, necesitaba pocas pistas para extraer sus propias deducciones.

Cuando Louisa abrió los ojos, vio que Andreas la miraba fijamente, todavía con los ojos entornados.

—Ha llegado Kostas —dijo ella, volviéndose aliviada hacia su hermano y señalando al chofer—. ¿Te importa llevar las bolsas?

Tenía la sensación de estar caminando sobre el filo de una navaja. Era consciente de que Andreas seguía mirándola. Jamie parecía resistirse a dejarla a solas con él. La tensión entre los tres cargaba el aire de electricidad y, a pesar de la alta temperatura, Louisa sintió un escalofrío.

Finalmente, Jamie se inclinó para tomar las bolsas y, lanzando una mirada de abierta hostilidad a Andreas, se alejó. Louisa y Andreas guardaron silencio hasta verle llegar junto a Kostas.

—¿Te importaría explicarme qué está pasando? —preguntó Andreas.

—No tengo por qué hacerlo —fue la respuesta automática de Louisa. Pero consciente de que sólo complicaría las cosas, suspiró y dijo—: Estoy aquí para visitar a Nikos.

Era la primera vez que pronunciaban el nombre de su hijo en

cinco años y Louisa sintió un nudo en la garganta. Los dos desviaron la mirada al mismo tiempo.

—Eso ya lo suponía —dijo Andreas, borrando toda emoción de su voz—. Y venías aprovechando que yo estaba… ¿Dónde ha dicho tu hermano…? Ah, sí, en Tailandia.

—Exactamente.

—Lo que, si no me equivoco, implica a mis padres en todo esto.

—¡No hace falta que te pongas sarcástico! —exclamó Louisa, irritada.

—Me han tendido una trampa y pienso ser tan sarcástico como quiera.

¿Qué le habían tendido una trampa a él?

—No sé a qué te refieres. La cuestión es por qué no estás en Tailandia.

—Porque me convocaron a una reunión. ¿Cuántas veces has venido sin que yo lo supiera?

Louisa no estaba dispuesta a contestar esa pregunta.

—Se está haciendo tarde —miró el reloj—. Si no nos vamos, perderemos nuestras habitaciones.

—¿Qué habitaciones? —preguntó Andreas, frunciendo el ceño.

Louisa tenía la sensación de que la conversación iba de mal en peor.

—Nos alojamos en el hotel.

Sólo había uno en la isla.

—¡Ni hablar! —exclamó Andreas, malhumorado—. Mi mujer no se va a alojar en un hotel de tercera cuando su hogar está en una mansión.

—La mujer de la que estás separado —dijo Louisa automáticamente—. Y la villa Markonos no es mi hogar —antes de que Andreas la interrumpiera, suspiró y añadió—: Deberías entender que no quiera alojarme en la villa. No estoy aquí como un miembro de tu fantástica familia, sino por mí misma.

—Tú eres una Markonos —dijo él, apretando los dientes.

Louisa decidió no adentrarse en aquel terreno.

—Nos alojamos en el hotel —repitió con decisión.

—¿Y mi madre lo consiente?

Louisa sabía que Andreas no dejaría el tema hasta averiguarlo todo. Apretó los labios y asintió con la cabeza. Era demasiado tarde para dejar a Isabella al margen.

Su gesto fue seguido por un frío silencio que podía congelar la sangre en las venas.

Louisa se cruzó de brazos. Kostas había ayudado a Jamie a

cargar las bolsas en el maletero y la esperaban.

—Escucha —dijo, intentado encontrar una calma que estaba lejos de sentir—. No…

Andreas le dio la espalda y fue hacia el coche. Louisa se quedó mirándolo mientras se preguntaba cómo era posible que hubiera olvidado lo testarudo que era. ¿Pensaría Andreas que aquella situación era más fácil para ella que para él? ¿Creería que le resultaba agradable encontrarse con un marido cuyas relaciones con mujeres famosas habían aparecido publicadas en todas las revistas del corazón?

Andreas se acercó a hablar con Kostas. Tan alto, tan moreno, tan sensual, una promesa de todo tipo de…

Louisa se indignó consigo misma por tener ese tipo de pensamientos. Respiró profundamente y fue tras él. Jamie no ocultaba la indignación que sentía al verse ninguneado. Louisa llegó junto al Mercedes en el preciso momento en el que se produjo un intercambio de llaves entre Kostas, que le lanzó una mirada avergonzada antes de ir hacia el coche deportivo, y Andreas. Este abrió la puerta trasera del Mercedes.

—Adentro —ordenó.

Jamie lo miró con gesto retador. Louisa, ansiosa por que aquella escena concluyera lo antes posible, le hizo una señal para que se metiera en el coche. Luego se sentó a su lado. Andreas cerró la puerta.

—¿Quién demonios se cree que es? —masculló Jamie.

Un hombre que había sido engañado por su madre para acudir a la isla y que estaba furioso. Louisa podía entenderlo. Tampoco a ella le gustaba lo que estaba pasando. ¿Qué pretendía Isabella?

—Shhh —hizo callar a su hermano.

Andreas se sentó tras el volante. La camisa blanca acentuaba la anchura de sus hombros y el tono oliva de su suave piel. Louisa se quedó mirándolo y un par de ojos negros se clavaron en ella como dos dardos cargados de electricidad a través del espejo retrovisor.

Capítulo 3

Louisa intentó apartar los ojos de la ardiente mirada de Andreas, pero no lo consiguió. Los años parecían no haber transcurrido desde aquellos primeros encuentros con el joven de diecisiete años que había cautivado su vulnerable corazón.

Durante aquel tiempo, Andreas se había transformado hasta tener un cuerpo fuerte y musculoso, y una expresión mucho más madura y severa. Su rostro se había afilado, creándose en él nuevos ángulos, pómulos más altos, mandíbula marcada. Su nariz era aún más aguileña de lo que ella recordaba y sus labios, llenos y voluptuosos, aquellos labios que solían dedicarle sonrisas que la arrebataban, habían adoptado un rictus amargo.

También cabía la posibilidad de que aquel gesto lo causara su presencia. Louisa no podía saberlo. Sólo era consciente de que seguía siendo el hombre más atractivo del mundo.

Pero al recordar la última vez que lo había visto, en el apartamento de Atenas, sintió una punzada en el pecho que le obligó a retirar la mirada de su rostro.

En ese momento, el motor se puso en marcha y Andreas arrancó lentamente. La suavidad con la que el coche se movía contrastaba con la tensión que dominaba en su interior.

Sólo llevaban media hora en Aristos y el viaje se anunciaba como un desastre. Louisa echó una ojeada a Andreas a través del espejo. Cinco años eran mucho tiempo sin ver al hombre al que en el pasado había amado hasta llegar a la autodestrucción. En la penumbra del coche, su rostro había adquirido un gesto aún más taciturno y sus labios se apretaban con rabia.

¿En qué estaría pensando?

No pensaba preguntárselo, pero no podía evitar observar su oscuro cabello, que le llegaba hasta los hombros; unos hombros que se perfilaban musculosos y anchos bajo la camisa blanca.

Louisa pensó que los últimos cinco años le habían sentado bien mientras deslizaba la mirada por su brazo moreno, en el que brillaba un reloj de oro, hasta sus manos de largos dedos que asían el volante con firmeza.

En aquel instante, observó que apretaba los dedos y Louisa alzó la mirada hacia el espejo, donde encontró los ojos de Andreas clavados en ella con una expresión que la dejó sin aliento y que al instante invocó escenas íntimas de su relación.

¿Sería Andreas consciente de ello? ¿Sabría que intentaba reprimir el recuerdo de las sensaciones que sólo él había logrado despertar en ella?

Sonó una melodía de moda y Jamie, sacando el móvil del bolsillo, empezó a pulsar teclas para escribir un mensaje.

En aquella ocasión, fue Andreas el primero en retirar la mirada y volverla hacia la carretera. Jamie rió quedamente, animado por el mensaje que recibió de vuelta, y su malhumor pareció evaporarse al tiempo que escribía una respuesta en actitud relajada.

En medio del silencio roto exclusivamente por el rítmico pulsar de las teclas del teléfono, Louisa volvió a mirar al espejo y descubrió a Andreas observándola con la mirada enturbiada por los recuerdos. También ellos habían intercambiado mensajes constantemente en el pasado, cuando no podían soportar estar separados ni unos minutos: «¿Dónde estás? ¿Me echas de menos? ¿Por qué no estás conmigo?»

Louisa se revolvió en el asiento. Al inicio de su relación, la tecnología no estaba tan desarrollada y solían mantener largas conversaciones telefónicas a distancia que les ayudaban a soportar las separaciones.

Alex, el hermano de Andreas, acostumbraba a llamarlas «llamadas forzadas». «Nuestra madre no le consentiría que dejara de llamar a su mujer ni un solo día», decía.

Alex era el que más ojeriza le tenía de toda la familia Markonos. En su opinión, ella había destrozado la vida de su hermano. Le gustaba torturarla con comentarios del estilo: «Las mujeres lo adoran. ¿De verdad crees que te es fiel mientras tú estás aquí, engordando, a miles de kilómetros de distancia?».

Louisa retiró la mirada del espejo y Andreas se preguntó qué habría causado la expresión de dolor que acababa de cruzar su rostro. Automáticamente, se dijo que él mismo debía ser la causa.

Maldijo los recuerdos que los mantenían atrapados y que incluso afectaban al hermano de Louisa. En el pasado habían sido buenos amigos, pero hacía unos minutos, Jamie le había saludado como si acabara de encontrarse con una serpiente venenosa, lo que le había causado una inquietante sensación que no quería analizar porque sabía que estaba relacionada en alguna medida con su hijo.

Su hijo… Volvió a mirar a la madre de su hijo en el espejo. Seguía tan guapa como la primera vez que la vio. Sus ojos eran de un límpido azul y su boca era la más tentadora que había visto en su vida.

Una pulsión en el bajo vientre le obligó a mirar de nuevo a la carretera. A los pocos minutos tomaba un desvío que se adentraba en el bosque y que conducía hacia el único hotel de la isla, situado junto a una de las playas más bonitas de Aristos. Al salir de debajo de la bóveda de árboles llegaron a un pequeño aparcamiento iluminado

tenuemente por una bombilla que colgaba del toldo de la entrada principal. Andreas detuvo el coche y bajó. Sus pasajeros le imitaron y los tres se dirigieron a la parte trasera del coche. Las cigarras cantaban a su alrededor y el tibio aire estaba perfumado de limón y pino.

—Se oye el mar —dijo Jamie a su hermana—. ¿Estamos al lado de la playa?

Andreas dedujo que aquél debía ser el primer viaje de Jamie. Louisa contestó en voz baja y su respuesta quedó ahogada por el ruido del maletero al abrirse. Iba a sacar las bolsas cuando Jamie se le adelanto.

—Ya me ocupo yo.

—No seas pesado, Jamie —dijo con voz severa Andreas. Y Jamie dio un paso atrás.

Yannis, el dueño del hotel, salió con expresión jubilosa a dar la bienvenida a Louisa y al ver a Andreas se paró en seco. Éste ignoró la tensión que se produjo y fue a estrecharle la mano educadamente.

Louisa era consciente, como él, de que el comportamiento de Yannis se debía a que no esperaba encontrarlos juntos. La isla era pequeña y sus pobladores no olvidaban fácilmente.

Todo el mundo sabía que el primogénito de los Markonos se había enamorado locamente de una turista, la había dejado embarazada y se había casado con ella en contra de los deseos de ambas familias. También recordaban el trágico accidente de su hijo. Sabían que estaban separados, y que Andreas nunca acudía a la isla cuando Louisa la visitaba.

Con voz queda, Andreas pidió a Yannis en griego que ayudara a Jamie con el equipaje y luego esperó a que ambos entraran en el hotel.

—Mañana por la mañana seremos la comidilla de la isla —comentó a Louisa.

—Como de costumbre —replicó ella. Arrepintiéndose del tono amargo que había usado, añadió—: Perdona.

—¿Por qué te disculpas si dices la verdad? —Andreas se apoyó en el coche y metió las manos en los bolsillos—. Me da lo mismo lo que digan de mí.

—Nunca te ha importado —Louisa se cruzó de brazos como si con ello erigiera un escudo protector entre ellos.

—No —Andreas sacudió la cabeza y, mecánicamente, le acarició la mejilla—. Me he quedado desconcertado al verte bajar del ferry —dijo con dulzura—. Por un momento he pensado que estaba soñando.

—¿Soñando a teniendo una pesadilla? —dijo ella con una tensa sonrisa antes de mirar a la lejanía.

Andreas le retiró del rostro un mechón de cabello y se lo puso detrás de la oreja.

—Desde mi punto de vista, no tenía nada de pesadilla, *agapi mu.*

Louisa se irguió y retrocedió un paso.

—No juguetees con mi pelo —dijo con expresión crispada.

—No jugueteaba, sólo te tocaba.

—No tienes derecho a hacerlo.

—Yo creo que sí.

Louisa miró a Andreas con ojos centelleantes.

—¿Qué quieres decir? —exclamó, indignada.

Andreas sonrió en tensión antes de retirar la mano.

—¿No sigues siendo mi esposa?

Louisa recordó como un fogonazo la dolorosa imagen que había presencia en el apartamento de Andreas cuando había acudido a verlo. Se alejó de él y apretó los labios para contener la ira. ¡Cómo se atrevía a hablarle así y a mirarla con aquella expresión de picardía reflejada en su hermoso rostro!

Perdió la batalla contra sí misma y alzó la mano en actitud amenazadora.

—¡Mira bien! ¿Ves una alianza? No. Porque no llevo nada que me recuerde que alguna vez te pertenecí. He recuperado mi apellido de soltera, Jonson, y jamás pienso en mí misma como una Markonos.

—¿Me has borrado de tu vida?

—¡Completamente!

Andreas tiró de ella hacia sí y la besó, estrechándola con fuerza. Louisa sintió que prendía una llamarada en su interior. Todo sucedió deprisa, de una manera tan explosiva como siempre había sido entre ellos, y en unos segundos sentía la misma intimidad que recordaba haber sentido en el pasado, tan vivida como si no hubiera transcurrido el tiempo.

Sus labios, como guardas traicioneros, se abrieron al instante para dar a acceso a su boca. Un parte de su cerebro se sentía horrorizada de que Andreas siguiera teniendo aquel poder sobre ella, pero al mismo tiempo, anhelaba ahogarse en el placer que ello le proporcionaba, en la pérdida total de control. Andreas deslizó sus manos por sus costados, por sus caderas, la apretó contra sí. Louisa podía sentir la prueba inconfundible de su deseo, y el que despertaba en ella como respuesta. Y entretanto, sus bocas se movían en un beso furioso, hambriento, profundamente íntimo. Tan íntimo que Louisa tardó en darse cuenta de qué estaba pasando cuando súbitamente Andreas, jadeante, la apartó de sí.

Manteniéndola a la distancia de los brazos, la sujetó por los

hombros mientras la miraba con ojos enturbiados por la pasión y el desconcierto. Tuvo que recuperar el aliento antes de poder hablar. Cuando lo hizo, usó un tono despectivo y cruel.

—No parece que me hayas borrado completamente, *agapi mu.*

Louisa tembló de ira por la humillación, y las lágrimas le quemaron la garganta.

—*¿Agapi mu?* Supongo que me llamas así a mí y a otras cuantas miles —exclamó, antes de correr hacia el hotel.

Andreas la observó marchar mientras intentaba asimilar lo que acababa de hacer y decir. ¿Por qué había actuado así? ¿Acaso no estaba en su sano juicio? Mascullando entre dientes, volvió hacia el coche. La única respuesta era el torbellino de sensaciones y pensamientos que poblaban su mente, aunque nada justificaba lo que acababa de hacer.

Ella y otras cuantas miles…

¡Qué ironía!, pensó. Sin dejar de maldecir, subió al coche y arrancó con un chirrido de ruedas.

Apoyada en la puerta del hotel, Louisa oyó partir el coche. Le temblaban tanto las piernas que tuvo la tentación de dejarse caer y acurrucarse en el suelo.

Las lágrimas que contenía a duras penas le quemaban los ojos. ¿Cómo se atrevía Andreas a actuar de aquella manera? ¿Cómo se atrevía a besarla? En medio de la rabia que sentía, un calor ardiente se apoderó de su vientre y le endureció los pezones.

—¿Estás bien?

La voz de Jamie le hizo alzar la mirada.

—Perfectamente —mintió, intentado aparentar una calma que estaba lejos de sentir.

Su hermano no pareció muy convencido.

—¿Te ha ofendido?

—No —mintió Louisa de nuevo—. Los dos estamos desconcertados, eso es todo.

Pero ése no era el sentimiento que la dominaba horas más tarde, cuando, insomne, recorría su dormitorio arriba y abajo.

—Dame fuerza, señor —masculló una vez más al sentir un calor pulsante en la parte baja del abdomen.

No podía soportar la idea de seguir deseando a Andreas. Ni podía ni quería.

Rodeándose la cintura con los brazos, se dirigió hacia la ventana y contempló la envolvente oscuridad de la noche. Era tarde, y la gran cama que tenía a su espalda resultaba tentadora, pero cada vez que la miraba, su mente conjuraba la imagen de Andreas, desnudo, esperándola con los brazos abiertos y…

Dejando escapar una exclamación, fue precipitadamente al cuarto de baño y abrió la ducha. Diez minutos más tarde, temblando de frío por el agua helada, se metió en la cama, decidida a olvidar aquel estúpido beso y dormir.

Andreas se dejó caer sobre una hamaca en la terraza con la mirada clavada en la aterciopelada oscuridad. Sobre la mesa tenía una botella de brandy y una cafetera con humeante café.

En contra de lo que había pensado inicialmente, acababa de decidir no emborracharse. A ello había contribuido la conversación que había sostenido con sus padres después de la cena.

A su padre le salvaba el no haber sabido que Louisa estaría en el ferry que llegaba aquella noche a la isla.

Su madre, sin embargo, reconoció haberlo sabido en tono retador.

—No pretendía que os encontrarais como lo habéis hecho —admitió—, pero esperaba que en algún momento os vierais. Es hora de que os enfrentéis el uno al otro. Sólo así podréis dar por terminado vuestro matrimonio.

—¿Ése es el plan que has urdido?

—Alguien tenía que hacerlo. Estoy harta de que permanezcas en una especie de limbo marital. No puedes seguir así.

En cierta medida su madre había tenido éxito. Gracias a ella había pasado de estar en un limbo a sentirse furioso. Pero su furia iba dirigida a su madre por la forma en que había tratado a Louisa y por haberle mentido a él.

Andreas no quería dar carpetazo a su matrimonio. Prefería recordar cada minuto de su vida con Louisa y repetirse una y otra vez que había sido un pésimo marido. Sólo así conseguía mantener sus emociones bajo control.

«Aunque se ve que no del todo», le dijo una voz interior con sarcasmo. «Puede que el resto de las mujeres te dejen frío, pero te ha bastado ver a Louisa para sumirte en un absoluto caos emocional».

Y por eso estaba sentado en la terraza, bebiendo brandy y café. El primero, para anestesiar sus erráticos pensamientos y sensaciones; el café, para mantenerse despierto mientras alcanzaba la calma que necesitaba para enfrentarse al día siguiente.

Entonces, iría a ver a Nikos antes de abandonar la isla y dejaría a Louisa a solas con el recuerdo de su hijo, librándola del temor de encontrarse con el hombre al que claramente detestaba.

Aunque… le había d vuelto el beso. Sus dulces labios se habían entreabierto al sentir el roce de los suyos y había sido como si…

Andreas dejó escapar una maldición al sentir que la sangre se le calentaba. Se puso en pie y recorrió la terraza arriba y abajo.

¿Qué demonios le pasaba? ¡Llevaban cinco años separados! ¡En ese tiempo ni siquiera se habían visto!

Louisa se había marchado de la isla sin molestarse ni en hacerle una llamada para advertirle que volvía a Inglaterra ni en darle la oportunidad de que…

—¡Maldita sea! —exclamó entre dientes mientras observaba las luces del ferry perderse en la distancia y se reprendía por no poder dominar sus sentimientos. ¿Cómo era posible que un hombre como él, maduro y sofisticado, se comportara como un adolescente cargado de hormonas? Tal vez porque, por más que quisiera evitarlo, se sentía como el joven de veintidós años que había posado sus ojos en Louisa por primera vez.

—¡Ay! —gimió Louisa al tropezar con una piedra y hacerse daño en el pie.

¿Quién sino una idiota como ella habría decidido impulsivamente salir a dar un paseo en medio de la noche?, se preguntó mientras se masajeaba los dedos que las sandalias dejaban al descubierto.

No sabía qué distancia había recorrido desde el hotel. La luna, una fina línea curva en el cielo, apenas iluminaba la noche.

Después de varias horas de desasosiego, había decidido dar un breve paseo hasta la playa. No comprendía en qué momento se había desviado y había acabado tomando uno de los muchos senderos que surcaban la ladera de la colina.

Finalmente, consciente de que era mejor renunciar a descansar, había decidido continuar su camino y contemplar el amanecer desde una plataforma de rocas a la que solía acudir en el pasado para disfrutar del espectáculo del cielo pasando lentamente por las distintas gamas del azul y el violeta.

Mirando al horizonte se mordisqueó el labio inferior al darse cuenta de que podía haber calculado mal y que quizá faltara mucho para que amaneciera. Miró el reloj, pero apenas pudo vislumbrar la esfera plateada en la oscuridad. Suspiró profundamente. Lo mejor sería volver. Pero no quería hacerlo.

No quería estar sola en el dormitorio del hotel, atormentándose con sentimientos que no tenía derecho a sentir. Al menos mientras estaba en el exterior y gastaba energía, no pensaba. Y ni siquiera temía por su seguridad en aquella pequeña isla cuyos habitantes eran tan honestos y buenos como monjes.

Aun así, después de permanecer un rato en la ladera de la montaña en medio de la noche, empezó a inquietarse. ¿Y si alguien la veía? ¿Pensarían que estaba loca?

Esa idea la hizo reír quedamente. No dejaba de ser una situación inusual, casi cómica. ¡Sólo una adolescente actuaría como lo estaba haciendo ella!

De pronto, algo caliente le tocó el hombro y Louisa dejó escapar un grito agudo. ¡Tenía que ser un murciélago! Se volvió para confirmar su hipótesis, pero lo que vio le cortó la respiración: ante sus ojos había un hombre alto y moreno, vestido de gris.

Capítulo 4

Louisa sé llevó una mano al pecho alarmada.

—¡Andreas! —exclamó—. ¡Me has dado un susto de muerte!

—Lo siento —dijo él—. ¿Qué haces paseando sola a las tres de la madrugada?

—¿Son las tres? Creía que eran las cuatro —dijo ella, mirando el reloj. Seguía sin poder ver la hora, pero dedujo que se había equivocado al adelantar las manillas cuando aterrizó en Atenas.

—¿Qué importa una hora más o menos? La cuestión es que es de noche.

—Quería ver el amanecer —musitó Louisa.

El suspiro que Andreas exhaló le indicó que no le parecía una buena respuesta. Pero a ella siempre le había gustado contemplar la salida del sol y estaba segura de que Andreas no lo había olvidado.

—¿Y tú? ¿Qué haces aquí? —dijo abruptamente. De pronto tuvo una sospecha—. ¿Estabas espiándome?

—Sí, claro —dijo él con sarcasmo—. He esperado fuera del hotel para ver si cometías la estupidez de salir en mitad de la noche.

El comentario alcanzó la diana que buscaba. Louisa apretó los labios y miró al suelo al tiempo que metía las manos en los bolsillos. La tensión entre ellos podía palparse.

—He salido a correr —explicó Andreas en un tono más conciliador.

Louisa lo miró con desconfianza, pero comprobó que llevaba deportivas y que en su camiseta había manchas de sudor, así como en la zona próxima a las caderas donde…

Al sentir que se le secaba la boca, alzó la mirada. Andreas aún jadeaba levemente por el esfuerzo y Louisa observó entonces que llevaba una camiseta deportiva tan ceñida a su torso como una segunda piel.

—En la playa —concluyó él su explicación.

Louisa, que estaba distraída siguiendo la línea de sudor que rodeaba el cuello de Andreas, no percibió su tono de sorna. Inconscientemente, se pasó la lengua por los labios. Los músculos del pecho de Andreas se contrajeron levemente, reclamando su atención.

—Iba camino a casa cuando te he visto tropezar delante de mí… Deja de mirarme así, *agapi mu* —dijo Andreas de pronto—. Es peligroso…

Sobresaltada, Louisa alzó la mirada hasta su rostro. Andreas no había pretendido ser sarcástico, sus ojos no sonreían. Y cada terminación nerviosa del cuerpo de Louisa se tensó. Al tiempo que suspiraba, sintió el rubor subir a sus mejillas. Quiso desviar la mirada

de Andreas pero no lo consiguió porque él era la causa de que hubiera tenido que salir a pasear en mitad de la noche. No había conseguido dejar de pensar en él, imaginándolo a su lado, en la cama. ¿Cómo explicarle eso?

—Será mejor que vuelva al hotel —dijo finalmente, intentando sortearlo para seguir su camino.

—Te acompaño.

—No quiero que lo hagas.

—No era una sugerencia, *yineka mou* —dijo Andreas en tono firme.

—¡No soy tu mujer! —exclamó ella, airada.

—¿Ah, no? Entonces, ¿qué eres?

Louisa pensó, rabiosa, que no tenía ni la menor idea. No era la mujer de Andreas, pero tampoco estaba libre, ni era soltera…

Apretó los labios para no contestar y siguió caminando, demasiado deprisa, temerariamente. Necesitaba alejarse de Andreas antes de decir algo verdaderamente inoportuno.

Él la sujetó por la muñeca y la obligó a detenerse.

—No seas imprudente —dijo ásperamente—. El sendero es peligroso.

Espantada por lo que estaba a punto de suceder por su propia debilidad, Louisa intentó soltarse. Cuando Andreas se lo impidió, ella cometió el grave error de girarse y mirarlo de frente. En una fracción de segundo, su pequeño mundo de seguridad se desmoronó. Sus ojos, su cabello, su imponente físico, su maravillosa boca… Unas gotas de sudor se deslizaban por su mejilla y Louisa se pasó la lengua por los labios mientras, a su pesar, pensaba cuánto le gustaría volver a probar su salado y limpio sabor…

—Por favor —suplicó en un susurro, sintiendo que la oscuridad la envolvía con un nuevo calor.

—Louisa… —musitó él con la respiración entrecortada—. No me hagas esto.

Andreas sabía lo que le sucedía a Louisa. Ella lo podía leer en el brillo de sus ojos, en el rictus de sus labios, y con una exclamación ahogada admitió que era demasiado tarde para evitarlo. No debía haberse vuelto a mirarlo. ¡No debía haberle permitido notar que estaba atormentada!

—Tengo que irme… —dijo con voz quebradiza al tiempo que hacía un nuevo intento de liberarse.

Andreas masculló algo en griego y tiró de ella hasta estrecharla contra su pecho. Louisa alzó la mirada y se sintió atrapada al instante por sus ojos negros y brillantes. Vio la nuez de Andreas moverse al

tragar antes de que sus labios se abrieran para decir algo. Pero Louisa no quería que hablara. Sólo quería…

Con un nuevo gemido, dejó de resistirse y se dejó llevar por sus instintos. Rodeó el cuello de Andreas con una mano y le obligó a agacharse para poder sentir aquellos sensuales labios sobre lo suyos. Porque eso era verdaderamente lo que quería. Y en cuanto sintió su roce, dejó que su cuerpo tomara las riendas y abandonara todo control. Siempre había sido así entre ellos. Siempre había deseado a Andreas más allá de cualquier límite razonable. Él había sido su primer y único amor. Y nada ni nadie podría explicar por qué sólo él la hacía sentirse tan vulnerable, por qué necesitaba aferrarse a él y besarlo frenéticamente con una urgencia que la obligaba a arquear su cuerpo para sentir el máximo contacto posible con él.

Y en aquel instante fue consciente de que habían bastado unos segundos para que volviera la pasión e intensidad del deseo que llevaban cinco años sin experimentar el uno por el otro.

El olor limpio y húmedo de Andreas la envolvió. Él deslizó sus anhelantes manos por su costado y Louisa separó su boca de la de él para poder probar su sudor. Un gemido escapó de la garganta de Andreas al tiempo que metía las manos debajo de la camiseta de ella y, acariciándole la desnuda espalda, la empujaba hacia sí con aún más fuerza. Sus caderas se clavaban en las de ella, obligándola a aferrarse a él desesperadamente. Louisa no conseguía sentírselo bastante cerca, saciarse de su olor, de su sabor…

—Te deseo —susurró, volviendo a besarlo.

Andreas le devolvió el beso y ambos se sumergieron en el placer que sentían. Sus lenguas se entrelazaban en una frenética danza, la fuerza que los arrastraba, quizá debido a la oscuridad que los rodeaba y que les hacía sentir los únicos pobladores de la tierra, parecía imparable.

Hasta que cesó tan súbitamente como había empezado.

Fue Andreas quien lo detuvo, quien se separó de Louisa y le dio la espalda.

—Si lo que quieres es sexo, estaré encantado de proporcionártelo —dijo con aspereza. Se volvió—, pero no aquí, en un camino polvoriento, como un par de cabras en celo.

—¿Por qué no? —dijo ella, jadeante, con una mezcla de vergüenza e indignación—. Así fue como pasó la primera vez. Entonces no pareció importarte.

Un destello iluminó los ojos de Andreas. Por un momento, Louisa pensó que respondería con desdén, pero al instante se dio cuenta de que había despertado su cólera. Acababa de tocar un punto

sensible cuya existencia desconocía. De pronto, Andreas volvió a atraerla hacia sí y exclamó.

—¿Quieres que revivamos la primera vez? —susurró con aspereza—. ¿Quieres que te eche en el suelo y pierda la cabeza, quieres volver a experimentar el sexo con un hombre fuera de control?

—No —dijo ella con un hilo de voz, sintiéndose culpable—. Lo siento… No sé qué me ha pasado…

—¿Qué te ha pasado? ¡Qué has querido comprobar cómo es el sexo con un griego de sangre caliente, eso es lo que te ha pasado! —Andreas la miró con desdén—. De lo que deduzco que tus caballeros ingleses no han conseguido satisfacerte en todos estos años.

—Si ésa es mi excusa, ¿cuál es la tuya? —replicó Louisa—. ¿Qué querías tú? ¿recordar cómo habías desvirgado a una adolescente? —estaba segura de que iba echarse a llorar en cualquier momento y tenía que evitarlo—. ¿Ninguna de tus innumerables amantes ha sido tan inocente y pura como para poder entrenarla para ser tu objeto sexual?

—Dudo que tú puedas ser ya descrita de esa manera —dijo Andreas, despectivo.

Louisa habría querido gritarle que cómo iba a saberlo si ni siquiera se había molestado en preguntar qué tal le había ido durante los últimos años, pero se limitó a darle la espalda y reiniciar su marcha. Las rodillas le temblaban, el cuerpo le ardía, sentía el sabor de las lágrimas en la boca. Tropezó con una roca y, al tiempo que emitía un grito de dolor, oyó un juramento a su espalda y sintió un brazo que la rodeaba por la cintura y la elevaba en el aire. Durante unos segundos sólo fue consciente del ruido de unas zapatillas resbalándose por la arena intentando mantener el equilibrio y de sus propios gritos de rabia y desesperación.

Andreas la posó en el suelo y la giró hacia sí.

—¿Es que te has vuelto loca? —gritó con ojos centelleantes—. ¿Cuántos accidentes tienen que ocurrir en esta familia antes de que…? —calló bruscamente. Sus labios se contrajeron en una mueca de dolor. Miraba al vació clavando los dedos en los brazos de Louisa mientras la brisa de la noche aullaba las palabras que él no se atrevía a pronunciar.

Iba a mencionar a Nikos. En su mente estaba la caída que su hijo había sufrido en un sendero como aquél.

—¡Dios mío! —susurró Louisa. ¿Cómo podía haber sido tan inconsciente?—. No me había dado cuenta —añadió en un lamento.

Andreas volvió a la vida con una profunda espiración. Sin darse

cuenta de lo que hacía, alzó a Louisa hasta que sus rostros estuvieron a la misma altura y atrapó su boca con voracidad. En una fracción de segundo la pasión que habían dejado en suspenso hacía unos minutos volvió a devorarlos con una fuerza sexual que desbancaba a la razón.

Louisa ni siquiera supo quién actuó primero. Sólo supo que echó la cabeza hacia atrás para mirar a Andreas a los ojos y que la mente se le nubló ante la urgente necesidad de volver a besarlo que la dominó, como si de ello dependiera su vida.

Lentamente, sin que sus labios se separaran, Andreas se arrodilló, llevándola consigo hasta echarse en la hierba que bordeaba el sendero.

Louisa le quitó la camiseta y a ésta le siguió su blusa. Andreas dejó escapar un gemido al sentir sus senos contra su pecho desnudo. Louisa sintió que el fuego la consumía. Se acariciaron torpe y frenéticamente. No hubo delicadeza ni sofisticación, sólo deseo sexual en estado puro, compulsivo. Se devoraron con las manos y con la boca, exigiendo y entregando sin hacer preguntas. Cuando Andreas se retiró levemente para quitarle a Louisa los pantalones, ella observó en su rostro el deseo que lo consumía y contempló admirada su sexo erecto, que ella misma había descubierto y acariciado hasta hacerle alcanzar ese estado.

—Siempre fuiste una bruja —susurró él, antes de penetrarla de un único y decidido empuje y absorber en su boca el gemido de placer que escapó de la de Louisa.

Cabalgó sobre ella como un hombre enfebrecido. De no haber sabido que era imposible, Louisa habría creído que era la primera vez que Andreas hacía el amor en años. Estaba excitado, tembloroso, ardiendo. Ella se asió a sus hombros y se dejó llevar por sus rítmicas embestidas. Cuando empezaba a alcanzar la cima, él le rodeó la cintura con los brazos y, atrayéndola aun más hacia sí, aceleró el ritmo. En una espiral ascendente, las contracciones fueron incrementándose, arrastrándolos hasta un orgasmo que los sacudió al unísono y que arrancó gemidos jadeantes de sus gargantas.

La realidad los abofeteó en cuanto remitieron los últimos espasmos. Un profundo silencio cayó sobre ellos al tiempo que sus cuerpos pasaron de la máxima relajación a una tensión angustiada y expectante.

Andreas dejó escapar un juramento e hizo ademán de retirarse al tiempo que Louisa le golpeaba débilmente el torso y le decía:

—¡Quítate!

Con un último estremecimiento, Andreas se puso en pie, y dándole la espalda, se subió los pantalones mientras Louisa se vestía.

Cuando ambos concluyeron, volvió el silencio que sólo habían roto sus movimientos. Era un silencio cargado y Andreas no dejaba de preguntarse qué podía decir a la mujer a la que acababa de poseer con una necesidad tan básica y primitiva… A su esposa… A la madre de su hijo…

Girándose solo parcialmente, le tendió la mano para ayudarla a levantarse. Ella la rechazó y se puso en pie con decisión. Tenía el cabello y la ropa salpicada de hierba, y temblaba con tanta violencia que estuvo a punto de volver a perder pie.

—Yo…

—¡Calla! —exclamó Louisa con voz temblorosa.

Andreas pensó que quizá lo más apropiado era el silencio, que no había palabras tras lo que acababan de hacer. Sin embargo, en alguna parte de su cerebro, estalló una risa que no pudo contener:

—Se ve que no hemos aprendido a controlarnos —dijo. Louisa fue a darle una bofetada, pero él le sujetó la muñeca—. No pienso dejar que me abofetees porque pierdes el control cuando estás conmigo, Louisa.

—Te odio —dijo ella, y se soltó para poder darle la espalda al tiempo que se rodeaba la cintura con los brazos como si con ello se sintiera protegida—. ¿Cómo es posible que hayamos hecho algo así? —gimió.

—Siempre nos ha pasado lo mismo —dijo Andreas, volviendo a hablar con aspereza.

Louisa se giró para mirarlo.

—¿Crees que ésa es una buena excusa?

Andreas se encogió de hombros. Había deseado a Louisa desde la primera vez que la vio bajar del ferry. E incluso en aquel instante, furioso consigo mismo por la locura que acababa de dejar que lo poseyera, sentía de nuevo el deseo bombear en su interior, como un monstruo atrapado que nunca había conseguido saciarse en ningún otro lugar.

Lanzó una mirada a Louisa que, con el cabello alborotado y la ropa manchada, con expresión turbada y al borde de las lágrimas, seguía tan hermosa como siempre.

—¿Y si me quedo embarazada? —añadió ella, airada.

Andreas la miró estupefacto.

—Sólo dices eso para herirme —dijo con voz ronca.

La forma en que Louisa lo miró fue una respuesta anticipada a un susurrado:

—No.

Andreas dejó escapar un juramento que sobresaltó a Louisa.

—Supongo que ese es el resumen de lo que piensas —añadió ella con amargura antes de alejarse de él con los ojos anegados en lágrimas.

Al sentir la presencia de Andreas a su espalda, se tensó previendo que intentara abrazarla, pero no lo hizo.

—Sigue caminando —se limitó a decir, tras adelantarla para servirle de guía.

Louisa lo siguió en silencio, con un sentimiento de vergüenza y culpabilidad que se incrementaba con cada paso que daba. Al llegar al hotel, Andreas se detuvo y ella pasó de largo. Ninguno de los dos se molestó en ofrecer un hipócrita «buenas noches».

Louisa se metió entre las sábanas y se cubrió la cabeza con la almohada, dedicándose improperios hasta que acabó por dormirse, exhausta. Unas horas más tarde, la despertaba una llamada a la puerta.

Salió de la cama medio dormida, pero en cuanto vio la ropa apilada en el suelo, recordó con horror lo sucedido y se quedó paralizada.

—¡Louisa! —llamó de nuevo Jamie—. ¡A desayunar! ¡Estoy muerto de hambre!

—Enseguida voy —dijo ella—. Nos vemos en el comedor.

Metió la ropa sucia en el fondo de su bolsa de viaje como si fuera la prueba de un crimen y con ello pudiera olvidarlo, pero en cuanto fue al cuarto de baño notó dolores y agujetas en puntos de su cuerpo que la hicieron odiarse a sí misma. En cuanto se miró en el espejo tuvo que contener un lamento. Aunque parecía agotada, había en su mirada un brillo especial y sus labios estaban hinchados.

Unos minutos más tarde, duchada y vestida, y sintiéndose mejor, se unió a su hermano en la terraza del hotel, desde la que se divisaba la playa. El sol estaba alto y arrancaba destellos al mar.

Mientras charlaban sobre los planes para aquel día, Louisa se vio constantemente asaltada por imágenes del encuentro con Andreas que la sacudían como oleadas de calor y frío.

En cierto momento, oyó acercarse a alguien desde el lateral del edificio. Cuando dirigió hacia allí la mirada, sonrió con desdén al ver por primera vez en cinco años a su suegra.

—*Kalimera,* Louisa —saludó cordialmente Isabella Markonos—. Jamie, ¡cuánto has crecido desde la última vez que nos vimos!

Jamie se puso en pie y, tras aceptar con indiferencia un beso, se retiró con la excusa de que había quedado con Pietros, el hijo de Yannis, para ir al puerto.

—¡Qué rápido pasan los años! —comentó Isabella, viéndolo

partir.

Louisa guardó silencio. Su suegra, tras una leve vacilación, tomó el asiento que Jamie había dejado libre y, mirándola fijamente, añadió con suavidad:

—Andreas se ha marchado. Ha ido a visitar a Nikos muy temprano y se ha ido en el helicóptero.

Capítulo 5

Louisa aparentó no alterarse.

—Está muy enfadado conmigo —continuó Isabella—. Y por cómo me miras, deduzco que tú también.

Louisa no era consciente de ello, pero era preferible parecer enfadada que abatida.

—No tenías derecho a intervenir —dijo con calma.

—¿Y quién va a intervenir sino yo? —replicó su suegra, impaciente—. Siempre lo he tenido que hacer. Mientras estuvisteis casados no erais más que dos niños jugando a ser adultos. Necesitabais que alguien os instruyera sobre cómo actuar y a ser prácticos.

Louisa estuvo a punto de soltar una carcajada. Nunca había habido nada «práctico» en la irresistible atracción que Andreas y ella sentían. Si no habían podido reprimirla la noche anterior, siendo ya verdaderos adultos, ¿quién habría podido detenerla cuando ella tenía diecisiete años y Andreas veintidós?

Isabella había razonado con un gran sentido «práctico» que el embarazo no debía llegar a término.

Louisa recordaba bien la desesperación que había sentido ante aquella sugerencia y cómo Andreas se había revuelto contra su madre. Más tarde, cuando Nikos nació, Isabella había sugerido ocuparse de él mientras ella concluía sus estudios… en Inglaterra. Una vez más sus lágrimas habían hecho reaccionar a Andreas contra su madre.

—Fui yo quien sugirió que vinieras a ver a Nikos cuando Andreas no estuviera en la isla —continuó Isabella, refiriéndose al único consejo con el que Louisa había estado de acuerdo—. Por eso tenía que ser también yo quien decidiera que esta situación no podía prolongarse.

Apoyándose en el respaldo de su silla, Louisa contempló a la bella y anciana mujer cuyo dulce aspecto ocultaba un corazón de hierro, y se preguntó qué brillante sugerencia tendría en caso de que su hijo le anunciara que había dejado embarazada a la mujer de la que estaba separado.

—Los dos necesitáis seguir adelante con vuestras vidas —siguió Isabella, sin tener ni idea de lo que Louisa estaba pensando en realidad—. Y para ello, tenéis que enfrentaros a vuestro pasado.

—¿Por eso decidiste que debíamos encontrarnos cara a cara?

—¡Para que os vierais y os dierais cuenta de que ya no sois los mismos, para que comprobarais cuánto os habéis distanciado!

Louisa recordó como un fogonazo lo íntimo que había acabado siendo aquel encuentro.

—Sabes que llegamos a quererte mucho, Louisa —continuó

Isabella en su fingido tono de extrema cordialidad—, y que sufrimos mucho cuando el destino os golpeó con tanta crueldad a nuestro hijo y a ti. Desearía que volvierais a ser felices con todo mi corazón, que os enamorarais y os casarais de nuevo, y que tuvierais hijos que os consolaran de la pérdida de Nikos.

Tristemente, Louisa no podía estar más de acuerdo con aquel deseo. También ella quería recuperar la felicidad, pero ¿cómo iba a alcanzarla si el hombre del que estaba enamorada desde los diecisiete años seguía teniendo tanto poder sobre ella?

—Es hora de que ambos dejéis el pasado atrás…

El tono en el que Isabella pronunció aquellas palabras puso a Louisa alerta.

—Quieres que deje de venir a la isla —dijo.

Durante unos segundos, Isabella guardó silencio. Luego se levantó, dio un beso a Louisa y susurró:

—Ya es hora de que lo hagáis —repitió. Y se fue, dejando a Louisa a solas con aquella cruel verdad.

Andreas parecía estar de acuerdo con su madre, puesto que había partido aquella misma mañana para no volver a coincidir con ella. Isabella había insinuado que prefería que no volviera a visitar la isla…

En lo alto de la colina, sobre el puerto, había una pequeña capilla con un cuidado jardín donde descansaban los restos de su hijo. ¿Necesitaba Nikos que acudiera a visitarlo? ¿No era cierto que lo llevaba en su corazón y que no necesitaba desplazarse a ningún sitio para estar con él? Así era, pero…

Aquel «pero» se cruzó en su mente con otro pensamiento que la sacudió como una bofetada. La noche anterior había cometido una enorme estupidez cuya consecuencia podía ser un embarazo.

Pálida, recorrió la terraza como si fuera un fantasma. Una hora más tarde, estaba en el pueblo, delante de la farmacia. Tenía los ojos llenos de lágrimas y se tapaba la boca con la mano porque sabía que sería incapaz de hacerlo. Sabía que era incapaz de entrar en la farmacia y pedir una píldora poscoital.

Porque si estaba embarazada, aquel bebé era una parte de Andreas, una parte de sí misma y también de Nikos.

Dejaría que la naturaleza siguiera su curso. Dio media vuelta y se fue. Tendría que confiar en que el destino no fuera tan cruel como para volver a dejarla embarazada de Andreas.

Pasó los días siguientes en compañía de Jamie. Estaba callada y ensimismada, pero Jamie estaba demasiado ocupado como para

notarlo. Cada mañana la acompañaba a la capilla de la colina y se quedaba con ella un rato antes de volver al hotel. Luego, tumbada en una hamaca a la sombra de una sombrilla, Louisa contemplaba durante horas a Pietros y a Jamie practicar windsurf, o intentar hacer esquí acuático.

Y durante todo el tiempo intentaba no pensar en Andreas ni recriminarse en exceso lo que habían hecho mientras intentaba convencerse de que no tendría consecuencias.

Ocasionalmente, la asaltaba el recuerdo de las duras palabras de Isabella y necesitaba darse un largo paseo por la playa para recuperar la calma mientras batallaba con la parte de razón que su suegra tenía. Era cierto que tenía que cortar lazos con la isla… que debía dejar descansar a Nikos… y a su padre.

Vestida con una larga falda azul pálido y una blusa blanca, Louisa estaba sentada en un banco de piedra junto a la tumba de mármol de su hijo, que resplandecía al sol.

Aquel día marcaba el quinto aniversario de su muerte y Louisa se alegraba de haber convencido a Jamie de que fuera a pescar con Pietros. Necesitaba estar sola.

Apoyó los codos en los muslos y miró a su alrededor a través del filtro emocional que la unía al lugar que tanto amaba. Para ella no había un lugar más hermoso en el mundo que aquel rincón de Grecia. En el pequeño y cuidado jardín había una profusión de flores de colores, se oía el canto de los pájaros y el aire estaba perfumado a jazmín; la cúpula de la pequeña capilla se recortaba contra el límpido azul del cielo.

Allí habían bautizado a Nikos. Allí se habían casado Andreas y ella ante las miradas curiosas de los isleños. Eran tan jóvenes y ella se sentía tan tímida e insegura, tan avergonzada de su estado…

Sonrió para sí. Ya no le importaba lo que otros pensaran de ella. Tenía que concentrarse en el presente y tomar una dolorosa decisión.

¿Partiría de la isla al cabo de unos días para no volver nunca más?

Ocultó el rostro entre las manos, y el cabello le cayó hacia delante. Todo le resultaba tan confuso, tan difícil y complicado. Sólo quería pensar en Nikos pero no lograba dejar de pensar en sí misma. ¿Estaría volviéndose loca?

Una sombra se proyectó sobre ella. Alzó la cabeza y entornó los ojos para enfocar a la figura alta y morena que tenía delante. Aunque no podía ver su rostro porque estaba a contraluz, supo al instante de quién se trataba.

—¿Cuándo has vuelto? —preguntó a bocajarro.

—Esta mañana —respondió Andreas—. Tenía que marcharme por un asunto de trabajo que no podía esperar, pero…

Dejó la frase en suspenso como si se arrepintiera de haberla comenzado, y la forma en que se metió las manos en los bolsillos indicó a Louisa que no se sentía cómodo en la capilla, o quizá junto a ella. Deslizó la mirada hacia un lado y observó algo sobre la lapida de su hijo que no había estado allí el día anterior, de lo que dedujo que Andreas había visitado a Nikos aquella mañana. Muy temprano. Para evitar encontrarse con ella.

¿Aun después de cinco años a Andreas le costaba estar con ella junto a la tumba de su hijo?

—Tenemos que hablar.

—Hoy no, Andreas —dijo con un hilo de voz.

—Mi madre me ha contado lo que te dijo. Ella…

Isabella siempre interfiriendo.

—Veo que tienes un coche nuevo —interrumpió Louisa.

—No quiero que la escuches. Ella…

—Otro Ferrari —siguió Louisa como si no le escuchara—. Negro. El rojo solía ser tu favorito.

—No le incumbe a nadie lo que tú o yo…

—¿Te consideras demasiado viejo para el rojo?

Alargando la mano, Louisa tomó el coche de juguete que descansaba sobre la tumba de su hijo y sonrió con tristeza. En cada una de sus visitas, había encontrado un coche nuevo y le había emocionado saber que era Andreas quien los dejaba allí, y que era una reproducción exacta del coche que se había comprado aquel año.

—Me apetecía cambiar, eso es todo —dijo él malhumorado—. ¿Quieres escucharme de una vez, Louisa? Necesitamos…

—Eres un mentiroso, Andreas Markonos —dijo Louisa—. Has decidido que los Ferrari rojos son sólo para jóvenes alocados y que tú eres demasiado sofisticado como para tener uno. Nikos va a estar muy…

—¡No hables así! —exclamó Andreas.

El tono de rabia con el que se expresó sobresaltó a Louisa.

—¿Cómo? —preguntó, temblorosa.

Andreas le dio la espalda y se balanceó sobre los pies.

—Como si estuviera vivo.

Louisa se puso seria y dejó el coche en su sitio. Un tenso silencio cayó sobre ellos.

Louisa comprendía lo que Andreas quería decir. Era cierto que tendía a hablar de Nikos como si viviera, como si estuviera a su lado.

A veces ese sentimiento era tan intenso que verdaderamente llegaba a creer que…

Con un profundo suspiro se puso en pie y recorrió el parterre de hierba mullida que rodeaba la capilla hasta apoyarse contra el muro que la circundaba.

Al cabo de unos segundos, Andreas fue hasta ella.

—Lo siento —dijo—. No pretendía gritarte.

Sin volverse, Louisa aceptó la disculpa con un leve encogimiento de hombros. Su desasosiego no tenía nada que ver con la reacción de Andreas, sino que con la carga de emotividad que poseía aquel lugar.

—¿Vienes aquí a menudo? —preguntó con tristeza.

—Siempre que vengo a la isla —respondió él.

Louisa asintió.

—Claro, tú perteneces a este lugar.

Esas palabras no tuvieron respuesta, pero no la necesitaban. Claro que Andreas pertenecía a la isla. Ella, por el contrario, no.

Miró al horizonte hasta que sintió la amenaza de las lágrimas.

—Ésta será mi última visita —dijo, expresando en voz alta la decisión que llevaba días intentado tomar.

—¡No digas tonterías! —replicó él—. Estoy intentando decirte que no tienes por qué hacer caso de lo que mi madre diga.

—Pero tiene razón. Ha llegado el momento de romper vínculos.

—¿El momento? ¿Qué momento? ¿Qué significa el tiempo cada vez que partimos de aquí sabiendo lo que dejamos atrás?

—¿Tú también sientes eso? —preguntó Louisa, girándose hacia él, asombrada.

Un grito quedó sofocado en su garganta al ver un hombre muy distinto del que esperaba encontrar. Hasta aquel momento no había visto a plena luz el rostro de Andreas, y lo que vio la dejó boquiabierta. El joven del que se había enamorado había desaparecido completamente. Seguía siendo espectacularmente guapo, pero sus labios habían adquirido una dureza que le heló el corazón, y sus ojos, de un profundo marrón oscuro, le hicieron saber que la pasión a la que habían dado rienda suelta hacía unas noches era tan excepcional para él como lo era para ella.

—Claro que lo siento —dijo Andreas con voz ronca—. ¿Acaso crees que soy de piedra?

—Sí —se oyó decir Louisa a sí misma.

Estaba comprendiendo finalmente el verdadero significado de lo que Isabella había querido decirle. Por fin entendía por qué la madre de Andreas había querido que se vieran cara a cara. La vulgar joven inglesa y el poderoso griego pertenecían a mundos tan distintos que,

de haberse conocido en aquel momento, Andreas ni siquiera se habría molestado en dirigirle una mirada.

Abrazándose a la cintura, desvió la mirada no sin antes fijarse en el caro traje que Andreas vestía y en la refinada sofisticación con la que lo lucía, propia de quien había conocido el lujo y la exclusividad desde su infancia.

Louisa percibió todo aquello sin lograr comprender cómo no lo había observado con anterioridad, cómo era posible que, en su momento, no hubiera entrevisto a aquel elegante y distinguido hombre desarrollarse en el interior del joven con el que se había casado.

—¿Cómo eres capaz de pensar en abandonar a nuestro hijo? —preguntó él con aspereza.

Louisa tomó aire para ganar tiempo.

—¿No acabas de decirme que no está aquí? —le recordó antes de añadir al ver que Andreas la miraba con ojos centelleantes—: Y tienes razón. Nikos partió hace años. No tiene sentido hacer un viaje tan largo para visitar lo que no es más que un monumento en su honor cuando sé perfectamente dónde encontrarlo cada vez que lo necesite.

—¡Mírame mientras hablas así! —dijo Andreas en tono destemplado—. ¡Mírame y di de nuevo que este rincón, que esta isla, que esa pequeña tumba ya no significa nada para ti!

Louisa lo miró con los ojos desorbitados.

—Eso no es lo que he dicho —negó—. ¿Por qué estás tan enfadado conmigo? —preguntó—. Hasta hace unos días ni siquiera sabías que solía venir.

Andreas se puso en tensión.

—Ésa no es la cuestión. No estamos hablando de mis errores, sino…

—¿Eso significa que reconoces haberlos cometido?

Andreas se alejó de Louisa pero, una vez más, con una elegancia y un dominio de sí mismo que no tenía nada que ver con la incontrolable pasión de la que había dado muestras días atrás.

—En cuanto enterramos a Nikos me abandonaste —le recordó, apesadumbrada.

Andreas apretó la mandíbula.

—Había demasiada gente a nuestro alrededor. Necesitaba… estar solo.

—¿Y yo no?

—Yo soy un hombre. Una mujer puede estar abatida y llorar, pero un hombre debe mantenerse fuerte y servir de apoyo.

Louisa rió con amargura.

—Pues esa asignatura la suspendiste, Andreas.

Él sacó las manos de los bolsillos y apretó los puños. Louisa sabía que le había dado un golpe bajo, pero lo peor de todo era que no le importaba. Andreas le había hecho tanto daño al abandonarla que todavía, cinco años más tarde, seguía sin poder perdonarle.

El día que Nikos tuvo su fatal accidente, se habían peleado por teléfono. Andreas había insistido en que debía permanecer en Atenas por una importante reunión de trabajo. Ella le había echado en cara que no mantuviera su palabra de ir a pasar el día a la playa con su hijo. Luego, había colgado el teléfono y había decidido ir sola de excursión con Nikos.

Agachó la cabeza con la mirada perdida y revivió el instante en que Nikos se había soltado de su mano y había salido corriendo por el polvoriento sendero tras un rebaño de cabras. Todavía se oía a sí misma llamándolo: ¡Nikos, cuidado!, y todavía veía con total nitidez a las cabras correr directamente hacia él.

—Me dejaste porque me culpabas de lo que sucedió —susurró.

Andreas se volvió bruscamente con los ojos brillantes.

—¡Eso no es verdad!

Louisa lo miró con desfallecida incredulidad. ¿Cómo no iba a culparla si ella se culpaba a sí misma?

—Nunca te he culpado —repitió Andreas, sujetándola por el brazo para impedir que se alejara de él—. Fue un accidente. Sólo un cobarde culparía a alguien de una tragedia.

Con una sonrisa de amargura, Louisa se dijo que ésas eran las palabras de alguien adulto y sabio, características que ninguno de los dos habían poseído cinco años atrás.

—¿Dónde fuiste cuando te marchaste? —preguntó después de unos segundos.

Andreas le soltó el brazo y suspiró.

—Al apartamento de Atenas. Para cuando volví a la isla, tú te habías marchado con tu familia.

—¡Dos semanas más tarde! —le recordó Louisa—. Esperé dos semanas a que volvieras.

Andreas la miró fijamente.

—Sí, *agapi mu*, no pudiste esperar ni dos semanas a que me recompusiera.

Louisa identificó en su gesto y su expresión al hombre endurecido en el que se había convertido Andreas, un hombre con limitada paciencia.

Podía haber dicho más. Podría haber añadido que esperó en vano a recibir una llamada para preguntarle qué tal estaba, cómo

había vuelto a las seis semanas a la isla, desesperada, y él ya no estaba allí. Incluso podría contarle que había ido a buscarlo al apartamento de Atenas y había podido comprobar los métodos que utilizaba para borrarla de su vida.

Pero no tenía sentido remover el pasado cuando la opinión generalizada era que lo mejor era dejarlo atrás. Ya no quedaba nada entre ellos. Hacía cinco años que no había nada, lo que convertía al ataque de lujuria que habían sufrido en la colina en un acto vergonzoso del que tendría tiempo de arrepentirse sola si es que llegaba a tener alguna consecuencia.

Miró el reloj.

—Tengo que encontrarme con Jamie en diez minutos —mintió.

Y se alejó de Andreas.

Capítulo 6

Andreas la miró con los ojos entornados y la sensación de que el pecho iba a estallarle.

¿Cómo se le ocurría que pudiera culparla cuando era obvio que sólo él podía tener la culpa de lo ocurrido?

Desvió la mirada hacia el mar. Había incumplido su promesa. Debía haber estado junto a su esposa y su hijo, jugando en la playa, en lugar de haciéndose el gran empresario.

Eso sí, había aprendido bien la lección. Louisa no había querido responder a ninguna de las llamadas que le había hecho a Inglaterra y, cuando fue a buscarla, sus padres le habían dejado claro que su hija no quería verlo. Tras aquel golpe, había vuelto a Atenas y había pasado dos semanas completamente borracho.

Se volvió y vio a Louisa llevarse los dedos a los labios antes de acariciar la lápida de mármol de la tumba de su hijo. Contemplándola así, inmóvil, con el sol iluminando su cabello, Andreas sintió que se le formaba un nudo en la garganta.

¿Qué debían hacer? ¿Cuál sería el siguiente paso? Fuera el que fuera, Louisa tenía que comprender que todavía tenían demasiadas cosas pendientes como para pensar que podía desaparecer de su vida sin más.

Para cuando Louisa se irguió, Andreas estaba a su espalda.

—Te llevaré al hotel —dijo.

—Puedo caminar —replicó ella.

Hubo una breve pausa antes de que Louisa sintiera a Andreas moverse lo suficiente como para que las siguientes palabras que pronunció la envolvieran como un manto.

—Deberías saber que el padre Lukas está mirándonos desde la puerta de la capilla —musitó—. ¿Quieres que piense que nos peleamos delante de la tumba de nuestro hijo?

Louisa lanzó una ojeada de soslayo a la capilla y comprobó que Andreas no mentía.

—Está bien. Llévame.

—Gracias —dijo él, antes de posar una mano en su cintura e inclinarse para, con la otra, enderezar el coche de juguete que había dejado sobre la piedra.

Louisa aspiró la fragancia de su piel al tiempo que contemplaba los destellos que el sol arrancaba a su negro cabello. Intentó relajarse e ignorar la mano que Andreas posaba sobre su cintura, pero apenas pudo contener las lágrimas al ver que se demoraba al colocar el cochecito sobre la lápida, porque sabía bien que, para un hombre como Andreas, incapaz de demostrar sus emociones en público, aquél

era un gesto tan íntimo como el beso que ella había depositado en el mármol unos minutos antes.

—Vámonos —dijo Andreas al incorporarse, señalando hacia el coche.

—Deberíamos ir a hablar con el padre Lukas —dijo Louisa.

—En un día como hoy no querrá perturbar nuestra intimidad —susurró él—. A no ser que quieras que hagamos una cita para renovar nuestros votos de boda —añadió.

El sarcasmo que Louisa intuyó en aquel inesperado comentario la hizo enfurecerse.

—Prefiero actuar como si no te hubiera oído —dijo entre dientes.

—¿No te apetece renovar nuestros votos? —preguntó Andreas con fingida ingenuidad.

—¡Si por mi fuera, evitaría hasta coincidir contigo! —exclamó Louisa.

—Es una pena que no lo recordaras la otra noche.

Louisa no pudo seguir fingiendo. Se sacudió la mano de Andreas como si fuera una serpiente venenosa y caminó hacia la verja del jardín.

—¡No comprendo cómo puedes tener la arrogancia de bromear con algo así!

—No bromeo —Andreas le clavó los dedos en el brazo, obligándole a detenerse.

—Entonces debes estar loco si crees que quiero seguir casada contigo.

—Te aseguro que no voy a admitir que un hijo mío nazca fuera del matrimonio. Y si no vamos a divorciarnos, ¿qué otra opción tenemos?

¿Divorciarse? Aquella simple palabra golpeó a Louisa como si acabara de chocar contra un muro. ¿Cómo era posible que con todo lo que había reflexionado sobre la necesidad de dejar el pasado atrás, la idea de divorciarse no le hubiera pasado ni por un instante por la cabeza?

Se quedó paralizada en medio del aparcamiento. Divorciarse. La solución definitiva. Lógica. Y si era así, ¿por qué la hacía sentirse enferma?

Andreas la adelantó para colocarse ante ella. Apoyó las manos en sus hombros y dijo con voz grave:

—Deja de temblar. No estoy diciendo… —calló bruscamente y la miró atentamente antes de llevar la mano su frente para medirle la temperatura—. ¿Cuánto tiempo has estado al sol?

Con la mirada turbia, sin haber escuchado sus palabras, Louisa susurró:

—No estoy embarazada.

—Sabes que hay que buscar siempre la sombra —masculló Andreas—. Te has quemado y…

—Andreas, no estoy embarazada —repitió ella, alzando la voz.

Un músculo palpitó junto al labio de Andreas, que escrutó el rostro de Louisa.

—Pero temes estarlo —dijo—, o no habrías pasado varios minutos delante de la farmacia el otro día antes de cambiar de opinión.

Louisa lo miró alarmada. Finalmente, dejó escapar un suspiro de resignación.

—¡Has estado espiándome! —dijo, más abatida que indignada.

Andreas ni siquiera se molestó en negarlo. La ayudó a acercarse al coche y le abrió la puerta.

—Métete —dijo.

Louisa hizo ademán de protestar, pero al ver la expresión solemne de Andreas, un escalofrío le recorrió la espalda al darse cuenta de que, durante los días que no se habían visto, Andreas debía haber tomado algunas decisiones que les afectaban a ambos.

—¿Por qué? —preguntó con voz temblorosa.

Un brillo de irritación iluminó los ojos de Andreas.

—Porque no quiero tener una pelea en público.

Su sarcasmo enfureció a Louisa.

—No seas tan…

Andreas la acercó hacia sí y la besó. No se trató de un beso apasionado, sino de un beso de frustración, desesperado, con el que hacerla callar.

—Esto —dijo al alzar la cabeza—, ha sido dedicado al padre Lukas. Ahora métete en el maldito coche antes de que vuelva a besarte porque me dé la gana.

Desconcertada y confusa porque había olvidado la presencia del párroco en la puerta de la capilla, Louisa obedeció y fingió no darse cuenta de la mirada que Andreas dedicaba a sus muslos cuando su falda se deslizó hacia un lado.

Andreas cerró la puerta y luego rodeó el coche bajo la atenta mirada de Louisa que, una vez más, al verlo moverse con tanta elegancia, recordó que se trataba de un hombre completamente distinto al joven del pasado.

—¿Por qué has hecho que me sigan? —preguntó Louisa en cuanto Andreas puso en motor en marcha.

—Tenía que ir a Atenas durante unos días. Acabábamos de mantener relaciones sin protección y temía tu reacción, así que pedí a unos de mis hombres que te vigilara.

—¿Para qué? —preguntó Louisa, indignada—. ¿Para que no me tirara desde lo alto del acantilado…, o para que me empujara al vacío?

—Yo protejo a los míos —se limitó a responder Andreas.

—Pero yo no te pertenezco.

Andreas la miró apretando los dientes.

—Eres mi mujer y me perteneces tanto como el bebé que llevas en tu vientre.

—Si estuviera embarazada… Si…

Las ruedas del coche hicieron crujir la gravilla del aparcamiento. Unos segundos más tarde, estaban en la carretera.

—Tuviste la oportunidad de negarte, Louisa, y no lo hiciste.

Louisa sintió que le quemaban las mejillas.

—¡No pienso pedir disculpas por ello!

—Ni yo te las he pedido —dijo Andreas con una calma que incrementó la irritación de Louisa al darle aquella apariencia de hombre sofisticado.

—Pero lo has insinuado —exclamó, viéndose a sí misma como una mujer simple y carente de toda elegancia, lo que convertía la posibilidad de cualquier relación entre ellos en una broma de mal gusto.

—Entonces soy yo el que debe disculparse.

—¿Cómo puede haber adivinado tu espía lo que estaba pensando delante de la farmacia? —preguntó entonces Louisa.

—No lo adivinó. Se limitó a describir tus movimientos y fui yo quien extrajo las conclusiones.

—Así que estás al día en cosas como la píldora poscoital.

—Igual que tú —tras una pausa, Andreas añadió—. Para serte sincero, primero pensé que acudías a por una prueba de embarazo, pero luego decidí que sólo se explicaba que parecieras tan angustiada si estabas considerando la otra posibilidad.

Louisa arqueó las cejas al descubrir, desconcertada, que ni siquiera había pensado en comprar la prueba de embarazo. Se giró en su asiento para mirar a Andreas de frente.

—Déjame en el pueblo y compraré ahora mismo la prueba —dijo precipitadamente.

—¿Y dar lugar a rumores en la isla?

Andreas tenía una respuesta para todo. Louisa se apoyó en el respaldo con resignación y durante unos segundos se sumió en sus

propios pensamientos, hasta que súbitamente fue consciente de dónde estaban.

—El hotel está en la otra dirección —dijo. Al no obtener respuesta, añadió—: ¡Andreas…!

—Lo sé. Te llevo a otro sitio —dijo finalmente.

—Pero te he dicho que debía volver al hotel —dijo Louisa, horrorizada ante la idea de estar perdiendo el control de la situación —. He quedado con Jamie.

—Mentirosa —dijo Andreas—. Me lo he encontrado esta mañana y me ha dicho que iba a pasar el día pescando con el hijo de Yannis.

Se hizo el silencio y Andreas se volvió para mirar a Louisa. Apretaba los dientes y contenía la respiración.

—Ha interpretado el papel de hermano protector y me ha dicho que no me acerque a ti —continuó describiendo la escena con frialdad.

—No te creo —gimió Louisa, cerrando los ojos.

—Tenía todo el derecho a hacerlo —dijo Andreas con un encogimiento de hombros—. Y se merece mi respeto por intentarlo.

—¿Qué le has dicho?

—Le he pedido cordialmente que no se meta en nuestros asuntos —replicó Andreas—. Luego le he dejado dinero parque el cajero no funcionaba y el banco estaba cerrado.

—¿Jamie ha aceptado que le dieras dinero?

La incredulidad de Louisa molestó a Andreas.

—He tenido que convencerle —admitió—. Y como no quería aceptar nada de mí sin darme algo a cambio, me ha hablado de un tipo llamado Max Landreau.

Louisa alzó el mentón, miró por la ventanilla y se negó a hablar. La tensión aumentó.

—¿Quién es? —preguntó Andreas cuando fue obvio que Louisa no iba a proporcionarle ninguna información por voluntad propia.

Invocando la imagen de Max, Louisa hizo una pausa antes de hablar:

—Nadie que te importe.

La forma en la que Andreas exhaló hizo que lo mirara con prevención.

—Podría importarme si te acostaste con él antes de venir a la isla —dijo Andreas apretando los dientes.

Louisa le lanzó una mirada de furia.

—¿Qué quieres decir?

—Si estás embarazada —explicó Andreas—, puede que tengamos que dilucidar cuestiones de paternidad y la situación se

complicaría.

—¿Y con quién te has acostado tú en el último mes? —preguntó ella a su vez.

Andreas frunció el ceño.

—No creo que mi reciente vida sexual pueda ser un problema.

—Podría serlo si fuiste tan descuidado como conmigo —Louisa dejó escapar una risa despectiva—. Eso si que tendría gracia ¿qué harías si hubieras dejado a dos mujeres embarazadas a la vez para evitar que tus hijos nacieran fuera del matrimonio? ¿Dejarías a tu esposa para casarte con tu amante?

Andreas pasó por alto el comentario.

—Jamie dice que ese tipo quiere casarse contigo.

—¡Qué suerte tengo! —dijo Louisa, sin abandonar el tono sarcástico al tiempo que prometía vengarse de Jamie—. ¡No sé con qué quedarme! ¿Un marido inútil o con una gran amante?

Andreas asió el volante con fuerza tratando de ignorar el premeditado insulto a sus habilidades amatorias.

—Estoy hablando en serio.

—Y yo te digo en serio que no estoy embarazada —replicó Louisa—. Y si fuera tan desafortunada como para estarlo, no pienso volver a interpretar el papel de una esposa no deseada.

—Eso tendrás que explicárselo a nuestro hijo.

La exclamación de dolor que escapó de la garganta de Louisa no hizo que Andreas se compadeciera de ella cuando, con ojos centelleantes, se volvió hacia ella para añadir:

—Explícale a Nikos que no estás dispuesta a sacrificarte por su hermano o hermana en la misma medida que lo hiciste por él.

—¿Quién habla ahora como si siguiera vivo? —gritó Louisa, sintiendo la furia y el dolor crecer en su interior simultáneamente.

Se hizo un profundo silencio.

Habían alcanzado casi el final de la isla. Andreas tomó una pista que se adentraba en un bosque y detuvo el coche al llegar a un claro. La tensión entre ellos podía palparse. Louisa contenía las lágrimas a duras penas. Andreas bajó y fue a abrirle la puerta. Louisa permaneció inmóvil. El brazo que la rozó para desatarle el cinturón de seguridad la sacudió como si le hubiera dado corriente. Su gesto de repulsión fue tan obvio que Andreas tuvo que apresar los dientes para no reaccionar.

—Quiero ir al hotel —dijo ella con firmeza.

—No es posible —dijo Andreas, sujetándola con fuerza por la muñeca y obligándola a bajar.

Ver el muslo de Louisa no contribuyó a mejorar su humor. Ella

observó cómo tensaba la mandíbula y apretaba los dientes y le fascinó reconocer al joven de sangre caliente, el posesivo joven obsesionado con mantenerla alejada de sus lascivos amigos durantes seis semanas.

—Me estás haciendo daño —protestó Louisa.

Sin decir palabra, Andreas tiró de ella hacia una casa blanca que quedaba oculta tras la maleza. Se detuvo ante una puerta azul. Louisa tuvo que dominar su curiosidad mientras Andreas metía la llave y la abría. A su alrededor, el jardín estaba a medio construir y contra un árbol descansaba una pala. Louisa no tuvo tiempo a observar nada más antes de que Andreas la empujara al interior. Sólo entonces la soltó y cruzó un arco. Después, bajó unos escalones, dejándola atrás, con la única perspectiva de sus anchos y arrogantes hombros y un deseo incontenible de tirarle algo a la cabeza.

Pero no tenía nada a mano y, por otro lado, Louisa no estaba dispuesta a degradarse hasta ponerse a su nivel. Se frotó la muñeca y miró a su alrededor. Estaba en un amplio vestíbulo que se abría a otras habitaciones a ambos lados del arco. Olía a nuevo, a escayola y a pintura. Apenas había mobiliario.

Por un instante pensó que podía dar media vuelta y marcharse, pero cambió de idea al darse cuenta de que debía haber unos ocho kilómetros hasta el hotel, que hacía calor y que en aquel interior disfrutaba de un delicioso frescor. Su curiosidad iba en aumento. ¿Dónde estaban?

Decidida a averiguarlo sin preguntar a Andreas, abrió varias puertas para echar una ojeada. Todas las habitaciones parecían ser dormitorios. Algunas estaban vacías y otras, amuebladas. Tras ver cada una de ellas, volvió al arco central y se encontró frente a un gran espacio diáfano con cristaleras del suelo al techo, que enmarcaban una espectacular vista del mar. Un par de sofás todavía cubiertos con plásticos ocupaban el centro de la sala y lo que parecía una televisión plana, envuelta en plástico de burbujas, colgaba de la pared. El conjunto tenía el aspecto y el sonido hueco de un lugar inacabado. Bajó los tres escalones que descendían hasta la habitación y oyó ruidos procedentes de otro arco que se abría en un lateral.

Se trataba de una cocina blanca y moderna, tal y como descubrió al entrar en el mismo momento en que Andreas abría otra cristalera para dar entrada a la brisa del mar.

Se había quitado la chaqueta y la había dejado sobre la mesa. Louisa sintió un cosquilleo al recorrer su fuerte espalda y sus piernas, que resultaban más largas y poderosas sin la chaqueta.

—¿Qué es este sitio? —preguntó Louisa finalmente.

—Mi casa —dijo él con una aspereza que demostraba que su

humor no había mejorado.

Louisa hizo una mueca y fue hacia un enorme frigorífico. Al abrirlo, descubrió que estaba provisto de todo tipo de delicias. Sin hacer caso del hambre instantánea que sintió, tomó una botella de agua y al tiempo que bebía, empujó la puerta con el codo para cerrarla.

Estaba sedienta y echando la cabeza hacia atrás dio un gran sorbo. Cuando bajó la botella vio que Andreas la observaba con la mirada velada, siguiendo con los ojos una gota que se deslizaba por su garganta. Sobresaltada, se atragantó y la tos hizo que Andreas mirara las gotas que brillaban en las comisuras de sus labios. Louisa sintió que la carne se le ponía de gallina ante una prueba más de una intimidad que no podían negar, porque formaba una parte tan intrínseca de su relación. Por más que quisieran negarla, se manifestaba en pequeños detalles que escapaban de su control. Por eso, y porque casi podía leer el pensamiento de Andreas, no le hubiera asombrado que saltara cobre ella como un gato salvaje para devorarla.

Siempre había sucedido lo mismo entre ellos. El aire se cargaba en cuestión de segundos de una irresistible pulsión sexual. Así había sido en cuantos se vieron al bajar del ferry, también en la colina. Aquel mismo día se había manifestado en dos ocasiones. Unos minutos antes, cuando, al ver su muslo desnudo, Andreas había estado a punto de alargar la mano para acariciarlo mientras le dedicaba una mirada que había alcanzado su vientre como un dardo su diana. Y en aquel mismo instante, mientras miraba sus húmedos labios con manifiesto deseo.

Louisa se secó los labios con la lengua al tiempo que sentía sus pezones endurecerse y un húmedo calor entre las piernas.

—Tenía sed —dijo, como si confiara en romper el hechizo hablando.

—¿Cuánto tiempo llevabas en la capilla antes de que yo llegara? —preguntó Andreas.

—¡Qué más da! —dijo ella encogiéndose de hombros y rogando que Andreas dejara de mirarla de aquella manera.

—Importa si has cometido la imprudencia de deshidratarte.

Andreas tenía razón. Louisa se había sentido sedienta, pero en cuanto bebió sintió náuseas y un leve mareo. Tenía la piel tensa y una mezcla de calor y frío. Todo ello era señal de que había pasado demasiado tiempo bajo el sol.

—¡Qué marido tan considerado! —dijo con sarcasmo—. Pero no hace falta que te molestes, no pienso responder a tus preguntas.

—Lo harías si te tendiera sobre esa mesa —masculló él—, así

que deja de fingir que no te importo cuando sabes que te enciendes como una antorcha cuando me miras o cuando yo te miró a ti.

Indignada por lo que no era más que una terrible verdad, Louisa exclamó:

—¡Puede que me suceda lo mismo con cualquier hombre! —y al instante se arrepintió de no haber sabido contenerse.

Andreas la miró con expresión velada.

—Eso nos devuelve al tema inicial: Max Landreau —dijo, acercándose lentamente a ella hasta que Louisa quiso retroceder, pero no lo hizo porque quería mostrar una seguridad que estaba lejos de sentir.

—No pienso hablar de Max —dijo con una firmeza que contradijo su voz vacilante y la sensación de que le temblaban las piernas. Dejó la botella sobre la mesa y se apoyó en ella al sentir que se le nublaba la vista.

—¿Por qué no?

Louisa se volvió hacia Andreas y una vez más sintió náuseas.

—Tengo que ir al cuarto de baño —dijo, mirando hacia el arco.

Andreas la sujetó por el brazo.

—Tenemos que concluir esta conversación antes de que vayas a ninguna parte.

—No hay nada que concluir —Louisa se soltó y trató de sortear a Andreas, pero éste le bloqueó el paso. Contemplando mareada su camisa azul, se llevó una mano al estómago—. Andreas, no…

—Si no me hablas de Max —dijo él en tono amenazador—, no te dejaré marchar. ¿Comprendes?

Louisa no tenía dificultad en comprender. Ignorando por un instante su malestar, alzó la mirada.

—¿Qué derecho crees tener sobre mí?

Andreas resopló.

—Eres mi mujer. Me perteneces.

—¡No te pertenezco! —gritó ella—. ¿Quieres dejar de decir eso? ¡Dejé de pertenecerte hace cinco años cuando ni siquiera te molestaste en venir a buscarme! Ahora si no te importa…

—¿Cómo que no fui a buscarte? ¿Cómo te atreves a mentir?

Louisa no podía seguir discutiendo o vomitaría sobre Andreas. Sin embargo, hubo algo en su tono de indignación que la obligó a mirarlo.

—Ni siquiera fuiste capaz de llamarme —dijo en un susurro—. Esperé y esperé a que vinieras a buscarme, pero no lo hiciste. Tal y como le gustaba decir a tu hermano Alex, yo no era más que un error en tu vida que no tenías más remedio que asumir. ¡Pero yo nunca quise creerle, hasta que Nikos murió y tú huiste a Atenas para



consolarte con otra mujer!

Capítulo 7

¡Ya no había marcha atrás! ¡Por fin había dejado escapar el secreto que guardaba hacía tanto tiempo en su interior que, al pronunciarlo, sintió un desgarro físico! La sacudida emocional fue tal, que Louisa ni siquiera notó que Andreas se quedaba paralizado.

—Te odié tanto… —musitó ella—. ¡Nunca te lo perdonaré!

Cuando Andreas recuperó la voz, habló en tono grave y ronco.

—Alex te dijo que…

Louisa asintió con la cabeza y el leve movimiento bastó para que las náuseas se reanudaran.

—Y puede que sea lo bastante estúpida como para volver a caer en tu trampa sexual —dijo con amargura—, pero jamás volveré a pertenecerte. Y ahora, si me dejas pasar…

Empujó a Andreas y corrió al cuarto de baño cubriéndose la boca. Cuando concluyó y la habitación dejó de dar vueltas a su alrededor, se refrescó la cara en el lavabo. La imagen que le devolvió el espejo la preocupó: estaba extremadamente pálida y tenía los hombros y los brazos quemados.

Un ruido en el exterior la hizo volverse hacia la puerta abierta. Louisa sabía que no tenía sentido retrasar la conversación con Andreas. Lo mejor sería concluirla lo antes posible.

Lo encontró mirando por el ventanal, de espaldas a la puerta.

—Max Landreau es mi jefe y un buen amigo, pero no es mi amante —dijo—. Y la única razón de que te lo diga es porque, si tuviera la mala suerte de estar embarazada, no quiero que haya la menor duda sobre quién es el padre.

Andreas no reaccionó y Louisa se puso furiosa por la doble humillación de haber tenido que dar explicaciones y de que éstas se ignorasen.

—Te espero en el coche —dijo con firmeza.

—Sí fui a buscarte.

Louisa, que estaba a punto de salir, se quedó donde estaba mientras Andreas se volvía a mirarla. Sus facciones parecían talladas en piedra y su dureza contrastaba con el azul del mar.

—No sé si he oído bien —dijo ella.

—Fui a buscarte a Inglaterra, pero tú te negaste a verme —Andreas movió una mano en el aire—. No pensaba mencionarlo, pero ya que tú lo has hecho, será mejor que lo aclaremos. Pasábamos un momento muy difícil y yo comprendí que necesitaras un tiempo para asimilar lo ocurrido. ¿Pero cuánto tiempo esperabas que te diera, Louisa? —suspiró profundamente—. Sabía que estabas desconsolada y que no me había comportado debidamente tras el funeral, pero, ¿por

qué te negaste a verme o a hablarme? ¿Cómo fuiste capaz de hacerme vagar por Inglaterra como un perro y hacerme volver a casa como si los años que habíamos pasado juntos no significaran nada para ti?

Sumida en una total confusión, Louisa sacudió la cabeza.

—Yo no me negué a verte.

—Te llamé, te escribí; y tú te negaste a contestarme.

—No —dijo ella, sin querer creer lo que oía.

Andreas sonrió con tristeza.

—Puedes elegir no creerme, pero eso no cambia la realidad, *agapi mu*. Llegó un momento en que no pude seguir implorando tu perdón y tuve que asumir que lo nuestro había terminado.

El creciente espanto con el que Louisa empezaba a aceptar que Andreas decía la verdad la sacudió.

—Nunca supe que habías venido a buscarme —susurró.

Andreas le dio la espalda con expresión escéptica y fue ella quien se acercó a él.

—Andreas —le llamó—, ¡te juro que no lo sabía! Nadie me lo dijo. ¿Con quién hablaste? ¿Por qué no te dijeron dónde…?

Súbitamente empezó a comprender y se quedó paralizada.

—Mis padres —dijo en un susurro.

Sus padres habían insistido en llevársela de la isla. Siempre habían sentido rencor hacia los Markonos por su riqueza y su poder, y hacia Andreas porque consideraban que se había aprovechado de ella.

La partida de Andreas tras el funeral no había hecho más que confirmar la mala opinión que se habían formado de él.

Y la familia de Andreas no había podido disimular su alivio cuando accedió finalmente a volver a Inglaterra. Todo el mundo había insistido en que era lo mejor que podía hacer. Insistían en que ambos necesitaban tiempo para recuperarse de la pérdida que habían sufrido. Hasta que sucumbió a la presión y dejó la isla, necesitando huir desesperadamente de todo, incluso del desamparo en el que Andreas la había dejado cuando más lo necesitaba.

Temiendo que le fallaran las piernas, separó una silla de la mesa y se dejó caer en ella. Andreas la observaba con severidad mientras ella seguía recordando el dolor y el sufrimiento de aquellos días.

—Tras llegar a Inglaterra sufrí una… crisis —improvisó para ocultar una verdad que era incapaz de describir— y el médico aconsejó que descansara.

—¿Estuviste en el hospital? —preguntó Andreas. Y su tono de sorpresa hizo estremecer a Louisa.

—En una especie de balneario —dijo sin atreverse a mirarlo para que no viera en sus ojos la oscuridad en la que había caído—. Mis padres prometieron decirte dónde me encontraba en caso de que

acudieras a buscarme.

No podía dejar de pensar en la de veces que le habían mentido, las numerosas ocasiones que ella, tras largos días de vacío y desesperación esperándolo había recibido como respuesta a sus preguntas: «No, no ha llamado». ¡Y cuánto habían fingido cuidarla y consolarla!

—¿Quieres decir que tus padres me mintieron? —preguntó Andreas con aspereza—. ¿Por qué harían algo así?

Louisa tomó aire. A ella no le cabía ninguna duda.

—Porque no les gustabas.

—¡Estábamos casados! —exclamó él—. ¡No tenían derecho a entrometerse! ¡Éramos marido y mujer y acabábamos de perder a nuestro hijo! ¡Nos necesitábamos! ¡Qué no les gustara no es excusa para hacernos algo así!

—No fueron sólo ellos —dijo Louisa, frotándose la cara con las manos como si quisiera mitigar el dolor de lo que estaba a punto de decir. Bajó las manos y miró a Andreas, que la contemplaba como un volcán a punto de estallar—. Yo también te escribí y te llamé a casa de tus padres y a tu oficina, pero todo el mundo me decía que estabas fuera del país. ¿No te lo mencionaron ni tus padres ni tu secretaria?

No hizo falta que Andreas dijera nada para que Louisa supiera la respuesta.

Con un estremecimiento llegó a la conclusión de que sus dos familias habían conspirado para acabar con su relación. Hasta sus visitas a la isla en años posteriores habían sido planeadas de tal manera que no se produjera un encuentro entre Andreas y ella.

—Lo que has dicho sobre mi hermano… —empezó a decir Andreas.

—Solía decírtelo entonces y tú le quitabas importancia asegurando que sólo eran celos —tras una pausa, Louisa añadió apesadumbrada—. Al menos él era sincero mientras que… —los otros fingían ser amables a la vez que les clavaban un puñal en la espalda—. Y tú me culpaste del accidente de Nikos.

—¿Quieres no volver a repetir eso? —dijo Andreas, suspirando con impaciencia—. ¡Jamás te culpé!

—¿Y por qué no, si yo me culpaba a mí misma? —dijo en un sollozo—. Y fue ese sentimiento el que manipularon para hacerme creer que tú… —se le rompió la voz.

—Tengo que resolver esto ahora mismo.

El tono en que Andreas habló y la forma súbita en que entró en acción hizo que Louisa lo mirara alarmada. Al ver que se acercaba al arco, corrió tras él.

—¡Andreas…!

Él se detuvo en los peldaños que conducían al vestíbulo. Con el cuerpo en tensión, irradiaba odio.

—Por favor —suplicó Louisa—. No te dejes llevar por la rabia como solías hacer cuando algo te contrariaba.

—Te han causado mucho dolor.

—Ya lo sé. Y a ti, pero reflexiona —repitió Louisa—. Presentarte ante ellos y atacarlos no cambiará nada.

—¡Nos han robado cinco años de nuestras vidas! —exclamó él con voz ronca.

—Así es —dijo ella, temblorosa. Pero no eran ellos los únicos culpables. Louisa estaba pensando en la mujer con la que lo había visto y a la que Andreas habían mantenido cuidadosamente al margen de la conversación.

Andreas se cuadró de hombros.

—Nos han hecho creer que éramos unos completos fracasados como marido y mujer, y por su culpa hemos visitado la tumba de nuestro hijo por separado en lugar de juntos, tal y como debíamos haber hecho.

Louisa se llevó la mano a la boca. Así descrito sonaba tan espantosamente cruel…

—Supongo que lo hicieron pensando que era lo mejoro…

—¿Estás segura? —preguntó él con ojos llameantes.

—Sí… No… —Louisa sacudió la cabeza, desconsolada—. ¡No sé qué creer! Todavía estoy intentado superar el golpe.

—Pues yo ya lo he hecho y puedo actuar —Andreas volvió a dirigirse a la puerta.

—¿Qué vas a hacer ¿Volar a Inglaterra y llevar al paredón a mis padres? —gritó Louisa—. Porque si es así, debes saber que no quiero que libres mis batallas.

En cuanto vio cómo se tensaban los hombros de Andreas, supo que había elegido las palabras equivocadas. Le bastó ver su rostro para intuir que los sentimientos de ira y dolor se acababan de transformar en algo distinto.

—Puede que nos hayamos desviado un poco del tema original —susurró él, bajando las escaleras.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella, desconcertada.

—Que esta conversación versaba sobre nosotros y el hecho de que habíamos mantenido relaciones sin protección.

—¿Vamos a volver a hablar de mi posible embarazo? —dijo ella, impaciente—. Por Dios, Andreas, que una vez hayamos tenido relaciones sin protección no significa que vaya a estar embarazada.

Andreas la miró imperturbable.

—Sucedió con Nikos. Concebimos un precioso bebé y tuvimos que arreglar una precipitada boda.

Louisa cerró los ojos e intentó dominar la cólera que le causaba saber a dónde quería llegar Andreas.

—No pienso retomar el papel de tu esposa por si se diera la remota posibilidad de que me hubiera quedado embarazada.

—Yo no la consideraría tan «remota».

La voz de Andreas sonó tan próxima que Louisa abrió los ojos bruscamente y le sorprendió comprobar que lo tenía delante. Mirarlo a los ojos era tan peligroso como acercar los dedos a una llama. Su corpulencia, su rostro, todo en él contribuía a dejarla sin aliento. Para protegerse, dio un paso atrás, pero su espalda chocó contra la pared.

Él la siguió con lentitud. Apoyó un hombro en la pared, a su lado y cruzó el brazo por delante de ella hasta posar la mano al otro lado de su cuerpo.

—Aclaremos ese asunto de una vez para siempre —dijo con voz aterciopelada—, y no desvíes la mirada, *agapi mu* —añadió cuando Louisa cerró los ojos—. Quiero que veas en mi rostro que estoy hablando en serio.

Louisa no lo dudaba. Cada milímetro de su piel le indicaba que no se trataba de un juego. Tomó aire para intentar mantener la cabeza serena y se humedeció los labios antes de alzar la barbilla y abrir los ojos lentamente. A aquella corta distancia Andreas era el hombre más guapo que había conocido en toda su vida.

—Está bien —dijo, cruzándose de brazos y fingiendo indiferencia con un encogimiento de hombros.

—Tú no quieres que corra la sangre y yo sí. Así que te propongo un trato.

—¿Qué trato?

—Que seas mi esposa de nuevo, en todos los sentidos. A cambio, yo prometo reprimir mi deseo de venganza.

—¡Qué estupidez! —dijo ella—. ¿Por qué no esperar un par de semanas a averiguar que ha pasado? No tengo más que comprar un test de embarazo cuando vuelva a Inglaterra para evitar un nuevo escándalo a la familia Markonos —dijo, sin poder evitar el sarcasmo final.

—Porque ya no se trata sólo del embarazo. Quiero recuperar los años perdidos.

—Eso es imposible, Andreas —dijo ella, en tensión.

—Entonces, alguien debe pagar por esa pérdida.

—¡Por Dios, Andreas, deja de comportarte como un hombre de las cavernas! —exclamó Louisa—. Creía que los griegos habíais librado al mundo de ese tipo de actitudes.

Andreas sonrió.

—Has estado rápida —concedió—. Pero no vas a convencerme de lo contrario. O vuelves a mi lado o nuestras dos familias tendrán que pagar por ello.

Louisa volvió a sentir náuseas.

—Te contestaré en un par de semanas.

—Puedo hacer mucho daño en dos semanas, *agapi mu.*

Louisa le lanzó una mirada airada.

—¡Deja de llamarme «mi amor» a la vez que me chantajeas!

—¿Prefieres que te ofrezca otros incentivos?

Louisa no necesitaba preguntar a qué se refería.

—Debía haber sabido que acabarías por jugar sucio.

—¿Te refieres al sexo? Piénsalo bien —le animó Andreas—. Tú y yo haciendo el amor durante horas, tal y como solíamos hacer entonces —acarició la mejilla de Louisa—. Una tarde entera de sexo sin protección de ningún tipo y sin ser interrumpidos por…

—¿Qué quieres decir con sexo sin protección?

—Creía que era obvio —dijo él con una sonrisa—: Quiero que te quedes embarazada.

Louisa lo miró con los ojos desencajados.

—¿Quieres decir que deseas que esté embarazada?

—No he pensado en otra cosa desde nuestro encuentro en la colina —admitió él, esbozando una sonrisa.

—¡Calla! —Louisa echó la cabeza hacia atrás—. Esto es una locura.

—Y todavía empeora —confesó Andreas—. Porque cuando oí el nombre de Max Landreau, mi deseo se intensificó aun más. ¿Y sabes por qué? —no esperó a que Louisa preguntara—. Porque la idea de que estuvieras embarazada de otro hombre me enloqueció de tal manera que has tenido suerte de que te encontrara junto a nuestro hijo o no sé lo que habría hecho ante la mera posibilidad de que esperaras un nuevo bebé de otro hombre.

—¡No es posible! —gimió ella.

—Quizá lo entiendas si te pones en mi lugar y tratas de imaginar qué sentirías si yo hubiera dejado embarazada a otra mujer.

Louisa no estaba preparada para ese comentario.

—¿Cómo puedes ser tan cruel? —preguntó, palideciendo.

Andreas le tomó el rostro entre las manos y le retiró el cabello tras las orejas con una delicadeza que contrastaba con sus palabras. Solía ser el gesto con el que acostumbraba a disculparse en el pasado.

—Puede que sea primitivo y brutal, pero no puedes negar que te hace daño —insistió—. Estoy seguro de que te revuelve el estómago. Mi madre quiso que nos encontráramos para que comprobáramos que

no tenemos nada en común, pero no podía haber estado más equivocada. Tú tiemblas —susurró—. Y yo tiemblo por la fuerza de lo que sentimos el uno por el otro.

—No es más que una atracción sexual —dijo Louisa—. Y la sorpresa de lo que acabas de contarme. Se me pasará enseguida.

—Pero yo no quiero que se te pase —Andreas inclinó la cabeza y acarició sus labios con los de él.

Mecánicamente, los de ella intentaron prolongar el beso, y al darse cuenta de ello, Louisa se enfureció consigo misma.

—Piensa en lo que sucedió en la colina y en el fuego que nos devora cada vez que estamos juntos —dijo Andreas—, Y piensa en la hermana o el hermano que podemos proporcionarle a Nikos y en lo feliz que le haríamos. Sólo tienes que acceder a quedarte conmigo.

Las lágrimas inundaron los ojos de Louisa.

Dejando escapar un juramento ahogado, Andreas se recriminó haberse expresado de aquella manera por más que sintiera cada una de las palabras que había pronunciado. Cinco años atrás les habían robado la posibilidad de decidir qué hacer con su matrimonio porque sus allegados los habían tratado como a niños inconscientes que habían cometido el error de concebir un niño. Creyendo que actuaban con sabiduría, sus familias habían decidido que, al desaparecer Nikos, también su relación debía concluir. El descubrimiento le quemaba las entrañas.

¿Qué habría sucedido si los que supuestamente les querían no hubieran interferido en su relación? Nadie podía saberlo. Tampoco él, que en ese momento miraba a la mujer con la que había coincidido en dos ocasiones de su vida en el momento equivocado, consciente de que, en ambas, había despertado en él los mismos sentimientos.

Su madre quería que aquella relación llegara a su término. También él, pero uno muy diferente. Louisa le pertenecía. Había estado seguro de ello al verla bajar del ferry y lo sucedido en la colina no había hecho más que confirmarlo. Louisa era suya y siempre lo sería.

—Si derramas esas lágrimas, tendré que tomar medidas —le advirtió.

Louisa apretó los labios y respiró profundamente.

—No estoy dispuesta a que me fuerces a aceptar tus condiciones porque necesitas demostrar algo a los demás.

—No me has escuchado…

—Claro que sí —Louisa le miró a los ojos—. Quieres vengarte y pretendes que yo sea tu cómplice.

A Andreas no le gustó aquella descripción. Por la forma que se

alejó de ella, Louisa supo que había dado en el clavo.

—Sólo quiero recuperar lo que nos han robado.

Con Andreas a cierta distancia, Louisa pudo por fin respirar. Se frotó los brazos con expresión ausente.

—Ya no somos los mismos. Lo que pretendes sería como revivir un pasado que ya no existe.

—¿Estás diciendo que nuestro hijo no fue real?

La súbita furia de Andreas tomó a Louisa por sorpresa.

—¡Claro que no! —gritó—, ¡Pero no puedes recrear a Nikos en otra criatura, Andreas!

Andreas se puso lívido y salió de la habitación. Louisa cerró los ojos. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, se separó de la pared y fue tras él. Estaba en la cocina, apoyado en la encimera de mármol, con la cabeza hundida entre los hombros.

—Siento lo que he dicho —dijo ella.

—Los dos hemos dicho cosas que no queríamos. Es lo que sucede cuando los sentimientos se reprimen durante cinco años.

—Sí —Louisa suspiró—. Pero acumular errores no conduce a nada. Estoy segura de que lo entiendes.

—No estoy tan seguro.

—Eres un cabezota —masculló Louisa, volviendo la atención hacia ella misma al tocarse la frente y descubrir que estaba ardiendo al mismo tiempo que sentía frío.

—¿Quieres un café? —preguntó Andreas con desconcertante calma, como si fuera lógico hacer una interrupción en medio de una conversación acalorada.

Louisa dejó escapar una carcajada que no identificó consigo misma.

—La verdad es… —se oyó decir con un hilo de voz— que no me encuentro muy bien.

Capítulo 8

Louisa sintió que se le nublaba la vista y oyó que Andreas, al que no logró enfocar, exclamaba algo. A continuación se produjo un instante de quietud absoluta seguido de un murmullo y una confusión de movimientos que precedieron a la sensación de la mano de Andreas sobre su frente.

—¡Estás ardiendo! —dijo, alarmado—. ¿Por qué no te has quejado antes?

—Estábamos demasiado ocupados discutiendo.

Andreas la tomó en brazos sin dejar de mascullar.

—¡Bájame! —ordenó ella.

—¡Calla! —replicó él, dirigiéndose hacia el vestíbulo.

—Tengo un espantoso dolor de cabeza —confesó Louisa con un quejido—. Y siento calor y escalofríos a la vez.

—Se llama insolación —dijo Andreas—. ¿Tienes náuseas?

Louisa asintió.

—Ya he vomitado una vez. Lo siento —dijo, antes de descansar la cabeza en el hombro de Andreas y enfadarse consigo misma por sentirse tan cómoda en sus brazos.

Unos segundos más tarde notó el suave y fresco roce de unas delicadas sábanas.

—¡Mira cómo tienes los hombros y los brazos! —exclamó Andreas, consternado.

—No es más que calor.

—Necesitas un médico.

—¡Genial! —dijo Louisa con sorna—. ¡Llama al doctor Papandoulis para que me encuentre en la cama que suelen ocupar tus estúpidas amantes!

—*¿Parakaló?* —Andreas saltó como un muelle.

—Eso es, pídeme perdón —Louisa no dejaba de temblar. Sólo quería acurrucarse entre las sábanas—. ¡La última vez que te vi en una revista, ibas acompañado de una jovencita con la que venías a pasar tus vacaciones a la isla!

—¡No traigo mujeres aquí! —dijo Andreas, colérico.

Louisa no le creía, quería pegarle. Súbitamente, un pensamiento cruzó su mente y se puso en pie de un salto.

—¿Te acostaste con ella en esta cama? —preguntó con el rostro desencajado.

—No… Tú…

—¿Para eso has construido esta casa? ¿Para poder traer mujeres sin que las vea tu familia? —Louisa era consciente de que se estaba poniendo histérica, pero le daba lo mismo—. Ahora entiendo por qué

apenas está amueblada. ¡Sólo necesitas una cama! ¿Alguna vez has tenido que llamar al médico porque una de ellas no se encontraba bien?

—Louisa, estás…

—¡No me hables! —interrumpió Louisa, temblando cada vez más violentamente—. Ya has dicho bastante. ¡Cómo te atreves a pedir que te devuelva los últimos cinco años cuando apenas unas semanas después de abandonarme estabas acotándote con otra mientras yo enloquecía de dolor.

Andreas había pasado de estar rojo de rabia a una palidez fantasmal.

—*Agapi mu*, no…

—¡No sé cómo pudimos hacer lo que hicimos el otro día! —continuó Louisa, fuera de sí—. ¡No sé cómo te dejé tocarme después de haber leído cada detalle de cada estúpida mujer con la que has estado estos últimos cinco años!

—Nunca fueron… —Andreas alargó la mano hacia ella.

—¡No me toques! —Louisa retrocedió, asqueada—. No me encuentro bien… Quiero irme a casa…

—No tienes fuerza para ir a ninguna parte —dijo él, angustiado.

—Pues no pienso meterme en esa cama.

—¡Es nueva! —estalló Andreas. Se acercó y la descubrió—. Llegó ayer mismo, junto al resto de los muebles, porque sabía que no querrías alojarte en la villa de mis padres. Esta casa no está ni siquiera terminada —añado con gesto tenso—, pero sabía que nos bastaría tener lo esencial. ¡Y quiero que sepas que no he traído a ninguna mujer a la isla! —farfulló—. ¡No sé cómo has podido creer lo que cuentan las revistas! Ahora será mejor que te metas en la cama.

Tras esas palabras, salió dando un portazo y dejó sola a Louisa, que se dejó caer, extenuada, en la cama.

Las palabras habían salido de su boca como un incontenible torrente. La piel le ardía. Dejó escapar un gemido de frustración y malestar, y lentamente, consiguió desnudarse y meterse entre las sábanas. La cabeza le retumbaba, tenía el estómago revuelto y el odio que sentía hacia Andreas sólo contribuía a que en lugar de dormir, se revolviera en la cama, irritando aún más su ya sensible piel.

En cuanto se sintiera mejor, se iría de aquel lugar. Andreas podía guardarse sus anhelos de venganza y hacer proposiciones a otra mujer. Seguro que tenía docenas a su disposición…

—¡Toma! —dijo una voz con firmeza.

Louisa abrió los ojos y vio a Andreas de pie junto a la cama.

—¿Qué? —masculló, malhumorada.

Con gesto impasible, Andreas le tendió un vaso.

—Tienes que combatir la deshidratación. Y esto —añadió, abriendo la mano y mostrando una pastilla—, es una pastilla para aliviar la sensación de la piel quemada —explicó en un tono que no admitía discusión.

Louis lo miró con desconfianza.

—No estoy segura de que…

—He hablado con un médico de Atenas —interrumpió él—. Me ha dicho que no tiene ningún efecto secundario.

Pensaba en la posibilidad de que Louisa estuviera embarazada pero evitó referirse a ello.

—Gracias —dijo ella a regañadientes al tiempo que tomaba la pastilla.

Tras devolver el vaso a Andreas, se reclinó en las almohadas, se puso de costado para no verlo, se cubrió el hombro con las sábanas y cerró los ojos.

Andreas no se movió. Louisa percibía su presencia y supuso que querría decirle algo.

—Márchate —dijo, ansiosa por poder gemir y protestar, pero negándose a hacerlo delante de él.

Finalmente oyó sus pisadas y el ruido de la puerta al cerrarse.

Louisa sintió ganas de llorar, pero en pocos segundos, se había sumido un profundo sueño.

La primera sensación que tuvo al despertar, fue la de un delicioso frescor en los brazos. Abrió lo ojos y vio a Andreas sentado en la cama, mirándola con los ojos entornados y gesto preocupado.

—Estate tranquila —dijo al ver que Louisa hacía ademán de incorporarse—. Sólo te estoy poniendo crema.

La sensación era tan reconfortante que Louisa no protestó.

—Se ve que estás preparado para cualquier eventualidad —masculló.

Andreas le sujetaba un brazo y extendía la crema con suavidad. Louisa lo observó soñolienta y relajada. Ni siquiera reaccionó cuando alcanzó sus hombros, a pesar de que las sábanas empezaron a deslizarse hacia abajo y era consciente de que estaba desnuda.

Un suspiro de alivio escapó de sus labios al sentir que la loción neutralizaba el calor de su piel.

—Vas a manchar las sábanas —comentó cuando Andreas dejó descansar su brazo sobre la cama.

—Prefiero eso a que te quedes sin piel —dijo él, tomando el otro brazo—. Creía que habías aprendido a tener cuidado con tu delicada piel.

—Me puse crema protectora, pero se ve que no calculé bien el tiempo que pasaría al sol —explicó ella.

Sus miradas se encontraron y Louisa contuvo el aliento al sentir una corriente eléctrica que los conectaba. Los dos sabían que era sexual. Como los dos sabían que, si no desviaban la mirada, el siguiente paso los llevaría a un punto sin retorno.

En aquella ocasión fue Andreas el primero en romper contacto visual para concentrarse en el brazo de Louisa. Ella cerró los ojos y volvió a quedarse dormida.

Andreas terminó de ponerle la crema y con un suspiró de frustración, bajó levemente las sábanas para dejar al descubierto la parte alta de los senos de Louisa, donde le tranquilizó descubrir que la piel apenas estaba rosada.

A continuación se detuvo a observarla mientras dormía. Sus labios entreabiertos, sus delicados pómulos… Aunque no parecía haberse quemado, también le aplicó un poco de crema en el rostro, acariciando con ella su frente, su pequeña y recta nariz, la barbilla… Sin poder contenerse, se inclinó para besar delicadamente sus tentadores labios, que se estremecieron al tiempo que Louisa emitía un suspiro.

Andreas frunció el ceño y se puso en pie, preguntándose qué pasaría finalmente.

Quizá Louisa tenía razón y era imposible recuperar cinco años. Quizá fuera un error pretenderlo.

Fue a lavarse las manos al cuarto de baño mientras seguía ponderando esas cuestiones sin obtener respuesta. Al volver al dormitorio vio que Louisa se había movido y sus senos habían quedado completamente expuestos.

Altos, firmes, coronados por dos tentadores pezones. En ellos encontró la respuesta.

Aquella mujer con aquellos senos, con aquella boca, con un cuerpo delgado de largas piernas, le pertenecía.

Y Andreas tomó la decisión de no dejarla marchar.

La siguiente vez que Louisa despertó, oyó voces apagadas. Se sentó y miró a su alrededor aturdida, mientras intentaba recordar los acontecimientos que habían acabado con ella en la cama.

Al ver que se movía el picaporte, se cubrió hasta el cuello. Un segundo más tarde, su hermano aparecía en el umbral.

—¡Qué maravilla! —dijo Jamie, sonriente—. Cuando acabe la obra, va a ser la mejor casa de toda la isla.

Louisa pestañeó desconcertada.

—¿Qué haces aquí con mis bolsas?

—Andreas me ha dicho que te encontrabas demasiado débil como para traerlas tú misma —explicó Jamie.

Louisa fue consciente de dos cosas simultáneamente: Jamie parecía haber superado su animadversión hacia Andreas y no le sorprendía lo más mínimo encontrarla en su cama.

—¿Desde cuándo sois tan amigos? —preguntó.

Jamie se encogió de hombros y adoptó una actitud solemne.

—Me ha contado lo que hicieron nuestros padres.

—¿Cómo dices? —exclamó ella, indignada.

—No comprendo cómo pudieron ser tan…

—¡No tenía derecho a contártelo!

—Eso díselo a él, no a mí —dijo Jamie—. ¿Sabes que tiene una moto de agua nueva y que va a dejar que la estrene?

—¡Jamie! —le amonestó ella.

Un ruido en la puerta reclamó su atención. Andreas estaba apoyado en el marco.

—Pietros te espera fuera —le dijo a Jamie.

—Gracias —Jamie se volvió hacia Louisa—. Voy a salir con Pietros esta noche. Andreas ha dicho que puedo quedarme a dormir en el hotel.

Louisa miró a Andreas arqueando las cejas.

—¿Desde cuándo tomas tú las decisiones sobre lo que puede hacer mi hermano?

Jamie la miró suplicante.

—Tú no te encuentras bien, hermana. Descansa. Mañana vendré a verte.

Y con esas palabras y un gesto de juvenil arrogancia que sacó a Louisa de sus casillas, salió lanzando una mirada de complicidad a Andreas, y dejando tras de sí un ambiente cargado de tensión.

Andreas seguía apoyado en el quicio de la puerta aparentemente relajado, pero Louisa notó que no se había afeitado, que tenía ojeras y que no se había cambiado de ropa.

La puerta principal se cerró tras Jamie y el ruido reverberó en la casa. Louisa buscó con la mirada las bolsas. Luego miró a Andreas.

—¿Qué le has contado a Jamie para haberlo convertido en tu mejor aliado?

—La verdad.

—Tu versión.

—Sigue siendo la verdad —dijo Andreas, encogiéndose de hombros—. He decidido que no voy a admitir más mentiras sobre nosotros.

—Y es evidente que mi opinión no cuenta.

—En principio, no —asintió Andreas. Luego suspiró—. No metas a Jamie en esto. Sería injusto.

—¿Y tu familia? ¿Van a venir a vernos? ¿Voy a tener la oportunidad de decirles que son unos manipuladores?

—Mis padres se han marchado —dijo Andreas—. Les he pedido que se fueran.

—¿Ya eres lo bastante mayor como para poder darles órdenes? —preguntó Louisa con sorna.

—Sí —dijo Andreas, impacientándose—. Tenemos que resolver nuestros problemas antes de poder tener en cuenta los sentimientos de los demás.

—¡Cuánto se han suavizado tus instintos asesinos!

Andreas apretó los dientes.

—He conseguido calmarme.

A Louisa le dio envidia. Sus sentimientos no tenían nada de tranquilos.

—¡Y a mí me han abandonado una vez más! —dijo ella, suspirando al tiempo que se dejaba caer sobre las almohadas.

—Yo sigo aquí.

—Tú eres el problema.

—Pero un problema muy interesante —bromeó Andreas—, así que deja de quejarte y dime qué tal te encuentras.

Al verlo acercarse y servir un vaso de agua fresca tuvo la sensación de haber vivido aquella escena durante su delirio. Louisa lo observó detenidamente.

—Siéntate y bebe —dijo él.

Al recuerdo de esa escena repetida en más de una ocasión se añadió la de Andreas poniéndole crema delicadamente. Al instante se le endurecieron los pezones y sintió extenderse una sensación húmeda por zonas en las que no quería pensar.

Se incorporó lentamente y tomó el vaso de la mano de Andreas. Pasaban lo segundos y con ellos se sumaban los recuerdos. Por ejemplo. El del delicado beso con el que Andreas le había acariciado los labios. Sintió calor en las mejillas a la vez que bebía. ¿Qué más habría hecho Andreas mientras estaba semiinconsciente? Recordaba haber hablado con él, pero no el contenido de lo que había dicho. Recordaba haber sentido sus manos sobre su piel.

¿Le habría dado permiso para ir más allá? ¿Habría…?

—Kostas acaba de traerme la ropa y necesito darme una ducha —comentó él, ajeno a las reflexiones de Louisa—. ¿Quieres usar el baño tú primero?

—¿No puedes usar otro? —Louisa le devolvió el vaso sin mirarle a la cara por miedo a desvelar lo que pensaba.

—Éste es mi dormitorio —dijo él sin alterarse—. Y ésa es mi cama.

—Entonces, será mejor que la deje libre —Louisa fue a levantarse, pero recordó que estaba desnuda y se dejó caer sobre las almohadas con un resoplido de frustración.

—Quizá debería expresarlo de otra manera: éste es nuestro dormitorio y ésa es nuestra cama.

Algo en su tono hizo que Louisa alzara la mirada hacia su rostro, y la expresión de picardía que descubrió en sus ojos la hizo arrepentirse al instante, porque tuvo la certeza de que Andreas adivinó de inmediato lo que estaba pensando. Aún peor fue comprobar que, durante los minutos que había evitado mirarlo, Andreas se había desabrochado la camisa y había dejado al descubierto su bronceado y varonil torso.

Con un suspiro tenso, Andreas dijo:

—Te deseo…

—Lo sé…

Sin dar tiempo a que concluyera, Andreas cruzó la habitación y atrapó en su boca el final de la frase. Luego dejó un rastro de delicados besos en sus labios al tiempo que hundía los dedos en su cabello. Su barba incipiente raspaba la piel de Louisa. Ella alzó los brazos para abrazarse al cuello de Andreas y devolverle los besos.

El gemido de satisfacción que escapó de la garganta de Andreas debería haber irritado a Louisa, pero no fue así. Él se sentó en la cama para atraerla hacia sí, y la sábana se deslizó hasta la cintura de Louisa, exponiendo sus senos al contacto del cálido pecho de Andreas. Una corriente de calor recorrió la piel de Louisa como una segunda insolación, haciéndola retorcerse y provocando una fricción entre sus pezones y el vello de Andreas. Él respondió extendiendo las manos sobre su espalda para arqueársela y estrechar el contacto entre ellos a la vez que, dejando escapar un profundo gemido, agachaba la cabeza para besarle el cuello y el escote hasta, finalmente, atrapar un endurecido pezón entre sus dientes y mordisquearlo avariciosamente.

Louisa se debatía entre confusas emociones. Deseaba a Andreas y sabía que no debía desearlo. Quería alejarlo de sí pero le clavaba las uñas en la espalda para animarlo. Andreas se estremeció y volvió a besarla con una abrasadora pasión.

De pronto, como si hubiera decidido torturarla, la soltó bruscamente y se puso en pie de un salto, dejándola caer, desconcertada y jadeante, sobre las almohadas.

—¿Qué pasa? —dijo sin aliento.

—Todavía tenemos que aclarar muchas cosas —como si necesitara hacer algo enérgico, Andreas tiró la camisa al suelo—. Comportarnos como un par de adolescentes en celo sólo nos lleva a cometer errores.

Louisa se incorporó y se tapó con la sábana con dedos temblorosos.

—Puede que sea lo único que sabemos hacer —dijo con amargura—. ¿No ha sido siempre así entre nosotros? Solías irte durante semanas enteras y luego volvías o hacías que me llevaran a Atenas para que hiciéramos el amor durante varios días seguidos antes de volver a separarnos.

—¡Eso no es verdad! —protestó Andreas, tensando sus esculturales hombros.

—Es la única verdad —repitió Louisa, odiándose por sucumbir con tanta facilidad a su poder de seducción—. Y yo era tan ingenua como para creer que la intensidad de tu deseo era la medida de lo que me amabas. Pero no era más que sexo. Y eso lo has encontrado después en otra parte.

Andreas entró en el cuarto de baño dando un portazo y Louisa tuvo la seguridad de que lo hacía porque no podía negar la evidencia que ella había visto con sus propios ojos. Y como otras veces, hubiera querido gritar de rabia por haber perdido el control y dejarse seducir por él aun sabiendo que no era más que un canalla.

Capítulo 9

Louisa apretó los dientes para no llorar y salió de la cama. Con paso indeciso fue hasta su bolsa y sacó una camiseta de tirantes, una minifalda blanca y el neceser. De camino hacia otro cuarto de baño vio una bolsa negra que debía pertenecer a Andreas y tuvo la tentación de darle una patada de rabia.

De pronto se volvió hacia la puerta principal y se preguntó por qué no estaba gritando y exigiendo a Andreas que la llevara al hotel. Pero la respuesta fue tan deprimente que prefirió no concretarla.

Consciente de que huir de sí misma no era una manera adulta de enfrentarse a la realidad, se metió bajo la ducha y dejó que el agua le golpeara la ardiente piel como castigo a su frágil carácter.

Debajo de la ducha, Andreas confiaba en que el agua helada le librara de la pulsante sensación que sentía en la ingle mientas se preguntaba si no era más seguro sumergirse en una neblina sexual que intentar enfrentarse a facetas de sí mismo en las que prefería no pensar.

Y que pensara así, decía mucho de sí mismo.

Además de apuntar a que Louisa podía estar en lo cierto cuando decía que eso era todo lo que había entre ellos. ¿Podía ser verdad?

No. Girando el grifo de la ducha, pasó el agua de fría a caliente y empezó a enjabonarse. Se negaba a creerlo. Si no, estaría admitiendo que sus familias habían estado en lo cierto.

Así que sólo quedaba una solución: debía luchar por lo que quería. Si era capaz de dirigirse a un grupo de ejecutivos en una sala de reuniones y hacerles cambiar de opinión, también podría usar su poder de convicción en su vida personal. Para ello, debía aclarar su mente y poner en orden sus prioridades.

Y la fundamental no era el sexo, por muy poderoso que fuera; ni sus familias, aunque acabarían pagando por lo que habían hecho. Ni siquiera Max Landreau.

Apretó el frasco de champú sobre la palma de la mano.

¿Pensaría Louisa que no iba a sonarle el nombre del famoso y atractivo magnate de la comunicación? Landreau se había forjado la reputación de mujeriego. Coleccionaba mujeres como si se tratara de sellos. ¿Era Louisa tan inocente como para no haber sabido que comprobaría qué relación mantenía con él?

Tardaría menos de veinticuatro horas en obtener algunas respuestas, pero por el momento, mientras se enjabonaba la cabeza, la mera probabilidad de que otro hombre hubiera tocado a su esposa le hacía subirse por las paredes.

Cuando Louisa salió de la habitación, la bolsa negra había desaparecido. Se peinó el húmedo cabello con los dedos. Necesitaba el secador que tenía en su equipaje, pero prefería posponer el encuentro con Andreas, así que decidió ir a la cocina.

Tenía hambre y sed. Puso a hervir agua para hacerse un café y sacó del frigorífico los ingredientes para prepararse un sándwich.

Iba a sentarse en la mesa cuando la vista que podía verse por la cristalera reclamó su atención y, tomando la taza y el plato, decidió aventurarse al exterior. El sol era una gran bola de fuego que se aproximaba a la línea de un mar, tan en calma que parecía un espejo.

Sorteando los obstáculos de la parte trasera, todavía en construcción, avanzó hacia una playa de guijarros y se detuvo para mirar a su alrededor. Le sorprendía no reconocer el lugar, pues en su primera visita a la isla, Andreas le había llevado a cada rincón, incluso a aquellos sólo accesibles por mar.

Volvió la mirada hacia la casa, semioculta entre los pinos. Desde aquel ángulo parecía mucho mayor y se apreciaba su arquitectura de ángulos irregulares que buscaban la máxima exposición al mar. Uno de los ventanales debía pertenecer al dormitorio en el que había dormido, aunque, probablemente por el estado comatoso en el que se había sumido, ni siquiera recordaba haberse fijado en la vista.

Volviéndose de nuevo hacia el mar, vio una roca plana y fue a sentarse en ella. Se oía el canto de las cigarras y los pinos, los olivos y el mar perfumaban el aire. En un rincón de la playa, junto a un árbol, descansaba la moto acuática de la que había hablado Jamie y…

—¿Qué te parece?

La voz de Andreas a su espalda hizo que se tensara instantáneamente.

—¿Se supone que debo tener una opinión?

Puesto que no había construido aquella casa para ellos dos, Louisa prefería no intentar adivinar para quién era. Dio un sorbo al café.

—Si quieres seguir refunfuñando, allá tú —dijo él encogiéndose de hombros.

Y desconcertó a Louisa al sentarse detrás de ella y estirar sus bronceadas y musculosas piernas a ambos lados de su cuerpo. Por una fracción de segundo, Louisa pensó que estaba desnudo, hasta que, por el rabillo del ojo, vio la esquina de unos pantalones cortos y luego, cuando se inclinó para dejar junto a ella una hielera con una botella de champán abierta, las mangas de una camiseta que se ajustaba a sus poderosos brazos.

—Si la casa fuera uno de nuestros barcos, la bautizaríamos con una botella de champán —dijo él, animado—. Pero como es una casa, he pensado que debíamos beberlo.

A continuación, metió las manos por debajo de los brazos de Louisa, y le presentó dos copas.

—Deja el café y el sándwich y sujétalas, por favor.

Louisa tuvo la tentación de levantarse e irse, pero optó por no hacerlo.

—¡Qué romántico! —dijo con sorna al tiempo que tomaba las copas.

Andreas ignoró el sarcasmo.

—Sujétalas bien para que no te moje.

Louisa las puso verticales y vio como se llenaban del espumoso líquido.

—No creo que sea una buena idea beber con el estómago vacío —comentó. Apenas había probado bocado del sándwich.

—Unos sorbitos no te sentarán mal —dijo Andreas, tomando una de las copas y chocándola con la otra—. Por nosotros y por nuestra nueva casa —añadió, antes de beber.

En lugar de imitarle, Louisa preguntó:

—¿Por qué no reconozco este sitio?

—Me pertenece desde que murió mi abuela —explicó él—. Antes, los árboles llegaban hasta la orilla, pero una tormenta derribó los suficientes como para que se abriera un claro.

—En el que has podido construir una casa. ¡Qué suerte!

—¿Verdad que sí? —dijo Andreas, ofendido—. Supongo que crees que yo mismo invoqué la tormenta.

—¡No me extrañaría! —comentó ella, sabedora de que en Aristos estaba prohibido construir en la costa, a no ser que se tratara de realizar mejoras en viejos edificios.

—Había una vieja cabaña donde ahora está la casa, pero…

—La tormenta la voló.

—Te has convertido en una cínica, Louisa —dijo Andreas—. ¡Y yo que pensaba que apreciarías este sitio tan idílico…!

Súbitamente Louisa creyó saber dónde estaban y sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

—No puede ser… —musitó.

—Atracamos cerca de la costa y nadamos hasta aquí —le confirmó él—. Yo encontré una vieja manta en la cabaña y la extendimos al sol para tumbarnos y secarnos…

Louisa lo recordaba con todo lujo de detalles. Ella, con un biquini rosa. Andreas, con unos pantalones cortos que solían deslizársele por las caderas. Habían estado bromeando y riendo hasta

que, de pronto, él había rodado sobre ella y la había besado.

Louisa se removió incómoda. No quería recordar el apasionado beso ni cómo había ido haciéndose cada vez más íntimo, ni los suaves jadeos que escapaban de sus gargantas hasta que alcanzaron un punto sin retorno. Incluso podía sentir los guijarros clavándosele en la espalda cuando finalmente había consentido que Andreas hiciera lo que hasta entonces le había negado. Podía oír su voz ronca musitando: «No quiero hacerte daño», y su susurrada respuesta: «Sé que no lo harás». Y al momento, la primera y poderosa embestida…

Sintiendo que los músculos de su sexo se contraían pulsantes, Louisa se puso en pie de un salto.

A su espalda podía percibir la sorprendida quietud de Andreas. Delante, el sol se sumergía como una bola en llamas, y su corazón latía desbocado. Le temblaban las piernas, apenas sentía el cuerpo excepto en el punto donde se habían concentrado todas sus sensaciones.

Intentó borrar el recuerdo diciéndose que ya no era la adolescente de diecisiete años entregándose por primera vez al hombre al que amaba. Era una mujer madura, cargada con la amargura del fracaso y la tragedia de la más espantosa de las pérdidas. Y por encima de todo, ya no amaba a aquel hombre. No.

Súbitamente la copa de champán fue arrebatada de sus dedos y dos manos poderosas le obligaron a girarse. Louisa se encontró ante dos ojos oscuros que brillaban con el más ardiente deseo. Su respiración se entrecortó y Andreas dejó escapar un gemido.

—¡No! —dijo ella suplicante.

—Sí —dijo él, estrechándola y besándola con tanta furia que el pasado y el presente se confundieron.

Louisa se despreció a sí misma por entregarse con tanta facilidad al tiempo que devolvía el beso con creciente intensidad e intentaba liberar sus brazos para abrazarse al cuello de Andreas. Él se adelantó e, inclinándose, la tomó en brazos y fue hacia la casa, sorteando a ciegas el terreno que los separaba de la entrada de la cocina mientras seguía besándola.

Louisa sólo recobró un ápice de lucidez cuando la dejó en el suelo del dormitorio y separaron sus bocas.

—Creía que antes teníamos que aclarar unas cuantas cosas —dijo con voz temblorosa.

—Estaba equivocado —Andreas le bajó la cremallera de la falda—. Tenemos que resolver esto primero para poder llegar a un acuerdo con calma.

—¿Te refieres al sexo? —la falda cayó al suelo—. ¿No ha sido siempre lo primero entre nosotros?

Andreas se quedó parado a medias de quitarle la camiseta y la miró con expresión solemne.

—¡No vuelvas a decir que lo nuestro es sólo sexo! Lo que pasó entre nosotros entonces fue tan poderoso que todavía hoy te excita.

—El sexo especial sigue siendo sexo, Andreas.

—¿Tú crees? —el resto de su ropa siguió a la falda—. Si es así, *yineka mou*, comprobémoslo.

Louisa supo que ya no ofrecería ninguna resistencia. Andreas la llevó hasta la cama y se echó sobre ella sin dejar de besarla y de explorar cada rincón de su boca con su lengua, hasta que Louisa sintió que la cabeza le daba vueltas y se asió a sus hombros.

—¡Quítate la camiseta! —dijo, buscando con dedos ansiosos la cintura de Andreas.

Él se incorporó y se quitó la ropa, mirando a Louisa mientras ella lo observaba exponer cada parte de su cuerpo a su hambrienta mirada.

Andreas tenía la arrogante belleza de un emperador griego y el cuerpo de un atleta olímpico. Era tan grande, tan fibroso y tan perfecto, que Louisa no pudo contener un suspiro de admiración cuando se quitó los pantalones y dejó a la vista su formidable fuerza.

—Debería haberte encerrado en una caja hace años —masculló él al verla echada, ofreciéndose a él con mirada lasciva—. ¿Desde cuándo eres tan expresiva respecto a lo que deseas?

—Me enseñaste tú —dijo Louisa. Y vio sus ojos brillar de orgullo a la vez que se inclinaba sobre ella.

—Mientras haya sido yo…

Por una fracción de segundo, Louisa pensó que debía decir algo, pero Andreas empezó a besarle el cuello y ya no pudo prestar atención a otra cosa que a los húmedos besos que desembocaron en sus senos. Dejó escapar un gemido y se arqueó contra él para dejarle atrapar uno de sus rosados pezones, al tiempo que clavaba las uñas en su nuca mientras él le mordisqueaba y lamía hasta que ya no pudo soportar la intensidad del placer y, tirándole del cabello, le hizo subir.

Los ojos de Andreas tenían la oscuridad de la noche, su piel el tono tostado del bronce.

—Dime qué quieres —susurró él.

—Lo sabes muy bien —dijo ella, recorriéndole la espalda con las manos.

Andreas agachó la cabeza y atrapó su otro pezón hasta que Louisa se retorció de placer. Entonces volvió a capturar su boca y mientras con una mano le sujetaba la cabeza, con la otra empezó a acariciarla con maestría entre los muslos, hasta alcanzar la parte

oculta por el vello. Entonces, sin apartar la mirada de ella, lenta y provocativamente siguió torturándola hasta hacerle enloquecer y sentirla húmeda y caliente. Le mordisqueó los labios, bebió su aliento y se movió con ella. Sus besos endurecieron sus pezones hasta que los sintió pulsantes bajo su lengua. Louisa le clavó los dedos en la espalda, se asió a sus brazos, a sus hombros y deslizó las manos por su abdomen hasta alcanzar la palpitante columna de su sexo.

—Por favor —suplicó ella—, por favor…

Andreas se estremeció de placer, pero consiguió contenerse y seguir acariciándola hasta que, tomándola por sorpresa, la penetró.

Cada milímetro de su cuerpo reaccionó al placer de sentirlo en su interior. La sacudida la recorrió como una corriente eléctrica. Sus cuerpos se sincronizaron, moviéndose al unísono, entrelazados de manera que no se sabía dónde acababa uno y comenzaba el otro. Louisa se enroscaba en el cuello y en la cintura de Andreas. Él la sujetaba por la cadera, succionando sus labios, amasando sus nalgas. Cuando Louisa dejó escapar el primer grito al sentir la primera sacudida del clímax, él la contempló con posesivo ardor. Luego, la siguió con un grito profundo y la contracción de todos sus músculos en un prolongado y exquisito estallido.

Después, los dominó una sensación de ingravidez, y Louisa creyó que no necesitaba ni respirar. Sólo era consciente del cuerpo caliente y sólido de Andreas sobre ella, y de la total relajación en la que ambos estaban sumidos.

Pasaron varios minutos antes de que alguno de los dos se moviera. Finalmente, Andreas se incorporó para librarla de su peso y le acarició el cabello.

—Esto es mucho más que sólo sexo —dijo, besándola.

Louisa abrió los ojos y sonrió.

—Sexo con varón dominante —bromeó.

—¿Habrías preferido que adoptara un papel sumiso? —preguntó él, arqueando las cejas.

Louisa sacudió la cabeza. Andreas sabía perfectamente que le gustaba que tomara el control y que adoraba cómo, cuando lo entregaba, se dejaba arrastrar dejando caer todas las barreras.

—Si es así, ¿por qué pareces pensativa? —preguntó él.

—Porque… —empezó Louisa y calló porque no sabía cómo continuar.

Recorriendo el rostro de Andreas sin darse cuenta de que los segundos transcurrían, respiró y deseó no haberlo hecho cuando la envolvió el familiar olor que acompañaba al sexo con Andreas.

Andreas…su primer y único amante. El hombre al que llevaba cinco años tratando de olvidar… El hombre sin el que en aquel

momento le parecía imposible haber existido.

—¿No has disfrutado?

El tono de inseguridad de Andreas la hizo concentrarse en él, y vio que la miraba con inquietud.

—Sabes perfectamente que ha sido maravilloso —dijo ella.

—Tu cara no dice lo mismo —Andreas sacudió la cabeza—. Lo mejor será que lo intentemos de nuevo. Quizá debía haber ido más despacio, y esperar a que me suplicaras con más ahínco.

Louisa se tensó.

—¡Yo no he suplicado!

—Claro que sí. Pero se ve que no ha sido lo bastante satisfactorio o no estarías tan ausente.

—No estoy ausente —dijo ella, impacientándose—. ¿Qué te pasa, Andreas? No solías sentirte tan inseguro sobre tus habilidades amatorias.

Andreas esbozó una sonrisa.

—Puede que haya perdido práctica.

—¿Te has vuelto loco?

Andreas pensó que si la presión que sentía en el pecho por los celos era una prueba de locura, entonces, la respuesta era afirmativa. No podía quitarse de la cabeza a Max Landreau. ¿Habría osado Louisa pensar en él mientras lo miraba con expresión extraviada? ¿Los habría estado comparando como amantes?

Louisa le empujó.

—Deja que me levante —exigió, irritada por que Andreas hubiera convertido el momento más increíble de su vida en una nueva batalla, ¡y sólo porque había necesitado pensar unos segundos!

—Ni lo sueñes —Andreas la sujetó por las muñecas y le clavó los brazos en la cama.

—¡No me gustas cuando actúas así! —Louisa se retorció para intentar liberarse.

—Claro que sí —dijo él, besándola—. Me adoras cuando soy dominante y no te dejo elección. En unos días desearás tanto volver a ser mi mujer que no querrás ir a ninguna parte.

Louisa abrió los ojos desorbitadamente.

—¿Qué quieres decir con «en unos días»?

—Tienes que admitir que no has hecho el menor esfuerzo por huir de mí…

Aquellas palabras pretendían humillar a Louisa y lo consiguieron. La rabia oscureció sus azules ojos.

—Va a ser un placer ver cómo te debates contigo misma cuando llegue el próximo ferry —continuó Andreas.

Louisa tardó unos segundos en comprender lo que quería decir.

—Si crees que voy a quedarme contigo cuando acabe la semana, ya puedes… —empezó, colérica.

Pero había reaccionado tarde. Andreas ya ahogaba su protesta en un beso y, en unos segundos, volvía a abrasarla con un fuego que, en el fondo, ni podía ni quería apagar.

Capítulo 10

El sol se filtraba por el ventanal que quedaba al pie de la cama. Louisa se desperezó lentamente con una sonrisa en los labios. De pronto, dándose cuenta de que debía ser muy tarde para que el sol hubiera alcanzado aquella altura, se incorporó de un salto. El brusco movimiento le hizo sentir leves dolores en todo el cuerpo. Tres días actuando de esclava sexual de Andreas empezaban a pasarle factura. Con una sonrisa, enumeró cómo había transcurrido el tiempo: haciendo el amor, comiendo, haciendo el amor en la playa, haciendo el amor…

Las únicas interrupciones de aquel programa se producían cuando Andreas acudía a la villa familiar durante un par de horas cada mañana para ponerse en contacto con el mundo exterior.

El mundo real, se corrigió al tiempo que salía de la cama en aquel mundo de fantasía creado por ellos dos.

Hasta su hermano había sabido interpretar su papel, apareciendo lo menos posible y pasando la mayoría del tiempo con Pietros mientras ellos se comportaban como un par de adolescentes sin pasado.

¿Y cómo habían llegado a aquel punto?

Porque ella había consentido que Andreas adoptara el papel dominante y autoritario y decidiera cada uno de sus sentimientos y de sus acciones, porque…

Una vez más se atascaba al llegar a aquel «porque…», pensó con un suspiro de resignación mientras se metía en la ducha. Aquel «porque» se había quedado atascado en su mente y sólo en aquel instante, tres días después de que sucediera por primera vez, encontró la respuesta: porque amaba a Andreas, porque seguía amándolo y probablemente nunca dejaría de hacerlo. Formaba una parte tan integral de ella que era como un virus, tenaz e imbatible.

Y aquel mismo día, llegaba el ferry.

Salió de la ducha, se envolvió en una toalla y se sentó en el borde de la bañera.

Había llegado la hora de tomar una decisión. ¿Se marcharía en el ferry o se quedaría?

Con él.

¿Con qué excusa? ¿Aduciendo que podía estar embarazada?

Tomó aire y exhaló lentamente. Andreas no había vuelto a mencionar el tema. De hecho, después de la pelea inicial no habían vuelto a hablar de nada. Andreas no le había preguntado por su vida en Londres ni por Max. Tampoco habían mencionado a sus correspondientes familias.

Ocasionalmente adoptaba una actitud seria y distante, casi siempre cuando acababa de volver de la villa familiar y parecía esforzarse por salir del papel de ejecutivo. En esas ocasiones incluso su rostro cambiaba y daba la impresión de llevar una máscara que ella no conseguía atravesar.

Entonces y sin que Louisa supiera cómo o porqué, él mismo la destruía y, tomándola en brazos, la llevaba a la cama o, si la encontraba en la playa, se desnudaba para bañarse con ella y luego ir a la cama…

Las dos caras de Andreas Markonos, pensó divertida. La severa y la juguetona, las dos demasiado atractivas como facilitar la decisión que debía tomar.

Fue al dormitorio y al ver sus bolsas en el suelo pensó que eran un símbolo más de la naturaleza temporal de aquellos días. ¿Qué sucedería cuando tomara esas dos maletas y saliera de aquella casa?

Imaginarse a Andreas partiendo en una dirección y ella tomando la contraria le produjo un escalofrío. Se cubrió con la toalla. Su vida transcurría en Inglaterra. La de Andreas, en Grecia. Ella ya no era la jovencita que había jugado a esperar a que su esposo volviera de sus viajes como Penélope a Ulises. Era una mujer, con un buen trabajo y una seguridad en sí misma que no quería perder.

Frunciendo el ceño, buscó algo que ponerse, se vistió y se secó el pelo.

Acababa de entrar en la cocina cuando el sonido de una moto acuática le hizo mirar por la ventana a tiempo de ver a su hermano derrapar con maestría y dejar el vehículo en la orilla. Moreno, mojado por la espuma del mar, caminó hacia la casa.

—Hola —saludó al entrar en la cocina. Luego miró a su alrededor—. ¿Dónde está Andreas?

—En la oficina de la villa —replicó ella.

—Me alegro. Cada vez que menciono a tu jefe se queda de piedra.

—No tenías por qué nombrar a Max —dijo Louisa en tono recriminador.

—Ya. Pero al principio me divertía hacerle sufrir —dijo Jamie con una picara sonrisa—. La cuestión es que estoy aquí por Max. Ha llamado esta mañana al hotel para hablar contigo. No le ha sentado nada bien saber que estabas aquí —sacó un papel del bolsillo y sedo tendió a Louisa—. Quiere que le llames. Es urgente.

Louisa lo desdobló: *¡Enciende el maldito móvil! ¡Tengo que hablar contigo!,* había escrito Jamie copiando literalmente las palabras de Max.

—Pero si sabe que apago el móvil siempre que vengo a la isla…

—dijo Louisa, desconcertada.

Jamie se encogió de hombros.

—Parecía muy enfadado.

Con gesto de preocupación, Louisa fue hacia el dormitorio preguntándose qué podía haber sucedido para que Max estuviera de tan mal humor. No era propio de él actuar así. En los cuatro años que llevaba trabajando para él, jamás había perturbado sus vacaciones.

Jamie la siguió y, esperando con curiosidad a saber cuál era la causa de tanta urgencia, se apoyó en el marco de la puerta mientras Louisa buscaba su teléfono en el bolso y lo encendía. Al instante se oyó la entrada de numerosos mensajes de texto y de voz… y todos eran de Max.

En lugar de escucharlos, Louisa marcó su número. Antes de que sonara la señal, la voz de Max le estaba quemando los oídos.

—¿Qué demonios está pasando, Louisa? —preguntó, furioso—. Creía que no había nada entre tu ex y tú.

—Max, no sé de qué…

—Estoy siendo acosado personal y profesionalmente. Mi vida privada es objeto de investigación por parte de… ¡Andreas Markonos!

Louisa cerró los ojos y se dejó caer sobre la cama.

—Tiene que haber un error, Max. Andreas no…

—Está aireando mi vida privada y me amenaza con acudir a los periódicos si no te despido, así que no intentes convencerme de que es inocente. ¡Lo que me gustaría saber es por qué actúa así!

Louisa apoyó la cabeza en la mano.

—Te aseguro que no lo sé —susurró.

—Desde que trabajas conmigo no habías vuelto a mencionarlo, y cada año acudes a la isla en peregrinaje. Está claro que en esta ocasión has decidido disfrutar de un íntimo reencuentro con él, ¿no es cierto?

Louisa se puso en pie de un salto.

—¡Te equivocas, Max!

Jamie se puso alerta.

—Entonces, ¿qué ha pasado? —continuó Max—. ¿Has decidido darle celos con nuestra relación y el canalla ha decidido vengarse arruinándome?

—¡Sabes perfectamente que tú yo no tenemos ese tipo de relación! —protestó Louisa—. Igual que sabes que ni un solo periódico se atrevería a publicar nada contra ti, Max. Después de todo, eres dueño de casi todos ellos. Dame un par de horas. Te llamaré en cuanto averigüe qué está sucediendo.

Apagó el teléfono con dedos temblorosos.

—¿Qué pasa? —preguntó Jamie.

Louisa estaba pálida.

—¿Puedes pedirle a Pietros que me lleve a la villa Markonos? —preguntó.

—Claro —su hermano pulsó un botón del móvil—, pero me gustaría que me dijeras qué pasa.

—Te lo diré cuando lo sepa.

Louisa dio media vuelta. La mente le funcionaba a toda velocidad intentando construir un rompecabezas del que le faltaban piezas. La imagen de Andreas serio y circunspecto cada vez que volvía de la villa despertaba sus sospechas y le provocaba un escalofrío.

Pero se negaba a creer que Andreas fuera capaz de actuar de aquel modo. Sólo su familia haría algo así, y ese pensamiento, que le libraba a él de responsabilidad, la tranquilizó.

Para cuando subió al coche de Pietros se había convencido de que acudía a ver a Andreas para darle la noticia de que su familia estaba jugando sucio con Max.

Kostas se asomó al porche de la elegante mansión. Louisa se despidió de Pietros y se quedó parada, contemplando un edificio al que hubiera preferido no volver. A regañadientes, dejó que los pasos la condujeran hasta la escalinata de mármol, en lo alto de la cual esperaba un sonriente Kostas.

—¿Está Andreas? —preguntó al viejo sirviente.

—Se encuentra en el despacho —dijo él, echándose a un lado para dejarle pasar—. Es una placer verla aquí, *kyrya* —añadió, afectuosamente.

Louisa se limitó a sonreír y a cruzar un vestíbulo en el que no había cambiado ni un solo detalle desde la última vez que lo había visto.

La puerta del despacho estaba cerrada. Con la inquietante sensación de que estaba a punto de enfrentarse a su verdugo, Louisa se secó las sudorosas manos en el vestido antes de abrir la puerta.

Como la entrada, el despacho parecía idéntico a como lo recordaba. Aquella habitación, elegante y funcional, constituía el centro de poder de los varones Markonos cuando estaban en Aristos. En ella estaban los ordenadores, las impresoras y la más sofisticada tecnología. Una fila de pantallas de ordenador exhibía el resultado de las bolsas de distintas partes del mundo. Todo parecía tan tranquilo en el contexto del agitado mundo de las finanzas, que Louisa se relajó parcialmente.

Andreas, de pie, apoyaba las caderas en un escritorio de cedro sobre el que había varias carpetas con documentos. Hablaba por teléfono en griego y aunque Louisa había llegado a dominar la lengua en el pasado, en aquel momento no entendió lo que decía.

Además, estaba demasiado ocupada observándolo como para

prestar atención a sus palabras.

Incluso vestido informalmente con pantalones y camisa de lino blanco, proyectaba la imagen de un magnate. Tenía la cabeza inclinada y el sol arrancaba destellos azulados a su cabello azabache. Era el epítome del varón dominante en actitud relajada y Louisa pensó que dispararía las ventas de cualquier revista que lo eligiera como protagonista de su portada. Era irresistiblemente guapo, y el húmedo calor que notó entre las piernas le recordó que era el único hombre que la hacia sentirse de aquella manera.

Andreas alzó la mirada y, al verla, se llevó tal sorpresa que pareció haber perdido la voz.

—Hola —sonrió ella—. Siento molestarte, pero…

—Me encanta que me molestes —dijo él, colgando el teléfono y separándose del escritorio precipitadamente. Sus movimientos reflejaban tensión y la forma en que se detuvo delante de Louisa despertó en ésta la sospecha de que intentaba bloquearle el acceso al escritorio.

Cuando Andreas hizo ademán de darle un beso ella dio un paso atrás. Algo no iba bien.

—No me toques todavía —dijo con un nudo en el estómago—. Tengo que preguntarte algo…

Andreas la miró fijamente y dejó caer los brazos con los puños apretados. Simultáneamente su rostro adquirió una expresión inescrutable.

—¿Qué quieres saber? —preguntó, airado.

Y Louisa lo supo. Lo pudo leer en su lenguaje corporal, en los puños cerrados, en el rictus de sus labios. No había sido su familia, sino él.

Temblorosa, estremeciéndose, dio otro paso atrás. Desvió la mirada y, dando un paso hacia un lado, pasó junto a él y se acercó al escritorio.

Se produjo un profundo silencio mientras deslizaba su espantada mirada por los documentos que había en la superficie, cada uno de ellos marcado con el nombre de alguna de las compañías de Max. También vio su nombre de soltera, Louisa Jonson, en una carpeta.

El teléfono sonó con insistencia en el tenso silencio. Andreas no contestó.

—Creía que había sido tu padre —dijo Louisa con un hilo de voz cuando el timbre cesó—. No podía creer que tú… —se volvió con el rostro desencajado—. ¿Por qué? —gimió.

La indiferencia con la que Andreas se encogió de hombros le resultó más dolorosa que la más cruel de las respuestas.

—Landreau es tu amante.

Louisa lo miró de hito en hito sin saber qué decir. Andreas parecía tan tranquilo, tan convencido de tener la razón que no estaba segura de que tuviera sentido defenderse.

—¿No tienes nada que decir? —preguntó él con una sonrisa acusatoria—. Me parece muy bien —añadió. Y se acercó al escritorio con movimientos pausados y elegantes, en completa posesión de sí mismo.

Tomó la carpeta que llevaba el nombre de Louisa.

—Supongo que debo agradecerte que hayas tenido la cortesía de usar tu nombre de soltera, *yineka mou* —continuó— mientras viajabas por Europa haciéndote pasar por la ayudante de Landreau —pronunció el nombre apretando los dientes—. Si embargo, si a mí me ha costado tan poco esfuerzo recopilar esta documentación tan íntima sobre tu relación, me preguntó cuántas más cosas podría averiguar un periodista curioso.

—¿Has venido aquí cada día para hacer averiguaciones sobre mí? —a pesar de que tenía ante sí todas las pruebas, Louisa no quería creerlo—. ¿Puedes explicarme por qué?

—Porque debo estar preparado cuando salte el escándalo de que la amante que Landreau tiene instalada en su casa es mi esposa.

Louisa contuvo el aliento.

—No soy la amante de Max.

—Entonces, ¿qué eres?

—Su ayudante personal —repitió Louisa—. Me ocupo de organizar su vida social y personal, pero no me acuesto con él.

—Es curioso… —dijo Andreas con desdén mientras se apoyaba en el escritorio y alargaba las piernas en actitud relajada—. Vives en su casa…

—¡No es verdad! —negó ella—. Alquilo un apartamento que está sobre su garaje.

—Vives en su casa —insistió él—. Allí tienes tu dirección permanente y también tienes asignado un camarote permanente en su yate. Y vas con él a todas partes, como si fuerais siameses.

El tono de Andreas se había endurecido con cada acusación que añadía a la lista. Abrió la carpeta con brusquedad y fue dejando caer fotografías sobre el escritorio.

—Tú —describió—, en biquini, apoyándote en él en una fiesta en su yate. Tú —continuó— con el vestido más corto que he visto en mi vida, luciendo un collar de diamantes junto a él en una fiesta de beneficencia en su casa. También tenemos la fiesta en una playa en el sur de Francia, donde lo usas como almohada mientras él te protege los ojos con un sombrero. ¡Y tú te ríes! —exclamó, como si reírse fuera un pecado—. ¡Y él esta desnudo!

—Lleva bañador —dijo ella titubeante.

—¡Pero no se tapa ese torso de bronce en el que tú pareces tan cómoda!

Andreas tiró las fotografías al suelo de un manotazo y Louisa, estremeciéndose ante aquel arranque de violencia, se quedó mirándolo en silencio. Era verdad que viajaba con Max y que vivía en su casa. Y no podía negar que las fotografías admitían interpretaciones erróneas.

—No duermo con él —fue todo lo que dijo.

—¿Quién habla de «dormir»? —gritó Andreas, colérico—. Ese tipo se te declaró en lo alto del London Eye delante de miles de personas, ¡he visto el vídeo en Internet!

La forma en que sus dedos temblaron al pasárselos por el cabello estuvo a punto de despertar la compasión de Louisa, pero la grosera expresión que dejó escapar a continuación la hizo reaccionar con gesto airado.

—No eran más que seis personas y se trató de un truco publicitario —le corrigió, sin molestarse en explicar cuánto le había enfadado y la discusión que había tenido con Max por no haberla avisado—. ¡Max trabaja en los medios de comunicación!

—Y mi esposa no se separa de él ni a sol ni a sombra. ¿Se supone que eso debe hacerme feliz?

—¿Cómo es posible que no vieras lo del London Eye en directo? —replicó ella, enfurecida—. Dio la vuelta al mundo cuando sucedió, así que dime, ¿dónde estabas el año pasado en junio? ¿Escondido en tu refugio con una de tus fulanas?

—¿Habrías preferido que lo viera? —preguntó Andreas, en actitud retadora.

Louisa lo miró boquiabierta.

—Alto, moreno, atractivo, un poco mayor que yo, asquerosamente rico —enumeró cada una de las características de Landreau como si fueran puñetazos—. ¿No será, *agapi mu*, que le has estado utilizando durante estos cuatro años como cebo, para que yo acudiera a reclamarte?

Capítulo 11

—¡Cómo puedes ser tan maquiavélico! —dijo Louisa con un hilo de voz. Y aun así, ¿en qué medida podía ser verdad la acusación que acababa de hacer? ¿Era posible que la relación laboral con Max le hubiera servido de sustituto del hombre al que amaba? ¿Habría querido subconscientemente que Andreas viera que era feliz con él?

La mera posibilidad de que fuera verdad le resultaba devastadora. De ser así, si llevaba todo aquel tiempo engañándose y huyendo de sí misma, su vida habría tenido el mismo sentido que si se hubiera hecho adicta a las drogas para contrarrestar la histeria y la hubieran dejado encerrada en la celda de un sanatorio psiquiátrico.

—Ahora que ya me tienes, puedes olvidarte de Landreau.

Louisa estaba paralizada intentando asimilar la imagen de sí misma que Andreas había esbozado.

—Crees que eres mejor que él, pero te equivocas —dijo, estremeciéndose ante la expresión amenazadora con la que Andreas la observaba.

—Sé que lo soy —respondió él con arrogancia—. No había pasado ni una hora desde que nos reencontramos antes de que te entregaras a mí como si el tiempo no hubiera pasado —alargó al mano y retiró un mechón de cabello tras la oreja de Louisa, pero el delicado gesto con el que solía pedir mudas disculpas estuvo en esa ocasión cargado de desdén—. No sé qué te hacía él, pero se ve que no era un buen sustituto del modelo original. Un solo beso en un polvoriento aparcamiento bastó para que perdieras el control.

Concluyó, como si esas palabras bastaran para alcanzar una conclusión, pero estaba muy equivocado. Louisa le quitó la mano de un manotazo.

—Si estás tan seguro de tu poder, ¿qué necesidad tienes de perseguir a Max? —preguntó, retadora, al tiempo que dirigía la mirada hacia las carpetas que ocupaban el escritorio.

—Por seguridad —dijo Andreas—. Por si decide a venir a buscarte si tú te niegas a aceptar que llevas mintiéndote todo este tiempo. Por cierto —preguntó con curiosidad—, ¿cómo te has enterado de lo que estaba haciendo?

Louisa apretó los labios y se cruzó de brazos. Finalmente, admitió que había recibido una llamada de Max.

—Así que está asustado. Me alegro —dijo Andreas con evidente satisfacción—. Puede que tenga mucho poder, pero también sabe que, si me lo propongo, puedo acabar con él en veinticuatro horas.

Louisa pensó con amargura y sorpresa que Andreas no se había sentido nunca ni tan seguro de sí mismo ni tan poderoso.

—¿Y por qué ibas a querer hacer algo así? —preguntó, horrorizada.

Andreas torció la boca en una mueca de desprecio.

—Quiero recuperar a mi esposa sin temer un escándalo.

Por fin expresaba el chantaje con claridad, pensó Louisa. Ésas eran sus condiciones: o se plegaba a sus deseos o Max pagaría por ello.

¿Cómo había sido tan estúpida como para olvidar el espíritu vengativo que lo había poseído cuando habló de hacer pagar a sus familias por los últimos cinco años? Primero había querido vengarse de sus respectivas familias… Finalmente, había añadido Max a la lista.

Andreas no pretendía recuperar lo que había habido entre ellos dos. Lo que quería era ganar.

Esa revelación hizo que Louisa sintiera un frío helado recorrerle la espalda. Por primera vez sus ojos lo vieron como realmente era y cuánto había cambiado. Su padre debía estar muy orgulloso de él; su hijo se había convertido en un hombre aún más duro y cruel que él mismo.

—Todo lo que has hecho es una pérdida de tiempo —dijo con voz temblorosa y un profundo sentimiento de amargura—. Has elegido la batalla equivocada, porque no pienso volver a tu lado —añadió. Y, dándole un empujón, pasó de largo.

—¿Cometes la locura de elegir a Landreau? —Andreas la sujetó por la muñeca—. ¿Crees que tu amante va a aceptarte ahora que lo tengo acorralado? Debías haberte molestado en aclararle a quién pertenecías, Louisa.

Louisa lo miró con ojos centelleantes.

—Max siempre ha sabido de tu existencia —replicó, enfurecida—. ¡Y nunca hemos sido amantes! —gritó con la voz quebrada.

—¿Quieres decir que habéis pasado cuatro años juntos y nunca os habéis acostado? Estás loca si piensas que voy a creerte —dijo él con tono de suficiencia—. ¿Por qué no puedes decir la verdad y ser sincera?

¿Sincera? Louisa tiró del brazo para soltarse.

—¿Serías capaz de decir con toda sinceridad que no has mantenido relaciones con ninguna otra mujer, Andreas?

El aire podía cortarse. Louisa sentía la piel tensa, le temblaban las piernas y le ardía la sangre, pero se negó a apartar la mirada de los ojos de Andreas mientras esperaba una respuesta.

—Es evidente que no puedes —dijo finalmente al ver que no llegaba—. Sobre todo porque yo te vi con mis propios ojos con una mujer en nuestro apartamento de Atenas, en nuestra cama.

Andreas se puso pálido.

—No es posible —negó—. No pudiste…

—¿Quién oculta la verdad ahora? —dijo Louisa, dejando escapar una carcajada despectiva antes de añadir—: No es la primera vez que te hablo de ello —aunque era evidente que Andreas tenía una memoria convenientemente selectiva—: Vine a buscarte a la villa, pero sólo estaban Kostas y tu querido hermano, Alex —tuvo que tomar aire antes de continuar—: Alex me dijo que ni siquiera habías vuelto a la isla. Yo le pedí que organizara un vuelo, pero él me dijo que no me molestara, que ya formaba parte del pasado, que tú ya no querías saber nada de mí. Yo me negué a creerle e insistí en que preparan el helicóptero, pero debía haberle hecho caso, ¿verdad, Andreas? Porque en aquella ocasión, Alex tenía razón.

Andreas había ido palideciendo a medida que ella hablaba.

—¿Cuándo sucedió eso? —preguntó con voz ronca.

—Seis semanas después de que me marchara de la isla —estremeciéndose, Louisa dio media vuelta para no verlo mientras continuaba—. Fui directamente al apartamento y entré usando mi llave. Por el desorden que reinaba me resultó evidente que habías estado pasándolo en grande.

Andreas dejó escapar un juramento que reverberó en el cuerpo de Louisa.

—Veo que empiezas a recordar a qué día me refiero… —siguió ella—. A no ser que celebraras una fiesta cada noche después de abandonarme en la isla, claro.

En aquel momento fue él quien se giró hacia otro lado. Agachando la cabeza, se masajeó la nuca.

—Me fui tan sigilosamente como había entrado —concluyó Louisa—. No me pareció oportuno que tu repudiada esposa se presentara y dijera: «¡Hola, ya estoy aquí!» No quise despertarte y amargarte los placeres de los que obviamente habías disfrutado hasta caer rendido.

—No hace falta que sigas —dijo Andreas ásperamente—. Ya sé lo que viste.

—Me alegro —dijo Louisa, pero, ¿por qué le dolía tanto que no intentara justificarse? ¿Por qué deseaba que mintiera para darle una explicación de lo que había visto?

La respuesta era tan humillante que le hizo retorcerse por dentro. Sintió las lágrimas quemarle la garganta y supo que debía marcharse. Con paso vacilante, fue hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —exigió saber él.

—Es evidente: me marcho.

—¿Junto a Landreau?

El tono sarcástico que empleó Andreas se clavó en Louisa como un cuchillo. Con los hombros en tensión, sin poder respirar, con la sangre helada en sus venas, alzó la barbilla y miró a su atractivo marido, que confiaba tan poco en su palabra como ella había confiado en la posibilidad de una reconciliación. Él la miraba con rabia y desdén.

—Si crees que sólo se acuesta contigo, te engañas. Hay al menos otra mujer que ocupa tu cama cuando tú no estás —añadió con crueldad—. ¿Piensas consentirlo?

—¿Y cuántas amantes han pasado por tu cama, Andreas? —replicó ella—. ¿Una, dos…, una docena… cientos?

Andreas apretó los labios como si se negara a contestar y le dio la espalda. Encolerizada, Louisa caminó hasta él y, tomándole por los brazos, le obligó a volverse.

—¿No me has pedido que dijera la verdad? Pues ahora eres tú quien debe contestar.

—¿Cuál es la pregunta? —respondió él arrogante, temblando de ira—. ¿Qué si me he acostado con otras mujeres? Por supuesto. Cinco años es mucho tiempo para permanecer célibe.

Louisa le soltó los brazos como si le dieran asco.

—Así que nos mides con diferente rasero —dijo, apesadumbrada—. Espero que puedas vivir con ello.

Y con esas palabras, se acercó a la puerta combatiendo las lágrimas que amenazaban con desbordarse de sus ojos.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó él, airado.

—¡Tú lo has dicho! —Louisa asió el picaporte y lo miró con destelen—. ¿No creerás que yo, igual que tú o Max, no he tenido amantes?

Louisa vio cómo Andreas se quedaba petrificado y su bronceada piel palidecía. Que fuera capaz de creerla acabó por aniquilar el amor que sentía por él.

—Si estoy embarazada, te lo haré saber —dijo con frialdad—. Si es que, para entonces, quieres saberlo.

No encontró a Kostas ni a Pietros, pero no le importó. Prefería no ver a nadie y marcharse para no volver nunca más. Isabella acababa de lograr su objetivo, pensó con amargura mientras descendía las escaleras de mármol y se exponía al fiero sol del mediodía.

Tomó una bocanada de aire caliente y echó a caminar sin saber adonde iba. Evidentemente, no podía volver a la otra casa. Tampoco al hotel, pues le iba a resultar imposible fingir que todo iba bien. Así que sólo le quedaba un lugar en el que refugiarse, y hacia él decidió dirigirse mientras se decía que no lloraría bajo ningún concepto.

El ruido de un motor aproximándose desde atrás hizo que se

tensara. Alzó la barbilla y aceleró el paso. Un coche descapotable se detuvo a su altura con un chirrido de frenos.

—Sube —ordenó Andreas.

Louisa continuó caminando. Oyó un juramento seguido del ruido de la puerta cerrándose y de unos pasos. Andreas se le adelantó y le bloqueó el paso.

—Sube al coche, Louisa, o te tomaré en brazos y lo haré yo a la fuerza —repitió.

Ella resopló.

—No pienso…

Sin darle tiempo a reaccionar, Andreas la levantó del suelo y la dejó en el asiento. Luego se sentó tras el volante y arrancó.

—Vas a tener que cambiar este estúpido hábito de dejarme —dijo él entre dientes.

—¿Qué yo te dejo a ti?

Sintiendo que la ira la consumía, con el cabello al viento, Louisa se giró con ojos centelleantes, pero lo que vio la dejó helada. Con unas gafas de sol que ocultaban sus ojos, Andreas ofrecía el duro perfil de un asesino a sueldo, cruel y sediento de sangre. Y lo peor fue darse cuenta del poder de atracción que ejercía sobre ella incluso en aquellas circunstancias.

—Los dos tenemos que dejar de huir —corrigió Andreas—. Da lo mismo. ¡Sea lo que sea, debe acabar ya!

Las lágrimas nublaron la visión de Louisa.

—¿Para que podamos finalmente enterrar nuestro matrimonio? —preguntó.

Andreas detuvo el coche bruscamente en el cruce con una carretera por la que pasaba un viejo camión cuyo motor sonaba como un elefante herido.

—Todavía no está muerto.

Louisa opinaba lo contrario.

—¡No pienso seguir casada con un hombre que no confía en mí cuando digo la verdad! —dijo, optando por olvidar la mentira que había elaborado antes de marcharse.

Cuando el camión pasó, Andreas soltó el freno y giró en la misma dirección.

—¡Has tomado el camino equivocado! —protestó ella—. ¡Iba a ver a Nikos!

Andreas apretó los dientes y aceleró, Unos segundos más tarde, tomaba un camino que ascendía por la colina hasta pasar las villas de lujo. Consciente de lo que había al otro lado de la colina, Louisa se irguió en tensión.

—¡No! ¡Andreas, no puedes hacerme esto!

Andreas la miró desde detrás de sus gafas de sol.

—¿Cuándo te vas a enterar que puedo hacer lo que me da la gana?

La frialdad con la que se expresó dejó a Louisa sin palabras. Por primera vez sintió miedo al darse cuenta de que Andreas no hablaba metafóricamente.

Tal y como había percibido al entrar en el despacho, era un hombre completamente distinto al que había creado una fantasía con ella en la casa de la playa. De pronto, la burbuja había estallado y se encontraba frente a un desconocido con una determinación de hierro para alcanzar sus objetivos.

—Quiero ir a ver a Nikos —imploró.

Andreas se sacudió como si le hubiera clavado alfileres, pero continuó conduciendo sin cambiar de rumbo. A los pocos minutos atravesó una verja de seguridad que se abrió automáticamente a su paso.

Louisa se encontró en el helipuerto privado de los Markonos. En la pista de despegue había un helicóptero que los empleados ponían a punto en aquel momento. Andreas aparcó junto al hangar, donde esperaban su llegada el resto de los empleados.

—¿Cuándo has organizado esto?—preguntó ella con voz temblorosa.

—Antes de salir a buscarte.

Bajó del coche de un atlético salto y rodeó el coche para abrirle la puerta. Al instante, el motor del helicóptero se puso en marcha y las hélices empezaron a girar.

—No pienso subirme ahí —protestó Louisa cuando Andreas tiró de ella para que saliera del coche.

Sin soltar la muñeca de Louisa, él se giró para tirarle las llaves del coche a uno de los trabajadores. Ella intentó soltarse, pero no lo logró. Andreas volvía a actuar con brutalidad, pero en aquella ocasión no la llevaba a una casa dentro de la isla, sino que pretendía hacerla subir a un helicóptero para llevarla a donde le viniera en gana.

—¡Escúchame! —gritó desesperada, alzando la mano y quitándole las gafas de sol. La mirada que descubrió le hizo perder toda esperanza de llegar a un acuerdo—. ¡Si crees que me voy a subir ahí sin que me expliques a dónde me llevas es que sufres alucinaciones!

—¿Alucinaciones? Ya veremos si esto es o no una alucinación.

Louisa supo lo que iba a suceder, pero al ver el brillo acerado de los ojos de Andreas supo que no podría hacer nada para evitarlo. En cuanto agachó la cabeza y la besó, el aguijón del deseo se clavó en sus

entrañas, haciendo que todo su cuerpo vibrara hasta alcanzar cada milímetro de su piel. Andreas la besó con ferocidad, llenando aquel beso de todas las frustradas emociones que lo poseían. La besó hasta que las piernas le flaquearon, hasta que dejó caer la mano en la que sujetaba las gafas de Andreas y elevó la otra para asirse a su cuello. Él la sujetó por las nalgas, estrechándola contra su ingle, dejándole notar lo que le hacía sentir…

Y todo ello sucedió ante los trabajadores. Cuando finalmente Andreas rompió el beso, esperó hasta que Louisa abrió los ojos con la mirada perdida.

—¿Te ha parecido lo bastante real? —preguntó con aspereza.

—Sí —fue todo lo que Louisa pudo decir.

—¿Piensas seguir protestando? —preguntó él. Louisa apretó sus hinchados labios y negó con la cabeza—. ¿Quieres ir andando o prefieres que te lleve en brazos?

—Andando —susurró ella.

Al verla tan abatida y frágil, Andreas resopló y dijo, irritado:

—Cambia de actitud. Sabes perfectamente que nunca te haría daño.

A pesar de todo, Louisa sabía que podía creerle y optó por subir al helicóptero sin organizar un escándalo.

Como todo lo que pertenecía a los Markonos, el interior del helicóptero era lujoso y elegante, una muestra más de la riqueza y del poder que poseían, una razón más para confirmar que Andreas y ella pertenecían a mundos muy distintos aunque durante los últimos días no hubiera vuelto a pensar en ello.

—¿Y Jamie? —dijo de pronto cuando Andreas le indicaba dónde sentarse.

—Tu hermano está perfectamente —le tranquilizó él.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella con suspicacia.

Andreas sacó un teléfono móvil del bolsillo.

—Uno de mis hombres lo vigila desde que le di permiso para quedarse en el hotel.

—¿Uno de tus hombres? ¿El mismo que me espió a mí cuando huiste?

Andreas apretó los labios.

—Cuido de mi gente —fue todo lo que dijo.

A continuación dejó el teléfono en el regazo de Louisa y tomó las gafas que ella le había quitado y que sostenía entre los dedos.

—Tienes tres minutos para asegurar a tu hermano que todo va bien entre nosotros —ordenó, alejándose de ella—. Dile que vamos a Atenas y que volveremos al anochecer.

—¿A Atenas? Yo no quiero ir a…

Louisa calló al darse cuenta de que protestaba en vano ya que Andreas se había metido en la cabina del piloto sin pararse a escucharla.

Indignada, se apoyó en el respaldo del asiento con un resoplido y tomó el móvil.

Para cuando la conversación llegó a su fin, el helicóptero despegaba.

Capítulo 12

Louisa no volvió a ver a Andreas hasta que llegaron a Atenas. Durante todo el viaje se esforzó en recordar todos los sufrimientos que le había hecho padecer, de manera que para cuando bajaron del helicóptero para tomar la limusina que los esperaba en la pista, tenía los nervios a flor de pie.

Como no había separación entre el conductor y ellos, tuvo que morderse la lengua para callar todo lo que había planeado decirle, y su furia fue en aumento a medida que se acercaban a los apartamentos de lujo de Kolaniki.

—No quiero ir a ver a tus padres —masculló cuando tuvo la sospecha de que era allí a donde se dirigían.

Andreas siguió callado y a Louisa le cosquillearon los dedos con el deseo de abofetearlo. ¿En qué demonios estaba pensando?

Andreas sabía perfectamente lo que había planeado hacer, pero no pensaba decírselo. No era lo bastante valiente. Tragó saliva al dejar atrás la calle que conducía a las lujosas mansiones de Kolaniki, con sus magníficas vistas de Atenas, y sentir que Louisa se tensaba. Sabía que estaba arriesgándose en exceso y temía cometer algún error.

—Te odio —susurró ella cuando el coche entró en el patio de su bloque de apartamentos. Louisa estaba pálida y abría los ojos desmesuradamente—. No sé cómo eres capaz de hacerme esto.

El conductor bajó del coche.

—Te aseguro que los dos necesitamos hacer lo que voy a hacer, *agapi mu* —dijo Andreas con voz ronca.

Louisa se preguntó en que podía beneficiarle que le rompiera de nuevo el corazón, pero el conductor abrió su puerta y no le quedó otra opción que bajar.

Apenas habían tardado una hora en realizar un viaje que ya había hecho cinco años atrás, y del cual no se había recuperado en todo aquel tiempo. Respiró hondo para no vomitar.

Andreas bajó a su vez del coche e hizo una señal al conductor, que desapareció tras el lateral del edificio, donde se encontraban los garajes. Andreas y Louisa se quedaron solos, mirándose.

Andreas era grande, fuerte, fibroso… y su rostro trasmitía determinación. Conociéndolo y dado que la había coaccionado para llevarla hasta allí, Louisa estaba segura de que si se resistía, no tendría reparo en recurrir a la fuerza. Así que, dando un suspiro y alzando el mentón, cruzó la distancia que los separaba y caminó hacia el edificio.

En el momento en que llegaba al elegante vestíbulo, sintió la mano de Andreas en su espalda y se estremeció. No estaba dispuesta a

dejarle hacer ningún gesto que le diera poder sobre ella, así que se sacudió para librarse de su mano. No quería que la tocara. No quería estar allí.

Entraron en el ascensor y subieron en silencio, como si fueran dos desconocidos; él con la vista fija en ella, Louisa, sin apartarla del suelo mientras se concentraba en no vomitar.

El ascensor se abría directamente al diáfano y lujoso apartamento. Todo seguía exactamente igual que aquel fatídico día, excepto que estaba ordenado en lugar de salpicado por los restos de una fiesta. Tenía el mismo estilo masculino que había tenido siempre porque Andreas había vivido en él mucho antes de que Louisa formara parte de su vida.

La puerta del ascensor se cerró a su espalda y Louisa se estremeció al tiempo que se rodeaba la cintura con los brazos como si con ello quisiera protegerse del exterior.

Pero la tortura todavía no había terminado. Andreas volvió a colocarle la mano en la espalda y, en lugar de retirarla cuando ella se tensó, la usó para empujarla hacia una puerta que, tal y como Louisa recordó con horror, daba acceso al resto de la casa.

—No… —suplicó cuando Andreas se detuvo ante la puerta de su antiguo dormitorio.

Sin mediar palabra, Andreas la abrió de par en par y empujó dentro a Louisa. Durante varios segundos, ella temió desmayarse. No podía respirar y las rodillas le flaqueaban…

Nada había cambiado. Todo seguía igual, incluida la gran cama con refinadas sábanas de lino cuya visión le obligó a llevarse la mano a la boca al instante.

—Habría preferido morirme a que vieras lo que viste la última vez que visitaste esta casa —oyó decir a Andreas a su espalda—, pero estaba tan desesperado que no pensaba que pudiera serle de utilidad a nadie, ni siquiera a mi esposa, que se merecía un hombre mejor que yo y no un pelele.

Lo había dicho él mismo, no ella. Louisa apretó los labios y notó que le temblaban.

—Quiero suplicarte que me perdones —continuó él.

—No has elegido el mejor escenario para pedirme perdón —susurró ella, para quien volver a aquel dormitorio era retornar a la escena de un crimen.

—¿Al menos aceptarás una explicación? —insistió él.

Louisa no estaba segura de querer pasar por ese suplicio. Se volvió hacia él con gesto tenso.

—Escucha, no hace falta que hagas nada de esto. Ya he asimilado lo que vi aquí. Si no…

—Deja de mentir —interrumpió él.

Louisa sabía que estaba pálida. El corazón le latía con fuerza contra el pecho y…

—¡No tengo por qué aguantar esto, Andreas! ¡Sólo quiero marcharme de aquí!

—Pero yo necesito hacerlo —dijo él, sujetándola por los hombros—. No creo que te haga daño escucharme.

—¿Estás seguro? Puede que confesarte te haga bien a ti, pero a mí no me beneficia en nada.

—¡Te amo! —gritó él—. ¡Siempre te he amado y no quiero dejar de amarte! ¿Te hace eso sentir mejor?

Con un resoplido, la soltó y se separó de ella como si se arrepintiera de lo que acababa de decir pero ya no pudiera hacer nada para remediarlo.

Louisa lo observó en silencio, viéndole alzar un puño como si fuera a golpear la pared para luego arrepentirse y dejarlo caer.

—¿Te acuerdas de Lilia? —preguntó, volviéndose hacia ella.

¿Lilia? Louisa no recordaba nada.

—¿Me amas? —preguntó en un susurro.

—Sí —dijo él entre dientes—. ¿La recuerdas?

Lilia…

—¿Tu prima? —Louisa asintió. Una mujer preciosa, de ojos marrones y figura perfecta—. ¿Por qué no me has dicho antes que me amabas?

—Porque esperaba que tú lo dijeras primero —Andreas hizo una mueca que se convirtió en un suspiro—. Fue ella a la que viste.

—¿Te acostaste con tu prima Lilia? —preguntó Louisa, horrorizada.

—¿Por quién me tomas? —preguntó él.

—¿Por un borracho? —sugirió ella, fuera de sí—. ¿Te acostaste con tu prima porque estabas borracho y piensas que confesarlo te va a hacer bien?

—¡No me acosté con ella! —resopló Andreas—. ¿Por qué no te callas y me escuchas?

Louisa consiguió acercarse a una silla y dejarse caer en ella. Escucharía lo que Andreas tuviera que decir, pero dudaba que pudiera borrar la imagen que tenía clavada en la mente de él echado en la cama, desnudo, con la sábana enredada a altura de las caderas mientras a su lado dormía una hermosa mujer envuelta en lo que quedaba de sábana, con el negro y brillante cabello extendido sobre la almohada, un brazo desnudo rodeando los hombros de Andreas y el rostro muy cerca del de él.

—Lilia me salvó de que me ahogara en alcohol y en la lástima que sentía por mí mismo —dijo él, atrayendo su mirada. Se había movido y estaba apoyado en la pared, con las manos en los bolsillos, en actitud tensa y abatida a un mismo tiempo—. Volví de Inglaterra después de intentar verte y me encerré aquí con una caja de botellas de whisky, decidido a no ver a nadie —continuó—. Apagué el móvil y desenchufé el teléfono. Me odiaba a mí mismo. Te odiaba a ti. Había caído tan bajo que no me hubiera importado dejarme morir en este apartamento. Y lo habría hecho de no ser porque Lilia le obligó al portero a dejarle la llave. Fue implacable…

Louisa recordó que era una fría mujer de negocios, decidida a conservar las acciones que su padre le había dejado al morir y a no ceder ni un milímetro de su poder.

—Me encontró en la cama, vestido, con una botella en la mano. Me sacudió hasta despertarme, y me gritó y me insultó hasta conseguir que fuera a la ducha. Yo ni siquiera podía caminar, así que Lilia prácticamente me llevó en brazos y se metió en la ducha conmigo, me desnudó y consiguió sostenerme de pie contra la pared hasta que el agua fría consiguió hacerme reaccionar. Entonces me sacó, me dio una toalla y me dijo que me secara y me afeitara mientras ella volvía al dormitorio, buscaba otra toalla y se quitaba la ropa mojada. Recuerdo que me corté —Andreas se llevó la mano a la barbilla como si todavía pudiera tocar el corte—. Para cuando volví al dormitorio, Lilia se había envuelto en una toalla y había hecho la cama —hizo una breve pausa. Luego sacudió la cabeza y continuó—. Todavía hoy no sé cómo fue posible teniendo en cuenta que tú eres rubia y ella morena, pero cuando alzó la cabeza y me sonrió, su sonrisa me recordó tanto a ti que… perdí el control y lloré como un bebé. Lloré por ti, por mí, por Nikos…

Sin poder soportar ver cuánto sufría, Louisa se acercó a él y lo atarazó.

—No hace falta que sigas —musitó. Por propia experiencia sabía muy bien a lo que se refería.

Pero Andreas no quería callar.

—Una vez abrí las compuertas me resultó imposible cerrarlas. No sé cómo, Lilia consiguió meterme en la cama, se echó a mi lado y me sujetó en sus brazos hasta que nos quedamos dormidos.

—Ojalá yo hubiera tenido una Lilia —musitó Louisa—. Desgraciadamente, a mis padres les dio un ataque de pánico y llamaron a un médico para que me encerrara.

—Ojalá yo hubiera sido tu Lilia —Andreas la abrazó con fuerza —. Deberíamos haberlo superado juntos. Nos habríamos evitado cinco

años de infierno.

La rabia que Louisa percibió en aquellas últimas palabras hizo que lo mirara con prevención.

—No vuelvas a pensar en vengarte —suplicó.

—No te preocupes —Andreas sacudió la cabeza—. Puede que haya tardado en reaccionar, pero al verte marchar de la villa, de pronto he visto claro que estaba librando la batalla equivocada. Lo que importa no son ni Landreau ni nuestras familias. Ni siquiera el fantástico sexo del que disfrutamos. Lo verdaderamente importante es que, a pesar de lo que creías haber visto aquí, dejaras que siguiera amándote. Ese era mi verdadero triunfo y he estado a punto de dejarlo escapar entre los dedos.

—Por eso me has secuestrado —dijo Louisa.

Andreas se pasó la mano por el cabello y la miró fijamente.

—No me importa que hayas tenido amantes, *agapi mu* —dijo con resignación—. Ni siquiera merecía que me dejaras volver a estar cerca de ti, así qué, ¿cómo puedo echártelo en cara?

—¿Por qué tienes la insolencia de aplicar un doble rasero? —sugirió Louisa.

Andreas hizo una mueca.

—Porque eres arrogante y mandón —continuó ella—, y no eres capaz de distinguir una verdad de una mentira cuando se usa como un arma para hacerte daño.

Andreas frunció el ceño.

Louisa siguió:

—No ha habido ningún otro hombre, Andreas. Ni siquiera Max.

Andreas suspiró.

—No tengo derecho a oírtelo decir.

—¿Eso significa que esta vez piensas creerme?

Andreas sonrió.

—Claro que sí.

—Me enamoré de ti a los diecisiete años y no he deseado a ningún otro hombre desde entonces —explicó Louisa—. Tenías razón cuando dijiste que había utilizado mi relación con Max para esconderme…, quizá también para conseguir que vinieras a buscarme, aunque puede que tarde algún tiempo en poder admitirlo.

—Esto sí que es más de lo que merezco —dijo Andreas. Louisa asintió y observó que los labios que tanto adoraba por fin empezaban a relajarse… hasta que Andreas añadió—. Sobre todo cuando aún no he terminado de confesarme.

Louisa no quería oír más. Sólo quería…

—Me refiero a mis otras mujeres…

—No —le cortó ella, tensándose—. Prefiero no saberlo.

—Al contrario. Estoy seguro de que te gustará saber que nunca pasó nada con ninguna de ellas.

Louisa lo miró con incredulidad.

—Es la verdad —dijo él, a la defensiva—. Ninguna ha podido sustituirte. Me hacían compañía, pero nada más. Y como el orgullo les impedía contar que no me había acostado con ellas, mi reputación de conquistador no ha sido más que el resultado de sus mentiras.

—Andreas, no esperaba que me fueras fiel después de romper —Louisa lo conocía bien como para saber que tenía un gran apetito sexual. ¿Cómo era posible que no lo hubiera satisfecho en cinco años?

Andreas dejó escapar una carcajada.

—¿Por qué crees que actué como un lunático en la colina? —preguntó—. ¿Por qué crees que me comporté como un oso en celo? Por ti —dijo cuando Louisa le miró a los ojos—. Por fin volvía a tenerte en mis brazos y mi libido se disparó como si hubiera estado adormecida todos estos años.

Louisa empezó a creerlo al ver la expresión de su rostro.

—¡Dios mío, estás diciendo la verdad! —dijo, riendo.

—Un hombre no abre su corazón para que se rían de él —protestó él.

—No me estoy riendo —dijo ella, acercándose sensualmente—. Estoy muy impresionada —al ver el ceño fruncido de Andreas, supo que empezaba a arrepentirse de haber sido tan sincero—. ¿Y qué hacemos ahora? —preguntó, sintiendo un irresistible deseo de besarlo.

Andreas pudo leer su pensamiento y suspiró profundamente.

—¿Qué demonios crees que vamos a hacer? —la tomó en brazos—. Vamos a sustituir tus malos recuerdos por buenos recuerdos en esta misma cama.

Louisa suspiró cuando la dejó caer sobre el colchón.

—Tengo que reconocer que me vuelves loca cuando eres tan primitivo y autoritario —le confesó.

Epílogo

Andreas estaba echado sobre una hamaca, bajo una sombrilla, con su hija de tres meses sobre el pecho. Tenía los ojos cerrados y esbozaba una sonrisa.

—¿Qué te parece? —Louisa preguntó a la versión masculina de su hija, que sostenía en sus brazos—. ¿Los despertamos o los dejamos dormir?

—Estoy despierto —dijo Andreas con voz ronca—. ¿Dónde has estado todo este tiempo?

—Contestando a llamadas de la familia.

Andreas abrió los ojos lentamente y la miró con una expresión de desdén a la que ella respondió con una mueca.

—¿Están dispuestos a todo para conseguir que les perdonemos?

—Aun mejor que eso: se ofrecen a formar delante de un paredón para que los fusiles —dijo ella con sorna.

—Ya no quiero fusilarlos —dijo él—. Pero no quiero que vuelvan a meterse en nuestras vidas.

—Pues van a venir a celebrar el bautizo de los gemelos y tú vas a comportarte.

Andreas se incorporó con su hija en brazos y le dio un beso en la nariz.

—Eso depende de los incentivos que me ofrezcas —dijo, provocativo.

—¿Una buena comida —dijo Louisa—, una capilla llena de gente y una fiesta te parece bastante?

—La verdad es que no —vestido sólo con unos pantalones cortos Andreas fue hacia ella y tras dar un beso a su hijo, se irguió y miró a Louisa fijamente.

—Estas pensando en una tarde de tórrido sexo mientras los niños duermen —dijo ella, leyendo su pensamiento.

Andreas sacudió la cabeza.

—Eso lo tengo siempre que quiero.

—Entonces, ¿qué quieres?

—Otra parejita —dijo él con expresión seria.

Louisa dejó escapar una carcajada.

—Supongo que bromeas. ¡Pero si todavía no me he recuperado de tener a Tabatha y a León!

—Pero tardaste un año en quedarte embarazada —señaló Andreas—. Así que, si mis cálculos son correctos, puede que para cuando llegue su primer cumpleaños ni quiera me importe aguantar a la familia.

Aunque habían pasado ya dos años, Andreas no había logrado

perdonar lo que habían hecho. Dos años, dos bebés… Louisa entró en la casa que entre los dos habían convertido en un hogar. Dejaron a los niños en sus respectivas cunas y se acercaron a la cómoda sobre la que descansaba una fotografía de Nikos, rodeada de coches de juguete.

—A Nikos le encantaría que formáramos una gran familia —dijo Andreas al tiempo que recolocaba algunos coches.

—Ése es un golpe bajo —dijo Louisa, antes de besarse los dedos y llevarlos a la fotografía.

Andreas se encogió de hombros y la siguió fuera del cuarto de los niños.

—Recuerda que todavía tenemos que recuperar cinco años.

—Con mi cuerpo, ni lo sueñes.

Andreas la asió por las caderas y la atrajo hacia sí cuando entraron en el dormitorio.

—Imagínate tedas las noches de placer de las que podríamos disfrutar sin protección.

A Louisa no le sentaba bien la píldora anticonceptiva, así que era él quien debía tomar medidas, y los dos lo odiaban. La mano de Andreas alcanzó la cintura de los pantalones de Louisa al mismo tiempo que le mordisqueaba la nuca.

—Prometo dejarte abusar de mí tanto como quieras y no protestar cuando me hagas suplicarte.

Sus largos dedos descendieron hacia la cintura de Louisa y empezó a acariciarla. Ella se estremeció y él dejó escapar un gemido de satisfacción; adoraba hacerla vibrar con sólo tocarla.

—¿Y si esta vez sucede a la primera? —dijo ella, jadeante—. Estaré embarazada y con un bebé en cada cadera. ¿Qué incentivo me ofreces para que pase por eso?

—Llenaré la casa de niñeras —dijo él, atrapando su aliento con su boca a la vez que su caricia se hacía más intima—. Viajaré menos… Le pediré a Alex que me sustituya.

—Eso ya lo has hecho —dijo ella, ahogando un gemido.

—Lo hace sorprendentemente bien —dijo él. Y acompañó sus palabras con la caída de los pantalones de Louisa.

Ella se dijo que alguna vez tenía que averiguar cómo conseguía desnudarse a la vez que la desnudaba a ella, pero tendría que ser en otra ocasión. En aquel momento se limitó a mirarlo con patente admiración.

—Se supone que íbamos a hablar sobre tus objeciones a que vengan nuestras familias, no sobre mis futuros embarazos —le recordó.

Andreas le quitó la camiseta.

—Adoro a mi familia —susurró, cubriendo sus senos con las

manos al tiempo que la besaba—. Esta familia —añadió, haciéndola retroceder hasta la cama—. Puede que llegue a soportar a las demás si me das lo que te pido.

—¿Mucho sexo sin protección? —preguntó Louisa a la vez que se dejaba caer sobre la cama.

—A los griegos nos gustan las familias numerosas y nos encanta que nuestras mujeres estén embarazadas. Imagínate todo el sexo que podemos tener sin protección —se echó sobre ella—. Puedo hacerte tan feliz que no querrás levantarte de esta cama…

Su arrogancia hizo sonreír a Louisa que, en lugar de protestar, se dejó arrastrar al paraíso de sensualidad al que Andreas la condujo.

A lo largo de los dos años que habían pasado desde la escena en el apartamento de Atenas, había aprendido a convivir con las dos personalidades de Andreas Markonos, y las dos le resultaban igualmente irresistibles.

Una era la del magnate que le cortaba el aliento con sólo mirarlo. La otra, la del joven al que había conocido diez años atrás y que todavía la hacía enloquecer.

Adoraba a los dos Andreas. Y cuando leía en el periódico que había cerrado un negocio contra todo pronóstico, ansiaba que volviera a casa para quitarle la ropa de ejecutivo. Cuando salían, le encantaba que la mantuviera pegada a él. Adoraba las miradas posesivas que le dirigía cuando estaban en público y otros hombres le dedicaban su atención.

Pero por encima de todo adoraba que le hiciera lo que le estaba haciendo en aquel momento. Para cuando acabó, había perdido hasta la voluntad de respirar.

—No me has pedido permiso —se quejó sin ninguna convicción.

—Pero te ha encantado —dijo él, colocándose encima de ella y mirándola con arrogancia.

—Mmm —admitió ella antes de abrir los ojos—. Te quiero tanto… —susurró—. Nunca dejes de amarme ni de desearme.

—Eso sería imposible —dijo él.

Y comenzó a besarla de nuevo.

Fin